

REPENSANDO LO SOCIAL

CONCEPTOS, TIPOLOGÍAS
Y TEORÍAS DE ALCANCE MEDIO

03

Alejandro Portes

Edición y traducción de
Manuel Fernández Esquinas
y Carmen Oliva Sanz



CLÁSICOS

CENTRA
Ciencias Sociales

REPENSANDO LO SOCIAL

Portes, Alejandro, 1944-

Repensando lo social: conceptos, tipologías y teorías de alcance medio / Alejandro Portes; traducción y edición de Manuel Fernández Esquinas y Carmen Oliva Sanz. — Sevilla : Fundación Centro de Estudios Andaluces, 2026. — (Clásicos de las Ciencias Sociales ; 3)

188 páginas ; 23,5 cm

ISBN: 978-84-10064-48-5. - ISSN: 3045-8536. - DOI: <https://doi.org/10.54790/fcentracs.57>

1. Sociología — Filosofía. 2. Ciencias sociales — Metodología. 3. Ciencias sociales — Filosofía.

316.2

EDITA

Fundación Pública Andaluza Centro de Estudios Andaluces M. P.,
Consejería de Presidencia, Sanidad y Emergencias, Junta de Andalucía

© Del texto: los autores, 2026

© De la traducción y edición técnica:

Manuel Fernández Esquinas y Carmen Oliva Sanz

© De la edición:

Fundación Pública Andaluza Centro de Estudios Andaluces

Avda. Blas Infante s/n — Coria del Río. 41100 Sevilla

Tel.: 955 055 210 - Fax: 955 055 211

www.centrodeestudiosandaluces.es

Primera edición papel, mayo de 2026

Primera edición digital, agosto de 2026

ISBN(e): 978-84-10064-48-5

ISSN: 3045-8536

DOI: <https://doi.org/10.54790/fcentracs.57>

REPENSANDO LO SOCIAL

*Conceptos, tipologías
y teorías de alcance medio*

Alejandro Portes

Edición y traducción de Manuel Fernández
Esquinas y Carmen Oliva Sanz



03

CENTRA

Ciencias Sociales

CONSEJO EDITORIAL

Presidente:	Tristán Pertíñez Blasco Director-Gerente Fundación Centro de Estudios Andaluces (CENTRA)
Director:	Félix Requena Santos Catedrático de sociología Universidad de Málaga y Patrono CENTRA
Secretaría:	Eladia Illescas Estévez Subdirectora de Investigación y Transferencia del Conocimiento Fundación Centro de Estudios Andaluces (CENTRA)
Editor:	Luis Ayuso Sánchez Catedrático de sociología Universidad de Málaga
Coordinador:	Cristóbal Torres Albero Catedrático de sociología Universidad Autónoma de Madrid

Inmaculada Aznar Díaz Profesora titular de didáctica y organización escolar Universidad de Granada	José Manuel García Moreno Profesor titular de sociología Universidad de Málaga	Natascia Mattuci Catedrática de filosofía política Università de Macerata (Italia)
Marialva Carlos Barbosa Profesora titular de periodismo Universidade Federal do Rio de Janeiro (Brasil)	Estrella Gualda Caballero Catedrática de sociología Universidad de Huelva	Felipe Morente Mejías Catedrático emérito de sociología Universidad de Jaén
Carin Björngren Cuadra Catedrática de trabajo social Malmö University (Suecia)	Flor Mª Guerrero Casas Catedrática de mét. cuantitativos en economía y empresa Universidad Pablo de Olavide	José Antonio Peña Ramos Profesor titular de CC.PP. y de la administración Universidad de Granada
Carmen Espejo Cala Catedrática de periodismo Universidad de Sevilla	Gonzalo Vicente Herranz de Rafael Catedrático de sociología Universidad de Málaga	Alejandro Portes Catedrático emérito de sociología Princeton University (EE.UU).
Manuel Fernández Esquinas Científico titular de sociología Instituto de Estudios Sociales Avanzados (IESA-CSIC)	Celeste Jiménez de Madariaga Catedrática de antropología social Universidad de Huelva	María Soledad Ramírez Montoya Profesora titular de educación Instituto Tecnológico de Monterrey (México)
Juan Sebastián Fernández Prados Catedrático de sociología Universidad de Almería	Francisco José Llera Ramo Catedrático emérito de ciencia política y de la administración Universidad del País Vasco	Manuel Ricardo Torres Soriano Catedrático de ciencia política y de la administración Universidad Pablo de Olavide
Yolanda García Calvente Catedrática de derecho financiero y tributario Universidad de Granada	Mª Dolores Martín-Lagos López Profesora titular de sociología Universidad de Granada	Karina Villalba Profesora de salud pública University of Central Florida (EE.UU).

ÍNDICE

PRESENTACIÓN.

LA IMPORTANCIA DEL «ESTILO» EN LA PRÁCTICA SOCIOLÓGICA	11
---	-----------

LOS TRABAJOS CONTENIDOS EN EL LIBRO	12
-------------------------------------	----

ALGUNAS CLAVES DEL «ESTILO» SOCIOLÓGICO	13
---	----

SOBRE LA PRÁCTICA DE LA DISCIPLINA	16
------------------------------------	----

1. INTRODUCCIÓN

TAUTOLOGÍAS Y LUGARES COMUNES	22
-------------------------------	----

DEDICATORIA	25
-------------	----

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	26
----------------------------	----

2. LAS CIENCIAS SOCIALES EN CONFLICTO: FORMAS Y FUNCIONES DE LA TRANSGRESIÓN

DESCRIBIENDO EL PAISAJE DE LA CIENCIA	29
---------------------------------------	----

FORMAS DE INTRUSIÓN	32
---------------------	----

La cruzada	32
------------	----

La contraofensiva	37
-------------------	----

Los guerreros solitarios	42
--------------------------	----

La quinta columna	45
-------------------	----

Investigación condotiera	49
--------------------------	----

CONCLUSIÓN	55
------------	----

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	57
----------------------------	----

3.	LA «MORADA OCULTA»: LA SOCIOLOGÍA COMO EL ANÁLISIS DE LO INESPERADO	63
	INTRODUCCIÓN	64
	CONSTRUCCIÓN DE SISTEMAS Y CRÍTICAS ANTISISTEMA: UNA TRADICIÓN DE DOS SIGLOS	66
	SORPRESAS DESDE EL TERRENO: PRACTICANDO LA DESMITIFICACIÓN	67
	Mito 1: Las jerarquías organizativas existen	68
	Mito 2: Los barrios más empobrecidos están socialmente desorganizados	70
	Mito 3: Las leyes pueden acabar con la inmigración	71
	CUESTIONAR LAS APARIENCIAS: FORMAS Y CONSECUENCIAS	74
	ACCIÓN RACIONAL INTENCIONADA Y CINCO SECUENCIAS DE ACCIÓN ALTERNATIVAS	76
	RECONSTRUIR LA SOCIEDAD CON BASES RACIONALES	82
	CONCLUSIÓN: TEORÍA, POLÍTICAS Y ESCEPTICISMO	86
	REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	91
4.	REFLEXIONES SOBRE UN TEMA COMÚN: ESTABLECER EL FENÓMENO, ADUMBRACIÓN Y TIPOS IDEALES	97
	INTRODUCCIÓN	97
	LO OBVIO EN MERTON	101
	LA ADUMBRACIÓN	102
	LOS «TIPOS IDEALES» Y EL «ALCANCE INTERMEDIO»	104
	IGNORANCIA ESPECIFICADA	107
	LO RACIONAL Y LO INESPERADO	111
	REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	113
5.	LA MIGRACIÓN INTERNACIONAL: UNA VISIÓN GENERAL DE LAS TEORÍAS CONTEMPORÁNEAS	119
	LOS ORÍGENES DE LAS MIGRACIONES	120
	Expulsión-atracción	120
	Teorías macro y microeconómicas	122
	Teorías de la dependencia y del sistema mundial	123
	La «Nueva Economía» de la migración	126
	LA ESTABILIDAD DE LA MIGRACIÓN	127

	LA UTILIZACIÓN DE LA MIGRACIÓN LABORAL	132
	La perspectiva económica neoclásica	133
	La perspectiva de la colonización	135
	La perspectiva de la división y explotación del mercado de trabajo	137
	La perspectiva de la economía dual	140
	Los ajustes de la teoría dual a la nueva economía global	143
	EL CAMINO EMPRESARIAL	144
	LA ADAPTACIÓN DE LOS INMIGRANTES	147
	Perspectivas sobre la asimilación	147
	Perspectivas sobre la resiliencia étnica	151
	Entre la asimilación y la resiliencia	154
	CONCLUSIÓN: TRANSNACIONALISMO Y ASIMILACIÓN	155
	REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	157
6.	CIEN AÑOS DE WEBER: LA CIENCIA COMO VOCACIÓN Y EL RESURGIMIENTO DEL NACIONAL-POPULISMO	165
	INTRODUCCIÓN	165
	UN MUNDO DESENCANTADO: EL POPULISMO EN EL SIGLO XXI	169
	EL SIGNIFICADO DEL NACIONAL-POPULISMO	174
	CONSECUENCIAS DEL NACIONAL-POPULISMO	177
	REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	181
7.	CRÉDITOS DE LOS TEXTOS PUBLICADOS	187



PRESENTACIÓN. LA IMPORTANCIA DEL «ESTILO» EN LA PRÁCTICA SOCIOLÓGICA

Los ensayos de Alejandro Portes que se han recopilado en este volumen ponen el foco en la importancia de los conceptos y la teoría para lograr un conocimiento solvente sobre temas de relevancia social. Reunir estos escritos ofrece una oportunidad para realzar el valor de su obra. Fueron realizados en momentos distintos y con propósitos diversos. No pueden considerarse nada parecido a un tratado, como el propio autor reconoce. Sin embargo, la forma de trabajar del profesor Portes despliega una serie de recursos de gran utilidad para la práctica de las ciencias sociales. De manera tácita o explícita, contienen muchas de las nociones que desde los clásicos se han ido constituyendo como parte del «canon» sociológico. Por ello, nos atrevemos a sostener que, para un lector atento, y al haberse ordenado de una determinada manera, tienen elementos similares a los de un tratado.

En esta presentación resaltamos algunos aspectos transversales que pueden ser de utilidad para investigadores, estudiantes y para el público interesado en la teoría y la práctica sociológicas. En primer lugar, realizamos una introducción a los textos. Seguidamente, nos ocupamos de algunos elementos del «estilo» de este autor referidos al uso del lenguaje y a las herramientas conceptuales para la investigación.

LOS TRABAJOS CONTENIDOS EN EL LIBRO

En la «Introducción», realizada *ex novo* para este libro, el autor acude a su formación para resaltar la importancia de las ideas, las tipologías y los esquemas explicativos en su orientación intelectual. A través de algunos ejemplos nos previene sobre problemas típicos del razonamiento de las ciencias sociales, lo que permite entender mejor cómo concibe la disciplina.

Los tres primeros capítulos se ocupan de algunos elementos teóricos y conceptuales fundamentales. El capítulo 2 («Las ciencias sociales en conflicto: formas y funciones de la transgresión») tiene su origen en un libro dedicado a los cambios que surgen de la alteración de las fronteras sociales. Explora los conflictos de «traspasar» las demarcaciones establecidas en los contornos intelectuales de las ciencias sociales. Analiza la transgresión que realizan los especialistas (en la economía, antropología, biología...) cuando tratan de adentrarse en el análisis de fenómenos que típicamente corresponden a otras disciplinas (sobre todo a la sociología), en ocasiones para reclamar como propia la capacidad para producir conocimiento sobre dichos fenómenos. Mediante una serie de tipos ideales, muestra que el conflicto intelectual es un elemento esencial en el funcionamiento de las ciencias sociales. También realiza una llamada de atención para separar lo intelectual de «lo social» en la relación profesional entre disciplinas.

El capítulo 3 («La «morada oculta»: la sociología como análisis de lo inesperado») es producto de la conferencia presidencial a la American Sociological Association del año 1999. Resalta la vocación de la sociología para ocuparse de lo que pasa desapercibido, de lo no intencionado y de las consecuencias, muchas veces negativas, que interfieren en la acción racional. Acude a varias tipologías que dibujan un mapa de cómo la sociología conceptualiza el análisis de lo inesperado y muestra cómo los hechos sociales limitan las políticas y los diseños organizativos. También señala los problemas de la «ingeniería social». Concluye que, para poder ser efectivos, los diagnósticos sociológicos deben considerar la definición de la situación de los actores sociales que intervienen en cada proceso.

El capítulo 4 («Reflexiones sobre un tema común: establecer los fenómenos, adumbración y tipos ideales») procede de una obra colectiva en conmemoración del legado intelectual de Robert K. Merton. Discute un grupo de conceptos que este autor introdujo como elementos centrales del análisis sociológico. Resalta el problema de la «adumbración», el proceso por el que, casi de forma inadvertida, algunas innovaciones intelectuales (como las realizadas por el propio Merton) pasan a formar parte de la concepción de la realidad que se considera normal en la ciencia social y, en ocasiones,

en la manera de pensar de nuestro tiempo. El texto reflexiona sobre la importancia de la elaboración conceptual, especialmente de los tipos ideales y de los razonamientos de alcance intermedio.

Otros dos capítulos emplean la secuencia inversa al relacionar teoría y realidad: se ocupan de problemas sociales relevantes y se acude a nociones conceptuales para informarlos. El capítulo 5 («La migración internacional: una visión general de las teorías contemporáneas») se escribió para la quinta edición de *Inmigrant América*. Frente a las ediciones anteriores de este libro, el capítulo aporta una visión comprehensiva y crítica de las maneras de investigar la inmigración desde las ciencias sociales. Refleja las controversias y los logros de teorías destacadas desde la mitad del siglo XX. La revisión se centra en cuatro categorías: los orígenes de las migraciones, la continuación y direccionalidad, la explotación de la fuerza de trabajo y el asentamiento e integración social. Para valorar las aportaciones se acude a los conceptos empleados y a su adecuación para guiar la investigación y contrastarla con la realidad. La revisión se puede considerar como un «pequeño tratado» de las teorías sobre migraciones.

El capítulo 6 («Cien años de Weber: el surgimiento del nacional-populismo») se compiló a partir de una conferencia en la Eastern Sociological Association en el año 2020. Acude a algunas de las categorías acuñadas por Max Weber en *La ciencia como vocación* para analizar por qué surge el nacional-populismo en los Estados Unidos. Argumenta que la noción de los tipos ideales, convenientemente actualizada, resulta una herramienta útil para observar fenómenos de nuestro tiempo. Este estudio es una buena muestra de ello. Tiene en cuenta el cambio estructural en la producción industrial y en las condiciones de vida de los Estados Unidos, junto al significado que le otorgan los sectores sociales más afectados. Ambas observaciones predijeron en buena medida lo que ocurrió en la sociedad estadounidense pocos años después.

ALGUNAS CLAVES DEL «ESTILO» SOCIOLÓGICO

El estilo es el modo personal de escribir de un autor o la forma de expresión característica. También es la cualidad de una obra que la hace destacar o distinguirse de las demás. En los textos sociológicos el estilo es un ensamblaje de la lengua con la manera de concebir y usar los elementos de la disciplina. Para ilustrar su importancia en los trabajos de Alejandro Portes partimos de varios rasgos que aparecen en sus escritos y que están apuntados en la «Introducción»: el empleo de la lengua, los conceptos, las tipologías y las teorías de alcance medio. Todos ellos, si se emplean correctamente, forman la «caja de herramientas» esencial de la disciplina.

El primer rasgo es la manera de escribir. En el trabajo de Portes llama la atención la utilización clara y ordenada del lenguaje y la habilidad para hacer comprensibles cuestiones muy complejas. Esto va acompañado de un esfuerzo continuo para evitar la vaguedad conceptual y las nociones teóricas abstractas. Además, su empleo de la lengua (y del «lenguaje sociológico» especializado) también refleja una manera de pensar la disciplina. Es una herramienta esencial para deslindar la práctica científica de la ideología y para evitar algunas dificultades habituales de las ciencias sociales, como las tautologías y los razonamientos circulares.

El segundo rasgo al que prestamos atención es la importancia de los conceptos. La práctica de las ciencias sociales siempre requiere la mezcla de ideas y observaciones. Como el mismo autor reconoce en la «Introducción», «las ideas son lo más difícil». El trabajo de elaboración intelectual consiste en reunir ideas sobre un área de problemas, normalmente sustentadas en el estudio del conocimiento acumulado sobre el asunto. Además, los trabajos empíricos requieren manejar materiales muy diversos (documentos, estadísticas, entrevistas, observaciones directas, etc.), lo que con frecuencia da lugar a un amasijo desordenado de datos. Frente a este aparente caos, los conceptos son la manera de fijar las ideas. También señala que un concepto «es una síntesis a la que se pone un nombre», aunque el proceso no es un ejercicio simple. El concepto, además, necesita de algunas propiedades como la precisión, la relevancia y la «resonancia» respecto a lo que se quiere observar. Es decir, que sea reconocible y considerado útil por otros que estudian la misma área de problemas. Los capítulos de este libro incluyen bastantes ejemplos de estos conceptos. Algunos son ya clásicos (burocracia, anomia, deprivación relativa). Otros han sido desarrollados por el autor en algunas de sus obras (transnacionalismo, enclaves étnicos, etc.) y en buena medida han sido responsables de la repercusión internacional de sus trabajos.

Desde este punto de vista, los trabajos de Portes son esencialmente «nominalistas» en su acepción moderna. Sin conceptos adecuados las ciencias sociales no pueden avanzar. Denominar un hecho social con un concepto no puede pretender que la realidad adopte sus propiedades (al estilo de lo que ocurría antiguamente con el concepto marxista de clases sociales). Más bien, un concepto está cargado de «asunciones metateóricas»¹: son

1 La tríada conceptual de «asunciones metateóricas», «mecanismos explicativos» y «lugares estratégicos de investigación» ha sido empleada por este autor en varias obras para distinguir entre tipos de conceptos según sus funciones en el análisis. Véase sobre todo el capítulo 1 de su *Sociología Económica*. La versión española se encuentra en Portes, A. (2013), *Sociología Económica: un análisis sistemático*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

suposiciones que están antes que las teorías y que, por tanto, no son falsables. Estas suposiciones resultan útiles en la medida que guían la atención hacia algunas propiedades de los hechos de interés y orientan la observación. Por ello, hay que ser conscientes de las asunciones que incorpora un concepto y de sus posibilidades y limitaciones. Cuando se emplean de esta manera, los conceptos son la principal herramienta del trabajo de las ciencias sociales. Si bien están condenados a ser reelaborados y superados con el paso del tiempo.

El tercer rasgo de importancia se encuentra en las tipologías, desarrolladas a partir de la noción de los tipos ideales introducida por Max Weber. Los tipos ideales incluyen los rasgos esenciales de un fenómeno social que es considerado relevante. Son formas de nombrar una parte de la realidad, abstraída de observaciones extensas y continuadas. Pretenden reflejar que algunos de sus rasgos fundamentales suelen aparecer juntos en la realidad. En palabras de nuestro autor, «las ideas formuladas como conceptos con el tiempo se vuelven tipos ideales». La función de los tipos ideales en el proceso de investigación es «restregarlos con la realidad» (véase, por ejemplo, la manera en que se emplean en el capítulo 6, dedicado al nacional-populismo). Otros capítulos de este libro exponen algunos ejemplos útiles de estos tipos, como las formas de transgresión en las ciencias sociales (capítulo 2) y la clasificación de consecuencias no previstas (capítulo 3). Demuestran que el uso consciente de las tipologías es fundamental para la observación. Además, la elaboración de tipos ideales los convierte en elementos esenciales de las teorías más perfeccionadas cuando se transforman en hipótesis, lo que nos lleva al siguiente elemento.

El cuarto rasgo de la obra de Portes es la preferencia por las teorías de alcance intermedio. Sus trabajos se preocupan por ofrecer explicaciones plausibles de «por qué» algo es de una determinada manera. Este esfuerzo sistemático se adapta a la definición mertoniana, citada por el autor en el capítulo 4, que conviene recordar aquí. Las teorías de alcance intermedio son «conjuntos de proposiciones interconectadas, que se derivan de algunas asunciones sobre hechos esenciales y mecanismos causales, y que proporcionan hipótesis sobre grupos limitados de fenómenos sociales que tienen posibilidades de ser testados». Analizadas cuidadosamente, las varias teorías desarrolladas por Portes a lo largo de su carrera, algunas de las cuales se resumen en este libro, contienen todos estos ingredientes.

Este aspecto también se corresponde con cierto canon en la práctica sociológica, pero no es lo único a destacar de este autor. En lo referido al método, resalta la elaboración de hipótesis plausibles, la selección sistemática de elementos que facilitan el razonamiento causal y el pluralismo de métodos

necesarios para la explicación en cada contexto, frente a la dependencia excesiva de algunas fuentes de datos y técnicas de investigación. Una virtud adicional es el esfuerzo sistemático para que las teorías «cuenten una historia», acudiendo a narrativas que ayudan a superar las formulaciones abstractas de las teorías de otros tiempos.

Finalmente, otra herramienta importante es el esfuerzo de síntesis a través de modelos conceptuales con la ayuda de esquemas y cuadros sinópticos. En ocasiones estos modelos sirven para exponer los elementos de un marco conceptual complejo que guía y ordena la investigación empírica. El ejemplo más conocido es posiblemente el esquema que acompaña al concepto de «institución», incluido en la «Introducción» de este libro, que el autor ha empleado en varios de sus trabajos. Este concepto es de otro nivel, también mencionado como parte de las teorías de alcance medio: es un «mecanismo explicativo». Tiene un menor grado de abstracción, sirve para exponer una relación de relaciones concatenadas y es contrastable empíricamente. Es otro ejemplo más de que el uso adecuado de un concepto solo resulta realmente rentable cuando se prueba en la investigación. O como él dice en el capítulo 6, «paga» al contrastarse con la realidad.

SOBRE LA PRÁCTICA DE LA DISCIPLINA

Un aspecto adicional a resaltar en esta presentación es la manera de entender la disciplina. Los capítulos incluidos documentan algunos logros de la sociología y también alertan sobre los problemas típicos y las incertidumbres. En lo referido a los logros, Portes es un convencido de que la práctica sociológica cumple con creces la lógica científica, dentro de las limitaciones de las ciencias sociales asumidas por la moderna filosofía de la ciencia.

Al mismo tiempo, ofrece una crítica rigurosa sobre los déficits intelectuales que impiden el avance del conocimiento en las ciencias sociales. Muchos de ellos provienen precisamente de las cuestiones de fondo relacionadas con los conceptos y las teorías, que aplica tanto a la sociología como a las disciplinas colindantes. Algunos de los problemas son: la falta de colaboración interdisciplinar en las ciencias sociales, la ignorancia selectiva de unas disciplinas respecto a los avances de otras, la dispersión conceptual a la que esto da lugar y la persistencia de razonamientos circulares (generalmente sustentados en razones ideológicas) que han tenido gran acogida en algunas teorías y especialidades. Estos problemas han impedido que algunas de las promesas de la sociología en particular, y de las ciencias sociales en general, no se hayan cumplido.

Otras críticas se encuentran en la práctica de las ciencias sociales. Portes es escéptico sobre los intentos de construir la sociedad acudiendo a diseños racionales, y también sobre el uso de las ciencias sociales al modo de la «ingeniería social» (véase el final del capítulo 3). Los límites de la investigación para hacer predicciones de eventos se encuentran en la complejidad de las fuerzas sociales capturada en la idea del «encaje social» (nuestra traducción del conocido concepto de *embeddedness*). Es decir, cualquier diseño de arreglo social con vocación de permanencia y, por ende, cualquier institución, da lugar a reacciones de los actores participantes que interfieren en cómo llega a ser en la realidad, convirtiéndolo en algo distinto a lo planificado.

Frente a esta circunstancia, el oficio del científico social es más cercano al artesano que al ingeniero. Los sociólogos en particular ayudan a construir y reconstruir instituciones y, para ello, deben prestar una atención muy cuidada al carácter único de los procesos sociales. Tienen que tomar conciencia de que estos procesos están llenos de manifestaciones imprevistas, muchas veces ocultas. Y además, las acciones están sujetas a múltiples reacciones que es necesario comprender acudiendo a las situaciones de los participantes.

El corolario no es una visión pesimista, sino una defensa de la disciplina, a la que sitúa en el «terreno intermedio» desde donde se pueden ofrecer explicaciones razonables sobre las contingencias y los procesos reales que afectan a las personas. Con estos argumentos, y con un adecuado bagaje conceptual, la promesa de las ciencias sociales radica en ser una de las escasas formas de mantener la racionalidad frente a la mera ideología y al uso de la fuerza.

En suma, este conjunto de ensayos ofrece una oportunidad para observar de cerca cómo un autor con experiencia utiliza de manera fructífera las herramientas del oficio. En el momento de editar este libro los escritos más antiguos tienen plena actualidad, incluso décadas después de haberse escrito. Los más recientes seguramente seguirán siendo de interés durante bastante tiempo. Por estos motivos, creemos que esta compilación puede considerarse como un «clásico moderno».

Finalmente, conviene añadir un comentario sobre la traducción de este volumen dada la importancia de los conceptos y la dificultad para trasladarlos a otra lengua. El criterio empleado ha sido tratar de fijar la variación conceptual, teniendo en cuenta las correspondencias entre lengua y «lenguaje especializado». Nos hemos basado en el empleo de un corpus *ad hoc* sobre sociología a partir de la literatura más reconocida, de tal manera que

se ha buscado mantener la coherencia de denominaciones entre el inglés y el español. Además, las decisiones de traducción se han consultado con el autor, que ha realizado una revisión crítica de cada uno de los capítulos, participando de forma activa en el proceso de traducción.

Deseamos a los lectores que aprendan tanto como lo hemos hecho nosotros al preparar y editar este libro.

Manuel Fernández Esquinas
Carmen Oliva Sanz

Córdoba, marzo de 2025

1.

INTRODUCCIÓN

Los ensayos incluidos en este libro fueron escritos a lo largo de décadas de trabajo y no forman de ninguna manera un tratado sistemático. Nunca ensayé escribir tal tratado. Por el contrario, cada ensayo fue escrito separadamente respondiendo a coyunturas de la carrera —una invitación a ofrecer una conferencia en alguna universidad importante, una elección a alguna de las academias, una elección a la presidencia de una asociación profesional—. La traducción al castellano de esta colección de ensayos y su inclusión en este libro me ofrecen la ocasión de reflexionar hacia el pasado pensando qué tienen en común.

Mi educación católica, y sobre todo jesuita, basada en las tradiciones de la Edad Media, quizás algo tiene que ver con todo esto. En la fe católica, hay diez mandamientos de Dios y cinco de la Iglesia; hay siete pecados capitales, tres virtudes cardinales y cuatro ordinales. Hay también tres alternativas para la otra vida —cielo, infierno y purgatorio—. Aparte del Catecismo y el Padrenuestro, la tradición escolástica cubría sistemáticamente todo lo que había que explicar. Las «cinco vías» para demostrar la existencia de Dios de Santo Tomás de Aquino representan solo un ejemplo, aunque quizás el más importante de esta tradición intelectual.

El curso de Introducción a la Sociología en la Universidad Católica Argentina era impartido a principios de los años sesenta por un jesuita entrenado en la Universidad Gregoriana de Roma, el padre Antonio Donini. De él aprendí una visión ordenada y totalizadora de la sociedad basada, en gran medida, en la gran teoría sistemática desarrollada por Talcott Parsons (1964, 1937). Para Parsons, la sociedad es un sistema predecible gobernado por los valores y las normas, las cuales a su vez se articulan en múltiples roles incorporados a las grandes instituciones como la economía, la política, la educación, la religión y el ocio.

Esta visión totalizadora me acompañó a la universidad jesuita de Creighton en Omaha (Nebraska) donde, para lograr el grado de Bachiller, era necesario completar una especialización en filosofía, leyendo la *Summa Teológica* de Aquino traducida al inglés y a otros filósofos de la tradición escolástica, llegando hasta Jacques Maritain (1920). Las categorías tomistas de esencia y existencia, sustancia y accidente, universalidad y particularidad y otras quedaron firmemente establecidas en la mente de este estudiante al abandonar la universidad jesuita y dirigirme a completar estudios de posgrado en la Universidad de Wisconsin.

Allí tuve la fortuna de que el profesor de Teoría Sociológica en mi primer semestre fuera Joseph Elder, entrenado en Harvard bajo la influencia de Parsons y seguidor, como Donini, de la presentación sistemática de las grandes figuras de la disciplina, desde Durkheim y Weber hasta Sorokin, Parsons y Merton. Pienso ahora que esta educación, bajo los jesuitas en Buenos Aires y Omaha, Elder y otros grandes profesores en Wisconsin, conforman una orientación intelectual que siempre busca poner orden en las cosas, ya sea a través de tipologías, la invención de conceptos o el desarrollo de esquemas sintetizadores de determinada realidad.

Las ideas, plasmadas en conceptos, son lo más difícil. En verdad, he tenido muy pocas, pero puedo afirmar que todas surgieron a partir de la investigación de determinada realidad. En *La Ciencia como Vocación*, Weber (1919) afirmaba que no puedes ir en busca de ideas. Por el contrario, «las ideas te buscan a ti». En mi experiencia, puedo afirmar que esto es totalmente cierto. En medio de una investigación compleja y mientras tratas de poner orden en una masa de materiales empíricos, la síntesis esclarecedora surge y los ordena. A esta síntesis le pones un nombre y así emergen conceptos nuevos que modifican el conocimiento anterior.

A partir de mi carrera, puedo citar los ejemplos del «Enclave étnico» para definir aglomeraciones, en espacio restringido, de un conjunto de pequeñas empresas propiedad de personas de la misma nacionalidad que a menudo operan en el idioma original (Wilson y Portes, 1980; Portes y Bach, 1985; Portes y Shafer, 2007). «Economías informales de crecimiento», para identificar comunidades de empresas ilegales o semi-ilegales que, sin embargo, logran sobrevivir y avanzar en base a nexos de cooperación y apoyo mutuo (Portes, Castells y Benton, 1989; Portes y Haller, 2005). «Transnacionalismo», definido como la tendencia en comunidades inmigrantes a mantener lazos estrechos de cooperación e intercambio de información con las localidades y países de origen a lo largo del tiempo (Portes y DeWind, 2009; Ariza y Portes, 2007; Portes y Fernandez-Kelly, 2015).

Los conceptos a menudo dan lugar a tipologías. Las tipologías tratan de presentar, de forma sistemática, las posibles variantes —lógicas y empíricas— en determinada área de la realidad. Por ejemplo, Merton desarrolló su famosa tipología de «Estructura social» y «Anomia» entrelazando dos variables dicotómicas —«Fines culturalmente aceptados» y «Medios de logro legítimos»—. El resultado se presenta en la figura 1. Distingue entre el comportamiento «conformista», que acepta tanto medios como fines (el tipo de conducta más común en la masa de la población), de los «innovadores», «rebeldes» y «ritualistas» (Merton, 1968).

Figura 1
La tipología de Robert K. Merton sobre formas de conducta

TIPO DE CONDUCTA	METAS CULTURALMENTE VÁLIDAS	MEDIOS LEGÍTIMOS PARA ALCANZARLAS
Conformista	+	+
Innovadora	+	—
Ritualista	—	+
Rebelde	—	—

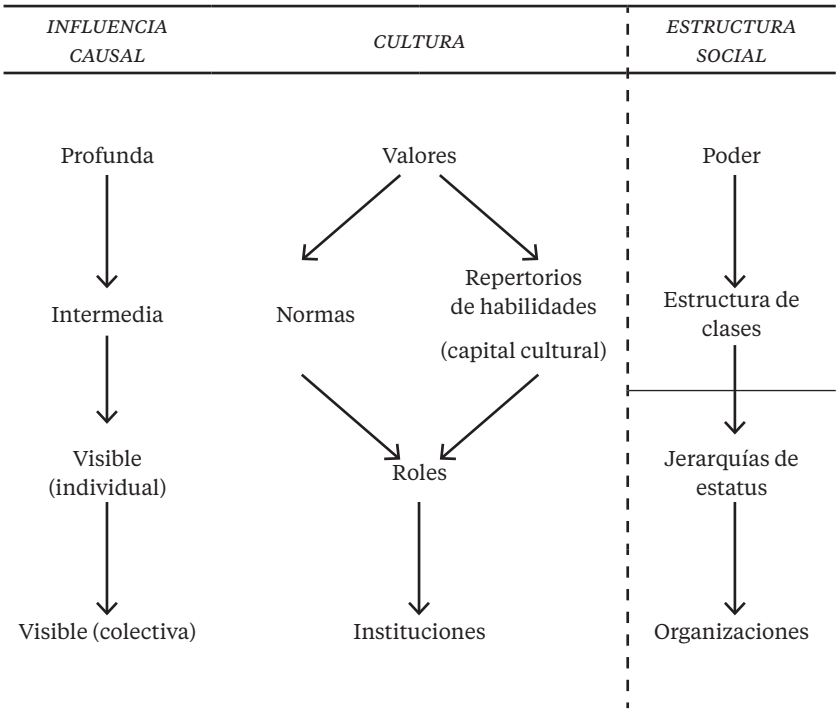
Fuente: Merton (1968).

Buena parte del contenido de este libro consiste en tipologías. Por ejemplo, el capítulo sobre *formas y funciones de la transgresión* es una tipología de las diversas variantes que el cuestionamiento de la ortodoxia en determinada disciplina puede adoptar, y que van desde la «Cruzada» a la «Contraofensiva» y los «Guerreros solitarios» (capítulo 2). De la misma forma, el capítulo 3, «La Sociología como análisis de lo inesperado», consiste esencialmente en una tipología de las diversas alternativas al modelo de «acción racional» basado en fines explícitos y medios previstos para alcanzarlos. En realidad, esta relación no problemática entre medios y fines es solo una de las posibilidades que las cosas pueden tomar, dado el surgimiento de imprevisibles que desvían tal relación lineal por senderos alternativos.

El tercer legado de mis días de estudiante en Buenos Aires, Nebraska y Wisconsin fue una fuerte orientación hacia esquemas sintéticos que plasman los hechos conocidos en forma gráfica y fácilmente accesible al público. La primera síntesis de este tipo apareció en la *American Sociological Review* en 1968 y fue posteriormente conocida como el «Modelo Wisconsin de logros educativos y ocupacionales tempranos» (Sewell, Haller y Portes, 1968).

Esta orientación se repite en trabajos posteriores y es evidente en el esfuerzo por situar el concepto de «institución» dentro de marcos de análisis previos sobre el contenido de la cultura y la estructura social. Este esquema se reproduce en la figura 2 y su explicación aparece en varias publicaciones, tanto en inglés como en castellano (Portes y Smith, 2012; Portes, 2009).

Figura 2
Elementos de la vida social



Fuente: Portes y Smith (2012, figura 1.1).

TAUTOLOGÍAS Y LUGARES COMUNES

La teoría social consiste en una serie ordenada de respuestas a la pregunta «por qué». Buena parte de la investigación sociológica contemporánea no crea ni pone a prueba teoría alguna, sino que consiste en trazar la evolución en el tiempo o a través de determinados contextos sociales de una o más variables de interés. Por ejemplo, el nivel de pobreza, la inflación,

los flujos migratorios y muchas otras. Tales estudios son valiosos para establecer empíricamente el fenómeno en cuestión, pero no dan respuesta a la pregunta «por qué». Los teóricos que han tratado de dar respuesta a esta pregunta en el campo de la sociología a menudo han alcanzado notoriedad, aunque a menudo han tendido a caer en razonamientos circulares. Estas son las tautologías que consisten en afirmar el mismo fenómeno dos veces, o, alternativamente, donde la causa y el efecto son los mismos.

Por ejemplo, para el criminólogo Edwin Sutherland (1924), si una cultura «desviante» se desarrolla en determinada comunidad, los niveles de delincuencia juvenil se incrementarán. La causa se define como aquellas culturas que tienden a promover la delincuencia, con lo cual el razonamiento se torna circular. Del mismo modo, el sociólogo Francés Pierre Bourdieu (1984) afirmaba que el surgimiento de una «alta burguesía» en sociedades capitalistas da lugar a la aparición de una cultura refinada caracterizada por el consumo de productos de arte —pintura, escultura, música, etc.— fuera de la comprensión y alcance de las masas de la población. La variable supuestamente causal, «alta burguesía», se caracteriza, entre otras cosas, por el refinamiento cultural de sus miembros, con lo cual el argumento se vuelve de nuevo circular.

Las tautologías constituyen errores lógicos porque no son falsificables. Toda teoría científica debe serlo. Otra forma de tautología es la que a menudo promovió la escuela funcionalista en sociología liderada por Parsons (1939-1964). Tautologías funcionalistas toman la forma de prescribir «imperativos funcionales» sin los cuales ninguna sociedad puede existir. De esta forma, James Coleman nos dice que:

- ◆ Para todo sistema social,
- ◆ Para mantenerse en equilibrio,
- ◆ Debe poseer algún mecanismo para la distribución de los derechos (Coleman, 1990, 1993).

La teoría es infalsificable porque los casos negativos se eliminan por definición: no pueden existir sistemas sociales sin mecanismos para la distribución de los derechos.

De la misma manera, Parsons (1964) afirmaba que uno de los «imperativos funcionales» de toda sociedad es la existencia de mecanismos educativos que socialicen a las nuevas generaciones en los valores y normas existentes. Tal afirmación es una tautología porque sociedades sin tales mecanismos no existen por definición, o presentado formalmente:

- ◆ Toda sociedad,
- ◆ Posee mecanismos para socializar a las nuevas generaciones en sus normas y valores,
- ◆ De lo contrario, no existe o deja de existir.

Parte del entrenamiento en teoría sociológica recibido en Wisconsin consistió en estar muy alerta a los argumentos tautológicos, funcionalistas o no. Es muy común que las teorías en sociología produzcan razonamientos circulares porque constituyen una manera segura de prevenir ser refutados. Es por ello que C. Wright Mills (1959) se refirió al sistema social de Parsons como una «gigantesca tautología», calificativo también aplicable a otras teorías a similar nivel de abstracción.

Por ello, Robert Merton (1959) propuso la formulación de teorías a un nivel medio de abstracción en diálogo con la investigación empírica. Es aquí donde la teoría realmente «paga» al confrontarse con la realidad empírica y por ella ser modificada. Tomemos por caso la teoría de la «rutinización del carisma» de Weber (1922):

Si el líder carismático desaparece, el don extraordinario que justificó su poder se rutiniza en una serie de prácticas rituales y símbolos creados por sus sucesores que buscan consolidar su propio poder.

Tal argumento puede confrontarse con la experiencia histórica de la India en la muerte de Gandhi, de la Unión Soviética en la desaparición de Lenin (a quien convirtieron en una momia sagrada) y de Cuba en la muerte de Fidel Castro (cuyo carisma recayó en su hermano y en el Partido Comunista).

Un segundo error en la formulación de teorías son los «truismos» (del inglés «truisms»), que también pueden denominarse «lugares comunes». Este error no consiste en repetir la misma idea dos veces de manera que la causa y el efecto sean idénticos, sino en formular hipótesis donde el espacio lógico entre la causa y el efecto es tan estrecho que hace imposible su falsificación.

Tomemos el caso del politólogo de Harvard Edward Banfield (1967), quien formuló el concepto de «familismo amoral» para diagnosticar las bases culturales del retraso económico social de ciertas regiones como Sicilia. De acuerdo a Banfield, el «familismo amoral» consiste en una cultura que abraza la lealtad por lazos sanguíneos y es indiferente al bien común a través de la obediencia a las leyes y la solidaridad comunitaria más allá del estrecho círculo de la familia. Tales comunidades no pueden avanzar porque el interés familiar egoísta socava constantemente los intereses colectivos.

La teoría de Banfield es un lugar común porque las cosas no podrían ser de otro modo. Esto se detecta ensayando la lógica opuesta: «Las comunidades donde el familismo amoral predomina son las que más progresan económica y socialmente». Años más tarde, otro politólogo de Harvard, Robert Putnam, propuso que el «capital social» es el bálsamo curativo que hace avanzar a las ciudades y a los países. De acuerdo con Putnam (2000), el capital social se caracteriza por la honestidad y eficiencia de las autoridades y la disposición de la ciudadanía a la confianza mutua y la obediencia a las leyes. Ensayemos el opuesto lógico: «las comunidades donde el «Capital social» (así definido) no existe son las que más progresan económica y socialmente».

Los lugares comunes son los que le han merecido a la sociología el calificativo de la «dolorosa elaboración de lo obvio». Son, sin embargo, convenientes para los teóricos por ser infalsificables. Para hacer avanzar la sociología y las ciencias sociales en general es necesario estar alerta contra este tipo de razonamiento y sustituirlo por aquellos donde el porqué de los fenómenos sociales se busca en causas distintas y falsificables. Tomemos por caso la teoría de Peter Evans sobre el desarrollo nacional: «Para que un país experimente un desarrollo económico sostenido, es necesario que las instituciones gubernamentales sean incorruptibles y además sean «proactivas» hacia las iniciativas y empresas privadas en la sociedad civil» (Evans, 1995).

Esta teoría no es una tautología o un lugar común porque es falsificable: es empíricamente posible que instituciones incorruptas no conduzcan al desarrollo económico o que el mismo tenga lugar a pesar de la corrupción oficial. Esto constituye una pregunta empírica e investigable (véase también Portes y Smith, 2011, cap. 2).

DEDICATORIA

A mis preceptores en los diversos lugares que he mencionado anteriormente debo la consolidación de una forma de pensar que siempre ha enfatizado la creación de conceptos o «tipos ideales», de tipologías y de esquemas sintéticos, además de una aproximación crítica a hipótesis causales buscando eliminar tautologías y lugares comunes. A ellos, respetuosamente, dedico esta recopilación de ensayos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ariza, M. y Portes, A. (2010). *El País Transnacional: Cambio Social a través de la Frontera*. México D.F.: Porrúa Editores.
- Banfield, E. (1967). *The Moral Basis of a Backward Society*. New York: Free Press.
- Bourdieu, P. (1984). *Distinction, A Social Critique of the Judgement of Taste* (R. Nice, trad.). Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Coleman, J. (1990). *Foundations of Social Theory*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Coleman, J. (1993). The Rational Reconstruction of Society. *American Sociological Review*, 58, 1-15.
- Evans, P. (1995). *Embedded Autonomy: States and Industrial Transformation*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Maritain, J. (1956). *An Introduction to Philosophy*. New York: Sheed and Ward.
- Maritain, J. (1968). *Bergsonian Philosophy and Thomism*. New York: Greenwood Press.
- Merton, R. K. (1968). Social Structure and Anomie. En *Social Theory and Social Structure* (pp. 185-214). New York: The Free Press.
- Merton, R. K. (1968). On Sociological Theories of the Middle Range. En *Social Theory and Social Structure* (pp. 39-72). New York: The Free Press.
- Mills, Ch. W. (1959). *The Sociological Imagination*. London: Oxford University Press.
- Parsons, T. (1964). *The Social System*. New York: The Free Press.
- Parsons, T. (1937). *The Structure of Social Action*. New York: The Free Press.
- Portes, A. (2009). *Las Instituciones en el Desarrollo Latinoamericano*. México D.F.: Siglo XXI Editores.

Portes, A. y Bach, R. L. (1985). *Latin Journey: Cuban and Mexican Immigrants in the United States*. Berkeley, CA: University of California Press.

Portes, A. y DeWind, J. (2007). *Rethinking Migration: New Theoretical and Empirical Perspectives*. New York: Berghann Books.

Portes, A. y Fernandez-Kelly, P. (2015). *The State and the Grassroots: Immigrant Transnational Organizations in Four Continents*. New York: Berghann Books.

Portes, A. y Haller, W. (2005). The Informal Economy. En N. Smelser y R. Swedberg (Eds.), *Handbook of Economic Sociology* (pp. 403-425). New York: Russell Sage Foundation.

Portes, A. y Shafer, S. (2007). Revisiting the Enclave Hypothesis: Miami Twenty-five Years Later. *Research in the Sociology of Organizations*, 25, 157-190.

Portes, A. y Smith, L. D. (2012). *Institutions Count: Their Role and Significance in Latin American Development*, Berkeley, CA: University of California Press.

Portes, A., Castells, M. y Benton, L. (1989). *The Informal Economy: Studies in Advanced and Less Developed Countries*. Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.

Putnam, R. D. (2000). *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*. New York: Simon and Schuster.

Sewell, W., Haller, A. O. y Portes, A. (1969). The Educational and Early Occupational Attainment Process. *American Sociological Review*, 34, 82-92.

Sutherland, E. (1924). *Principles of Criminology*. Chicago: University of Chicago Press.

Weber, M. ([1922] 1946). Class, Status, and Party. En H. H. Gerth y C. Wright Mills (Eds.), *From Max Weber: Essays in Sociology* (pp. 180-195). New York: Oxford University Press.

Wilson, K. y Portes, A. (1980). Immigrant Enclaves: An Analysis of the Labor Market Experience of Cubans in Miami. *American Journal of Sociology*, 86, 295-319.

2.

LAS CIENCIAS SOCIALES EN CONFLICTO: FORMAS Y FUNCIONES DE LA TRANSGRESIÓN¹

DESCRIBIENDO EL PAISAJE DE LA CIENCIA

La ciencia se describe con frecuencia como una de las más grandes empresas colaborativas de la humanidad. Esta imagen de cooperación tuvo un gran impulso gracias a la noción khuniana de paradigma (Kuhn, 1962). Presentaba la actividad científica como un denso entramado comunitario en el que, en tiempos «normales», todos trabajan laboriosamente para ensamblar las piezas del conocimiento en torno a una disciplina, especialidad o campo de investigación², hasta que en algunos momentos el paradigma en cuestión se reorienta a raíz de descubrimientos

1 Este trabajo fue escrito para el Annual Dean's Symposium, Universidad de Chicago, celebrado el 6 de mayo de 1994. Fue publicado originalmente en inglés con el título: «Contentious Science: The Forms and Functions of Trespassing», en A. Portes, *By-Passing and Trespassing. Explorations in Boundaries and Change*, College Park, Maryland, Urban Studies and Planning Program of the University of Maryland, 1995. Una traducción previa fue publicada en *Estudios Sociológicos* (XVI, 42, 1996), con el título «Las ciencias en conflicto: tipos y funciones de la transgresión interdisciplinaria». El presente texto contiene una nueva traducción revisada y acordada con el autor. Se han utilizado algunas de las soluciones adoptadas en la anterior versión.

2 N. de T. El autor se refiere principalmente a las disciplinas institucionalizadas de las ciencias sociales que estructuran las bases cognitivas de la investigación en este campo. En las ciencias naturales y experimentales en la actualidad, los paradigmas a los que se refiere Thomas Khun en *La estructura de las revoluciones científicas* corresponderían más bien a especialidades delimitadas dentro de las grandes agregaciones disciplinares. En este trabajo se prefiere utilizar la noción de disciplina debido a que refleja mejor la situación de las ciencias sociales.

trascendentales. Para complicar la situación, los sociólogos de la ciencia convienen en aceptar que, en el desarrollo de la actividad científica, como en cualquier otra institución social, coexisten conductas competitivas, cooperativas y conflictivas. Sin embargo, aunque esta laxa afirmación sea cierta sin lugar a dudas, no llega al fondo del asunto, al igual que tampoco lo hace el cándido retrato de una comunidad que trabaja en cooperación como un panal de abejas.

Un breve recorrido por la historia de la ciencia en general, y de las ciencias sociales en particular, sirve para descubrir que siempre ha existido un profundo conflicto entre convicciones diferentes que se defienden ferozmente. Estas pugnas, aunque hayan resultado duras para los individuos que participan en ellas, han producido algunas de las innovaciones más fructíferas en las disciplinas y especialidades científicas. El paisaje en el que ocurre la ciencia puede compararse con un campo de batalla en el que los individuos unen sus fuerzas gracias a un conjunto de convicciones compartidas, donde los distintos bandos rivalizan por imponer, de la manera más eficiente a su alcance, el cuerpo de creencias colectivas. La cooperación y la competencia efectivamente existen, pero solo en el contexto de un conflicto generalizado entre los puntos de vista más amplios sobre los aspectos esenciales de un asunto en concreto.

Una forma de representar esta imagen de la ciencia consiste en observar los diferentes niveles de abstracción en los que ocurren los tres procesos sociales: cooperación, competencia y conflicto. Los equipos de científicos colaboran para demostrar la validez o falacia de determinadas generalizaciones empíricas o proposiciones comprobables (por ejemplo, que los impuestos altos hacen disminuir la productividad). Es posible que los científicos compitan en cuanto a la capacidad relativa de diversas teorías para explicar y predecir un fenómeno dado (por ejemplo, la explicación del crimen a través de la teoría del «etiquetaje» frente a la teoría de la «subcultura desviada»). Sin embargo, entre los participantes en estas contiendas, ya sean colaboradores o contrincantes, no hay duda de que los otros son miembros legítimos de la empresa científica, y de que sus hallazgos y argumentos deben tomarse con seriedad.

Una actitud muy distinta se manifiesta hacia aquellos que se mueven más allá del recinto marcado por las hipótesis y prácticas generales que estructuran una determinada disciplina. «Esto no es sociología», solían decir los defensores de la ortodoxia funcionalista para referirse a los defensores del marxismo o de los enfoques etnometodológicos. Del mismo modo, los adeptos al paradigma neoclásico lanzaban el epíteto fulminante de «esto no es economía» a las vertientes del institucionalismo económico o de la

economía política marxista. Lo que se acaba de describir es un conflicto. El objetivo no es simplemente demostrar la mayor eficacia exploratoria o predictiva de una teoría, sino establecer una equivalencia entre una forma específica de pensar y una determinada disciplina o, en casos extremos, entre dicha forma de pensar y la misma realidad. En este «campo de batalla» científico se busca demostrar que los adversarios que trabajan en un nivel bajo de abstracción están equivocados (competencia). Sin embargo, los adversarios en el nivel de abstracción más alto de las asunciones básicas y las creencias filosóficas deben ser expulsados o, cuando menos, replegados a las fronteras del campo científico (conflicto).

En la empresa científica entendida en su conjunto, existe una fricción dialéctica entre los constructores de un sistema de pensamiento ortodoxo y sus detractores. Los positivistas lógicos y los relativistas kuhnianos concuerdan en que, para progresar, toda disciplina debe contar con un marco de supuestos comúnmente aceptados respecto a los métodos de argumentación y demostración que se consideran adecuados (Kuhn, 1962; Nagel, 1961, caps. 6-13). Si los detractores de un paradigma central ganan la principal batalla, la disciplina puede perder su núcleo fundamental y disgregarse en feudos rivales, cada vez más alejados de su propósito original. Por otra parte, si un paradigma logra silenciar a todos los demás, sus principios adquieren la categoría de una doctrina casi religiosa. En ausencia de desafíos, las proposiciones establecidas se vuelven insensibles a la evidencia empírica. La empresa científica se convierte así en una tarea escolástica, donde «encajar» con el resto del edificio intelectual, más que la precisión basada en evidencias, representa el estándar definitivo de la demostración.

La transgresión entra en juego en estas situaciones. En el pasado solía ser percibida como el intento de un personaje fastidioso y ocasional que reataba, por lo general sin éxito, al Behemoth³ de un paradigma establecido. Pero la transgresión es más que eso. En este trabajo intentaré demostrar que esta forma de actividad teórica ha servido en numerosas ocasiones para plantear un verdadero desafío a los enfoques hegemónicos o para estimular su resurgimiento. Y, de manera más general, espero demostrar que la transgresión constituye la actividad que actualiza de forma más efectiva el rol que desempeña el conflicto en el progreso de la ciencia (incidiendo en la dialéctica entre hegemonía y pluralismo, en oposición a las tendencias predominantes de estos tiempos).

3 N. de T. Behemoth: bestia mencionada en la Biblia, junto al monstruo Leviatán, como referencias descriptivas que el Dios bíblico ofrece a Job (Job, 40:10-19). La palabra ha sido empleada metafóricamente para connotar algo extremadamente grande o poderoso.

FORMAS DE INTRUSIÓN

La invasión de territorios ajenos puede adoptar diversas formas y manifestar distintos grados de ambición. En el presente trabajo me ocuparé principalmente de las transgresiones más osadas —aquellas que traspasan las fronteras de las disciplinas— y cuyas metas son las más ambiciosas —las que buscan modernizar totalmente una forma de pensamiento al refutar los axiomas existentes—. Aunque la transgresión no tiene por qué limitarse a los que vienen de fuera, sino que puede ser iniciada por aquellos que están formalmente afiliados a la propia disciplina si sus argumentos adoptan ideas externas que desafíen las creencias imperantes en sus aspectos fundamentales.

Las disciplinas pluralistas que no disponen de un núcleo sólido están más expuestas a incursiones expansivas cuyo objetivo es sustituir una torre de Babel de opiniones antagónicas por una nueva base paradigmática. Por el contrario, las disciplinas en las que se enquistaba una ortodoxia son objeto de múltiples formas de crítica que, o bien buscan abrir espacios a enfoques alternativos, o tratan de mantener al paradigma reinante dentro de sus fronteras tradicionales. Para continuar con la analogía del campo de batalla, me referiré a estas modalidades con los términos que destacan su dimensión conflictiva común.

LA CRUZADA

Cual caballeros normandos que van a la reconquista de la Tierra Santa, los teóricos de las disciplinas firmemente establecidas organizan expediciones militares hacia los campos menos estructurados. Para ellos, el ámbito en el que trabaja una disciplina es muy valioso, pero sus ocupantes, al igual que los turcos selyúcidas en Tierra Santa, son considerados poco idóneos para ese cometido. Esto es lo que ha ocurrido con la sociología: una vez fue una disciplina con un núcleo sólido y capaz de organizar esas incursiones por sí misma, hasta que en la segunda mitad del siglo XX se fragmentó hasta convertirse en blanco de numerosos asaltos.

Me vienen a la cabeza muchos ejemplos, pero solo citaré dos. En 1975, Edward D. Wilson, entomólogo de la Universidad de Harvard, publicó su *Sociobiology*, a la que siguió la edición condensada de 1980. Aun cuando la mayoría de la obra se refería a las sociedades animales, los sociólogos percibieron que, efectivamente, su propósito final era incluir a las sociedades humanas dentro de la «Síntesis Moderna» derivada del paradigma

neodarwiniano (Wilson, 1980). El propio Wilson, evitando como precaución exponer una forma extrema de reduccionismo o de proclamar el éxito indudable de su empresa, sostenía que:

Quizá no sea excesivo afirmar que la sociología y otras ciencias sociales [...] son las últimas ramas de la biología que esperan incluirse en la Síntesis Moderna. Así, una de las funciones de la sociobiología es reformular las bases de las ciencias sociales de tal forma que estos temas sean atraídos hacia la Síntesis Moderna. Aún queda por ver si las ciencias sociales podrán ser verdaderamente «biologizadas» de esta manera (Wilson, 1980, p. 4).

A pesar de su aparente reserva, Wilson se embarcó en la tarea de reformular los fundamentos de las ciencias sociales en general, y de la sociología en particular. Esto explica por qué los posteriores análisis de su libro, en el capítulo 26, enfocaron su atención en las sociedades humanas, y por qué esa sección permaneció inalterada en la versión condensada. Wilson había leído lo suficiente para no negar la función de la cultura como sustituto de la transmisión de ADN en el proceso evolutivo de la sociedad humana. Aunque sí se adentró bastante en demostrar las coincidencias entre las conductas de los humanos y de los primates más evolucionados, y en desarrollar algunas hipótesis plausibles sobre las bases genéticas, más que culturales, que explican gran parte de las interacciones sociales humanas (Wilson, 1980).

El fin último aparece claramente desde la primera página, cuando Wilson reprende suavemente a los filósofos de la ética por plantear principios no demostrados:

La existencia del ser o el suicidio que le pone fin no constituyen la pregunta central de la filosofía. El complejo hipotalámico-límbico refuta automáticamente tal reducción lógica, lanzando un contraataque de sentimientos de culpa y de altruismo. En este sentido, los centros de control emocional del propio filósofo son más sabios que su conciencia solipsista, ya que «saben» que, en el tiempo evolutivo, el organismo individual no cuenta casi nada (Wilson, 1980, p. 1).

La sociobiología representa el ejemplo de cruzada en la que un líder impetuoso abandona su reino teórico bien fortificado para extender sus dominios a tierras menos desarrolladas y, por tanto, menos defendidas y más vulnerables. Su objetivo no es explicar todo aquello que los sociólogos estudian, sino dar otra orientación a los fundamentos axiomáticos de la disciplina, implantando en ella una nueva perspectiva teórica: la Síntesis Moderna.

Esta transgresión desempeña una multitud de funciones y trasciende el interés consciente del cruzado. El concepto de consecuencias no intencionadas, muy desarrollado en el arsenal teórico propio de la sociología, puede utilizarse provechosamente para el análisis de los efectos colaterales de la tentativa del valeroso caballero. Sin embargo, antes de hacer esto, quisiera acudir a mi segundo ejemplo. Proviene de cuarteles teóricos más próximos y se refiere a los esfuerzos de algunos economistas por extender su marco analítico hacia otras ciencias sociales.

Los economistas iniciaron estas campañas a mediados de la década de los cincuenta, cuando académicos como Gary Becker y Anthony Downs plantearon que era posible analizar el comportamiento político utilizando los modelos económicos. En 1976, Becker publicó su libro *The Economic Approach to Human Behavior*, que muy pronto se convirtió en el manifiesto de esta singular cruzada. Becker no escatimó palabras al referirse a los alcances de su empresa:

De hecho, he llegado a la conclusión de que el enfoque económico es una perspectiva muy amplia que puede aplicarse a cualquier tipo de conducta humana, ya sean comportamientos en torno al valor monetario del dinero o precios fantasma imputados; a decisiones repetitivas o poco frecuentes; a resoluciones importantes o menores; a fines emocionales o mecánicos; a personas ricas o pobres; a mujeres u hombres; adultos o niños; individuos brillantes o estúpidos; hombres de negocios o políticos; maestros o estudiantes (1976, p. 8).

Anteriormente, los economistas se habían mantenido al margen de los temas sociales y políticos, por lo que la nueva cruzada fue recibida con cierto escepticismo entre sus principales entornos intelectuales. Pero cuando James Buchanan, en primer lugar, y Gary Becker, más tarde, recibieron el Premio Nobel de Economía, su enfoque adquirió mayor aceptación institucional como un método legítimo de exploración de la disciplina (Swedberg y Granovetter, 1992). En su planteamiento original, Becker admitía que los factores no económicos ejercían cierta influencia en la vida social y, en consecuencia, que las contribuciones de otros científicos sociales tenían cabida, pero no deseaba que esta transigencia fuera mal interpretada:

A la vez, no quiero suavizar la fuerza de mis argumentos para ganar aceptación a corto plazo. Lo que afirmo es que el enfoque económico ofrece un valioso marco unificado para comprender todas las conductas humanas (1976, p. 14).

Al igual que el sociobiólogo Wilson, Becker hizo más que exponer un planteamiento programático, pues su siguiente paso fue aplicar dichas ideas a aspectos tales como la educación, la fertilidad, el crimen y la familia, a la vez que sus discípulos extendieron el alcance de este proyecto hasta otros campos. Borjas, por ejemplo, elaboró una teoría sobre la migración internacional, basada en el análisis económico del coste-beneficio (Borjas, 1990).

La respuesta a estos embates innovadores tuvo repercusiones en dos niveles distintos: el de la teoría de la disciplina afectada y el de la investigación empírica. En la siguiente sección abordaré el primer nivel, puesto que en él se dan simultáneamente fuertes contraataques y transgresiones reactivas. En cuanto a la investigación empírica, científicos sociales de cada área afectada recibieron con interés las innovaciones de las disciplinas más avanzadas, aunque al final hubo reacciones contrarias debido a la irregularidad de las predicciones resultantes. En un importante libro sobre las determinantes del crimen en los barrios urbanos, el antropólogo Mercer L. Sullivan relata la llegada del «modelo económico» a su campo y los intentos subsecuentes que realizaron los investigadores por demostrar que el crimen puede ser entendido en los términos del análisis de coste-beneficio, al igual que cualquier otra forma de conducta económica:

Los economistas se dieron a la tarea de correlacionar el crimen agregado con las tasas de empleo a lo largo del tiempo, esperando demostrar la existencia de una fuerte vinculación entre ambos. Pero sus esfuerzos obtuvieron resultados tan adversos que no hicieron sino debilitar más la idea que por sentido común se tiene de que condiciones malas de empleo generan criminalidad (1989, p. 5).

En opinión de Sullivan, la gran promesa del modelo económico respecto al crimen se estrelló contra una barrera de resultados contradictorios que llevaron a la conclusión de que la «nocividad moral» de la conducta criminal no puede ser fácilmente reducida a categorías económicas (Sullivan, 1989).

De manera similar, en el área de la inmigración, los investigadores no tardaron en constatar que el análisis de coste-beneficio aplicado a los determinantes de la migración transfronteriza tenía un escaso valor predictivo frente a otros modelos que partían de bases empíricas. La inmigración contemporánea rara vez proviene de los países más empobrecidos o de los estratos más necesitados de la población de los países emisores. Más aún, los pueblos y aldeas de un mismo país, con condiciones económicas similares y próximos unos de otros, presentan tasas muy diferentes de emigración (Reichert, 1981; Portes y Borocz, 1989). Por otra parte, los niveles de ingreso económico, que el modelo de Borjas establece como un elemento significativo para los cálculos

de coste-beneficio de los posibles migrantes, resultan ser igualmente indeterminados. Por ejemplo, aunque tanto México como la India son países con una distribución del ingreso altamente desigual, son pocos los profesionales mexicanos que emigran, mientras que sí lo hacen los profesionales indios, tanto en términos absolutos como relativos. Una explicación diferente y con más solidez empírica sobre las determinantes de la migración internacional es la que exponen sucintamente Massey y sus colaboradores:

La migración internacional comenzó por una complementariedad de oferta y demanda. Sin embargo, una lección fundamental [...] es que la migración presenta una fuerte tendencia intrínseca a hacerse más extensa con el paso del tiempo [...]. Estos altos niveles de migración internacional son fomentados y sustentados por redes sociales que se traman gracias al parentesco, la amistad y el paisanaje, las cuales se han ido adaptando a la empresa migratoria. Estos vínculos sociales facilitan el movimiento de las personas y de la información (Massey, Alarcón, Durand y González, 1987, p. 316).

O bien, como lo expresa Charles Tilly (1990), no son las personas las que emigran. Lo hacen las comunidades ligadas por redes sociales. Estas contiendas podrían considerarse escaramuzas que ocurren en ciertos puntos de la línea de batalla y que no disminuyen significativamente el ímpetu de la cruzada.

El tipo de transgresión representado por la metáfora de «la cruzada» desempeña tres posibles funciones:

1. Introducir en la disciplina en cuestión un nuevo núcleo paradigmático. Esto constituye sin lugar a dudas el primer objetivo de la maniobra, ya que mientras más grande sea el número de «convertidos» en el territorio contrario, y más alta la categoría de sus científicos, mayor será la probabilidad de lograr la reorientación paradigmática.
2. Revitalizar determinadas áreas de investigación con nuevas teorías y proposiciones comprobables. Ejemplos relevantes son los efectos provocados por la sociobiología, en áreas como la ecología social de las organizaciones, y los modelos económicos aplicados a temas sociológicos, como el crimen, la conducta reproductiva y la familia.
3. Inducir a una contraofensiva por parte de la disciplina afectada, lo que puede llevar a que esta reafirme y perfeccione su propio núcleo paradigmático. Esta última consecuencia no intencional de la cruzada es quizá la más importante debido a que puede dar lugar a transgresiones reactivas.

LA CONTRAOFENSIVA

En un artículo que publicó la revista *Contemporary Sociology* cuando el debate en torno a la sociología estaba en su punto más álgido, Milton M. Gordon resumió la postura que mantenía la corriente principal de la disciplina afectada:

[...] los sociobiólogos insisten en que el estudio comparativo de las especies animales distintas del *homo sapiens* puede revelarnos mucho sobre las raíces biológicas de la conducta humana. Yo no veo cómo puede ser [...] por las razones que sean, la historia evolutiva del hombre lo llevó a poseer un cerebro voluminoso e intrincado, que es capaz de elaborar un complejo pensamiento conceptual, así como la sensibilidad emocional y estética que lo acompañan. Ninguna otra especie animal cuenta ni remotamente con este equipo biológico. La distancia que existe entre un chimpancé que se vale de un palo para hurgar por comida y la creación por el ser humano de la teoría y tecnología de la energía atómica es tan enorme que desafía la posibilidad de inventar un método de medición que alcance a evaluarla (1980, p. 790).

En este párrafo, Gordon expresaba las bases para refutar las afirmaciones de la cruzada de Wilson y la irreducibilidad del territorio que reclaman las ciencias humanas y la sociología. Como lo observara Pierre van der Berghe, pese a ser un impulsor activo de los esfuerzos de Wilson, toda disciplina está en pie de guerra contra su «antidisciplina», es decir, la que está inmediatamente debajo de ella en la cadena del reduccionismo. En el caso de la biología, cuyo argumento para que se la considere una disciplina independiente es que la materia viva posee ciertas propiedades que no pueden ser totalmente reducidas a los principios de la química, esta última constituye su «antidisciplina» (Van der Berghe, 1979, pp. 348-349). A su vez, la biología es la «antidisciplina» de las ciencias sociales. De ahí proviene la fiereza con que fueron rebatidos los avances de la cruzada del entomólogo. No obstante, Wilson logró reclutar algunos seguidores y simpatizantes prominentes entre la sociología, tales como Van der Berghe y, más adelante, George Homans, quien deploraba la actitud defensiva de sus colegas en contra de cualquiera que se acercara a su territorio. En palabras de Homans:

Cada vez que una disciplina, incluso una tan obviamente relacionada como la psicología, empieza a dar muestras de que podría contrariar a la sociología, algunos sociólogos comienzan a temer que esta pierda su identidad. Tal reacción es la misma que han tenido hacia la sociobiología. Esa susceptibilidad constituye un desagradable síntoma de falta de seguridad en sí misma (1979, pp. 347-348).

Sin embargo, pese a esta y a otras manifestaciones de apoyo, hacia mediados de la década de los ochenta el debate ya había sido dado por terminado en lo que a fines prácticos se refiere. Al igual que otros aspirantes a la hegemonía de tiempos pasados, la sociobiología fue finalmente replegada hasta los márgenes de la sociología y sus seguidores quedaron tan debilitados que no les fue posible obtener siquiera su propia sección en la American Sociological Association. Sin embargo, la enérgica contraofensiva con que se atacó la extrapolación de las sociedades animales a las humanas no llegó más allá de las fronteras de la sociología. Dado que la biología se consideraba su «antidisciplina», se mostraba inmune al influjo de los modelos sociológicos, por lo que no se hizo intento alguno por demostrar lo contrario.

Pese al fracaso de esta cruzada, sí que se logró un objetivo importante y no intencional: dirigir la atención a los fundamentos mismos del enfoque sociológico respecto de las sociedades humanas. Durante mucho tiempo, este núcleo había permanecido oculto y protegido por la absoluta convicción sobre la singularidad de su materia de estudio. No obstante, el desafío lanzado por la sociobiología obligó a que se reconsiderara qué es lo que hace únicas a las sociedades humanas y cuáles son sus rasgos comunes y diferenciadores respecto a las comunidades de primates y a otras sociedades animales.

Un recibimiento diferente tuvo la aplicación sistemática del modelo económico en las otras ciencias sociales. Esta particular cruzada produjo secuelas más intensas que se manifestaron tanto en el número de nuevos adeptos a la postura individualista racional como en la tentativa de quienes dirigían la línea defensiva por llevar la batalla más allá de las fronteras de la disciplina. El primer precedente moderno de la actual confrontación tuvo lugar en la antropología más que en la sociología o en la ciencia política. Los defensores del «enfoque de mercado» para el análisis del comportamiento económico fueron llamados «formalistas» en el ámbito de la antropología social. Durante las décadas de los cincuenta y los sesenta se enfrentaron a los «sustantivistas», que bajo el liderazgo de Karl Polanyi sostenían que los mercados no eran un fenómeno ni natural ni universal, sino tan solo instituciones socialmente construidas que caracterizaban a un periodo determinado de la historia mundial (Polanyi, 1947; 1957).

Si bien este debate antropológico se adelantó en varios sentidos a los actuales enfrentamientos, también tuvo algunas diferencias importantes. En primer lugar, se centró en la naturaleza de la acción económica y no en las esferas no económicas que los cruzados economistas involucraron

después en la contienda. Tanto Polanyi como sus oponentes consideraban que estas áreas no económicas estaban fuera del ámbito del comportamiento del mercado o del análisis de este sector. En segundo lugar, los sustantivistas estaban dispuestos a aceptar que los supuestos propios del análisis económico —tales como el cálculo de coste-beneficio, la maximización individual y las preferencias estables— eran apropiados para las condiciones del mercado moderno (Granovetter, 1993). Como veremos en breve, la contraofensiva apuntó a que dichos supuestos fuesen realmente defendibles.

Bajo las insignias de la teoría de la «elección pública» y de la «acción racional», el enfoque económico para el análisis del comportamiento humano ha realizado incursiones significativas tanto en el campo de la ciencia política como en el de la sociología. En el momento de escribir este trabajo se estaba creando una nueva Sección de Elección Racional en la American Sociological Association, lo que ofrece identidad disciplinar a esta nueva corriente. Según el cristal con que se los mire, los seguidores de la teoría de la acción racional aparecen o bien como salvadores de una disciplina en desgracia o como quintacolumnistas que intentan socavar los fundamentos del enfoque sociológico. Estos últimos han organizado una contraofensiva cuyo propósito es, primeramente, evitar que sus colegas sociólogos se dejen embriagar por el canto de sirena del modelo de coste-beneficio. Así, Paul Hirsch y sus colaboradores presentan una poderosa descripción de las diferencias que separan a ambas disciplinas y concluyen con la siguiente admonición:

[...] pese a la estabilidad y poder de las premisas centrales de los economistas, y pese a la coherencia lógica que estas permiten, existe una debilidad letal para los sociólogos cuando se embarcan en el modelaje deductivo: los empuja a ignorar el mundo empírico que los rodea [...]. Se debe recordar a los sociólogos sobre estos peligros para evitar convertirnos en una versión de segunda de algo que los economistas ya hacen muy bien (Hirsch, Michaels y Friedman, 1990, pp. 41-42).

El elogio ambiguo contenido en la última frase del párrafo fue neutralizado poco después por Hirsch y colaboradores con una crítica tajante sobre la creciente distancia entre las teorías económicas y la realidad. Como alternativa a la observación de Charles Schultze sobre el terror que tienen los economistas de volverse sociólogos, estos autores sostienen que los sociólogos deben evitar a toda costa aceptar los supuestos racionalistas del análisis económico, dado que tales conjeturas son en sí mismas muy dudosas. A fin de cuentas, todo se resume en el choque entre «los modelos irreales

pero limpios de la economía contra las manos sucias con orientación hacia el *verstehen*⁴ de la sociología» (*ibid.*, p. 46).

Otros oponentes al modelo de la acción racional han puesto el acento en el carácter cuestionable de los supuestos estándares de la economía y han iniciado una ofensiva para desafiar su aplicabilidad. Su ataque ha ido mucho más lejos que el de Polanyi al afirmar que los actores del mercado y otros protagonistas económicos se comportan de formas mucho más complejas que las consideradas por la analogía del coste-beneficio individual. La premisa es que el comportamiento del mercado es comportamiento social y, por tanto, está sujeto a la maraña de tensiones generadas por redes y normas sociales. Este es el problema del «encaje social»⁵, que Granovetter redefinió a partir de sus orígenes en la obra de Karl Polanyi, abriendo así un nuevo espacio para el análisis sociológico de la economía:

Gran parte de la tradición utilitaria, incluida la economía clásica y la neoclásica, parte del supuesto de que el comportamiento racional basado en el interés individual se ve mínimamente afectado por las relaciones sociales [...]. En el otro extremo se encuentra lo que llamo el argumento del «encaje social»: sostiene que, cuando se analizan el comportamiento y las instituciones económicas, están tan constreñidas por las relaciones sociales en curso, que interpretarlas como si fueran independientes constituye un grave error (1985, pp. 481-482).

Granovetter explícitamente distingue su postura del punto de vista, predominante en la sociología funcionalista de etapas anteriores, de que los individuos se comportan sobre todo de acuerdo con ciertas pautas internalizadas. También hace notar la ironía de que tal concepción «sobresocializada» de las acciones humanas y el supuesto «subsociado» del exclusivo interés individual compartan un enfoque común: consideran a los individuos como actores aislados en busca de ganancias (o valores) en medio de un vacío social. Granovetter, en contra de esta opinión, pretende hacer encajar todas las transacciones económicas en la estructura social, con sus consecuentes limitaciones y oportunidades no anticipadas:

4 N. de T. Del alemán «comprensión». En las ciencias sociales en general se ha utilizado en el sentido empleado por Max Weber, referido al examen a través de la interpretación y la empatía de los fenómenos sociales.

5 N. de T. Se utiliza la expresión «encaje social» para traducir el término *embeddedness* empleado por Karl Polanyi y Mark Granovetter. Aquí se diferencia expresamente del uso que Peter Evans hace del mismo término en su obra *The Embedded State* (1996) (véase la N. de T. 27 en el capítulo 3 de este libro).

En las relaciones de negocios, el grado de confianza debe ser variable, pero las situaciones que corresponden al Dilema del Prisionero pueden ser obviadas por la fuerza de las relaciones personales. Esta fuerza no es inherente a los negociadores, sino a sus vínculos concretos. El análisis económico estándar niega la identidad y las relaciones previas de los negociadores individuales. Aunque los individuos racionales conocen mejor la situación y, por ello, confían en su conocimiento de dichas relaciones (*ibid.*, p. 491).

Al igual que el artículo de Becker se convirtió en el manifiesto de la cruzada neoclásica, el «encaje social» de Granovetter ofreció un plan de acción para una contraofensiva sociológica, reclamando que todos los temas económicos podían ser objeto de una investigación sociológica. Y también al igual que Becker, que continuó su planteamiento programático con aplicaciones específicas a diversos aspectos sociales, Granovetter ha realizado varios estudios basados en sus asunciones sobre asuntos económicos tales como los mercados laborales, la actividad empresarial y el origen y desarrollo de las corporaciones (Granovetter, 1994; McGuire, Granovetter y Schwarz, 1993).

Pero quizás una aplicación más importante del enfoque del «encaje social», dado que toca un tema mucho más próximo al corazón de la economía moderna, es el análisis de Harrison White sobre el comportamiento del mercado. White propone un modelo en el que los actores no son maximizadores atomizados, sino jugadores en redes competitivas en las que cada uno vigila mutuamente el comportamiento del otro. La imitación de líneas de producción exitosas constituye una parte importante del proceso, pero, además de esto, los participantes buscan encontrar nichos particulares que les brinden ventajas monopolistas, al menos durante algún tiempo. Por ejemplo, una línea de vestir con un estilo diferente y distinguido se vende a precios muy elevados precisamente porque no compite directamente con los otros tipos de ropa que existen en el mercado (White, 1993; 1981).

Formalizada como modelo matemático, esta idea de los mercados como redes puede explicar tanto el motivo por el cual la punta de lanza de la producción moderna está en los bienes de lujo para las clases altas como las causas de que los mercados conducen a una desigualdad económica persistente. El mercado idealizado de la teoría neoclásica del equilibrio tendría que reducir las desigualdades cuando la fuerza de la competencia rebaja las ganancias al mínimo. Por el contrario, la teoría de White sostiene que la desigualdad constituye un rasgo intrínseco de los mercados, debido a que ciertos actores son más hábiles que otros para sortear la competencia general, mediante innovaciones tecnológicas y otras formas de asegurar nichos de privilegio (White, 1993; 1981; 1988; Collins, 1994).

Esta modalidad de contratransgresión tiene funciones similares a las de la cruzada como, por ejemplo, infiltrar nuevas ideas en el campo contrario y motivar una reacción disciplinar, ya sea a favor o en contra. Hasta donde yo sé, el poder de la teoría general del equilibrio ha hecho inexpugnable a la economía frente a estos contraataques, aunque de vez en cuando aparece un economista dispuesto a tomarse en serio dichos conceptos. Sin embargo, las ciencias sociales rara vez dialogan mediante elogios mutuos y se produce entre ellas una división fraternal del trabajo. Todo lo contrario, lo habitual es hallar «relatos» antagónicos sobre las mismas parcelas de la realidad. Más que elaborar argumentos para una convivencia pacífica, estos episodios provocan que los académicos acudan a sus capacidades creativas para defenderse o para oponerse a las nuevas ideas. Las cruzadas y la contraofensiva organizada son, posiblemente, los tipos más importantes de enfrentamientos entre científicos, pero también existen otros, como veremos a continuación.

LOS GUERREROS SOLITARIOS

Una tercera modalidad de intrusión transdisciplinar es, en cierto modo, el reverso de las otras dos. No ocurre una acción ofensiva o defensiva por parte de una determinada escuela, sino una postura antagónica al sistema que niega la pertinencia de los enfoques más aceptados. Esta clase de transgresión la realizan individuos solitarios dispuestos a quedar marginados de la corriente principal de sus disciplinas y a ser acusados de diletantismo académico. Sus actos, con frecuencia, atentan contra los poderes entronizados en su ciencia respectiva, no como emisarios de un punto de vista opuesto al sistema, sino como críticos de toda ortodoxia. Su propósito puede ser la renovación radical de los modelos existentes, o bien, más modestamente, llamar la atención sobre sus limitaciones. Como no trabajan dentro de los linderos de una disciplina en particular, viajan libremente por sus fronteras. Tienen presencia simultánea en diversas disciplinas, pero no son miembros de pleno derecho de ninguna de ellas.

Para que estos escépticos profesionales puedan realizar su labor debe existir alguna ortodoxia que puedan impugnar. Por este motivo, es menos probable que aparezcan guerreros solitarios en las áreas que carecen de un núcleo sólido que en aquellas en las que predomina un paradigma determinado. Cuando la sociología estaba bajo el férreo puño del funcionalismo estructural, C. Wright Mills desempeñó el papel más sobresaliente. En *The Sociological Imagination*, Mills manifestó su desprecio por la reinante síntesis parsoniana, descalificándola como un conjunto de tautologías vacías. Sin embargo,

no ofreció una alternativa, sino que se limitó a proponer una fórmula anárquica pero atractiva que reflejaba su propia opinión sobre la disciplina:

Dejen que cada hombre sea su propio metodólogo; dejen que sea su propio teórico; y dejen que la teoría y el método vuelvan a formar parte de la práctica de un oficio. Apoyen la primacía del académico individual [...] Sean una mente que se vale por sí misma para enfrentarse a los problemas del hombre y la sociedad (Mills, 1959, p. 224).

En ciertos momentos, Mills hizo sociología convencional, como en *The Puerto Rican Journey* (1967), pero sus trabajos también atravesaron la ciencia política, la historia e incluso la psicología social. El precio que pagó por tal prodigalidad y por sus opiniones iconoclastas fue la contundente hostilidad de la corriente sociológica principal, junto a varias confrontaciones que, al menos en opinión de algunos de sus cronistas, cortaron de raíz su carrera académica.

Siendo la economía la ciencia social con el núcleo teórico más sólido, no es de extrañar que esta disciplina haya producido una parte desproporcionada de transgresores solitarios. La hegemonía ejercida por el modelo neoclásico animó a varios economistas a impugnar sus planteamientos o a proponer modelos alternativos. No me refiero aquí a las actividades de colectividades como el marxismo o la economía institucionalista, que corresponden a otra categoría aún no mencionada, sino a aquellas voces solitarias que en ocasiones resonaban con fuerza en un campo y que desafiaban la seguridad con la que a veces se asumía la identidad entre las construcciones teóricas y la realidad. Al igual que Mills en la sociología, algunos economistas han demandado la renovación total de la ciencia, mientras que otros han adoptado un tono más moderado. La carrera de Albert O. Hirschman se corresponde con este último tipo.

Hirschman es conocido principalmente por su trabajo sobre la economía del desarrollo, aunque es probable que sea leído con más frecuencia por los no economistas, incluidos los profesionales de las políticas públicas, que por los especialistas en su campo. Su aproximación al desarrollo nacional no es deductiva ni está basada en variables económicas estándar (tasas de ahorro, relaciones capital-producto, productividad, etc.), sino inductiva y fundamentada en sus propias experiencias como observador participante. A partir de estas experiencias, Hirschman elaboró varias construcciones teóricas, tales como los vínculos «hacia atrás» y «hacia adelante», los «dispositivos marcapasos», el papel creativo de los «cuellos de botella» en el crecimiento desigual y otras que tuvieron una enorme influencia en los círculos de las políticas gubernamentales (Hirschman, 1958; 1963).

Su enfoque queda claramente expresado en el siguiente comentario sobre sus años como asesor del gobierno de Colombia, de donde extrajo gran parte del material para su libro *The Strategy of Economic Development*:

[...] mi instinto me decía que debía tratar de comprender sus patrones de acción, más que asumir desde afuera que estos podían ser «desarrollados» importando diversas técnicas que ellos desconocían por completo (Hirschman, 1986).

Su análisis sobre las experiencias individuales de desarrollo se basa, por tanto, en la evolución pasada del entorno y en las singularidades de su situación actual. En el caso de Colombia, buscó «elementos y procesos de la realidad colombiana que funcionaran efectivamente, aunque tal vez de una manera intrincada y poco visible» (*ibid.*). Esta metodología se acerca más al enfoque del historiador o del sociólogo cualitativo que a la práctica económica habitual. Sin embargo, lo que hace de la carrera de Hirschman un ejemplo de la modalidad de transgresión del guerrero solitario es su negativa a emplear estas experiencias para elaborar un sistema teórico alternativo o incluso a refutar la validez del ya establecido.

En lugar de ello, Hirschman utiliza conceptos y teorías existentes como punto de referencia para los desarrollos en la realidad histórica y contemporánea. Las contradicciones y reveses que sufrieron las teorías neoclásicas al confrontarse con tal material sirvieron para un doble propósito: en primer lugar, ampliaron los conocimientos al desvelar procesos hasta entonces ignorados o malinterpretados. En segundo lugar, demostraron la naturaleza heurística y las limitaciones de las «leyes» científicas del momento. Sin duda alguna, el hecho de que alguien llegue a horadar los sólidos muros predictivos levantados por los constructores de sistemas debe resultar molesto. Esto fue probablemente lo que ocurrió cuando Hirschman advirtió con suave ironía que el famoso libro de Mancur Olson, que demostraba la «irracionalidad» y, por ende, la improbabilidad de una acción política masiva, apareció en vísperas de las protestas contra la guerra de Vietnam (Olson, 1971)⁶.

No obstante, aquellos dardos eran más bien suaves debido al profundo respeto que Hirschman sentía por el papel de los constructores de sistemas, así como por su aceptación de la necesidad de estructuras mentales disciplinadas que organizaran la indagación científica. El objetivo de Hirschman no

6 La crítica de Hirschman apareció en su libro *Shifting Involments. Private Interest and Public Action* (Princeton, NJ, Princeton University Press, 1982). Michael S. McPherson la destaca en su artículo «The Social Scientist as a Constructive Skeptic: On Hirschman's Role», en Foxley, McPherson y O'Donnell, (Notre Dame, IN, University of Notre Dame Press, 1986), pp. 305-315.

era derrumbar el edificio, sino solamente hacer notar su provisionalidad y el peligro de que sus habitantes llegaran a sentirse demasiado seguros dentro de aquellas paredes. Si bien su proyecto no le ganó el ataque concertado por parte de la corriente principal de la economía, sí lo empujó hasta los márgenes de la disciplina. «En realidad es un historiador», suele escucharse en los círculos económicos. Pero aun cuando muchos historiadores (y, de hecho, otros científicos sociales) lo recibirían con gusto en su medio, Hirschman realmente tampoco pertenece a esas fraternidades. Este tipo de marginación es el precio que pagan los transgresores solitarios. Aunque las funciones que desempeñan tales actividades, especialmente en disciplinas con un fuerte núcleo dominante, son innegables. McPherson, un discípulo de Hirschman, las define de manera sucinta:

Kuhn hizo ver que llevar anteojeras puede resultar altamente funcional para los científicos que buscan ampliar su comprensión disciplinaria de la sociedad, pero esas mismas anteojeras pueden ser un impedimento para quienes desean moverse de manera inteligente en la sociedad, y también un desastre para el resto si quienes las llevan puestas son formuladores de políticas con facultades ejecutivas y poder de coerción. Por supuesto, la atrofia resulta aún mayor si olvidamos que las llevamos puestas (McPherson, 1986).

LA QUINTA COLUMNA

Hasta aquí he tratado los tipos de transgresión que no desafían la *raison d'être* de una disciplina o los méritos, cuando menos parciales, del núcleo teórico existente. Incluso el más temerario de los cruzados evitaría negar cierto grado de validez a los conceptos aceptados en el territorio que tiene en el punto de mira. De igual forma, si bien los guerreros solitarios son críticos despiadados de la ortodoxia, no ofrecen un sistema teórico listo para usarse o una metodología alternativa bien desarrollada con la que puedan sustituir aquello que critican.

La transgresión más radical, en el sentido de que representa la mayor amenaza contra las élites establecidas de una disciplina, suele venir de su interior. Denominaré a esta modalidad la «quinta columna»⁷ en virtud de

7 N. de T. Término utilizado en la Guerra Civil española para nombrar a los simpatizantes del golpe de estado que, dentro del territorio no ocupado, trabajaban clandestinamente por la victoria del bando golpista. Posteriormente la expresión se ha utilizado para designar en una confrontación bélica a un sector de la población que mantiene lealtades con el bando enemigo.

que, aun cuando sus adeptos son miembros reconocidos de una comunidad científica, su fuente de inspiración proviene del exterior. Tal modalidad es la contraparte lógica (y el producto deseado) de una cruzada exitosa. Salvo que, aunque comienza reclamando solo una parte del territorio de la disciplina conquistada, una quinta columna bien desarrollada lleva las cosas mucho más lejos. Durante la mayor parte del periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, los defensores de la ortodoxia consideraron a los marxistas como el arquetipo de la quinta columna en la economía, la ciencia política y la sociología. Los marxistas disponen de un sistema completamente formado, que cuenta con principios axiomáticos, una filosofía de la historia, un complejo interrelacionado de teorías y un estilo de investigación bien desarrollado. Más aún, los académicos marxistas de diversas disciplinas sostienen la superioridad de dicho sistema y pretenden explícitamente sustituir al paradigma reinante. El marxismo alcanzó su apogeo en el escenario académico estadounidense durante la década de los años sesenta y principios de 1970, en los albores de la era de protestas por la guerra de Vietnam. Tal y como proclamaban las obras de los economistas, politólogos y sociólogos radicales, las élites de las disciplinas respectivas intentaban contener la ola mediante el ataque directo o, más frecuentemente, ignorando las violentas críticas (Markham, 1970; Edwards, 1979; Harvey, 1973).

El marxismo nunca llegó lejos en la economía porque sus seguidores fueron expulsados de los departamentos académicos o confinados a algunas unidades aisladas. Su trabajo rara vez tuvo acceso a las revistas económicas estándar y era más leído por otros científicos sociales que por los propios economistas (O'Connor, 1973; Gordon, 1972; Edwards, Reich y Gordon, 1975)⁸. Donde el marxismo sí consiguió un mayor avance fue en las ciencias políticas y, especialmente, en la sociología, ambas disciplinas pluralistas con un núcleo teórico menos sólido. A finales de la década de los setenta y en la de los ochenta esta escuela, en particular sus adeptos más ortodoxos, fueron desplazados a las orillas de ambas disciplinas. El derrumbe del desafío marxista tuvo poco que ver con la inexactitud empírica de sus proposiciones. De hecho, se puede afirmar que, cuando menos, algunas de las predicciones emanadas de la teoría marxista han tenido un considerable registro de aciertos (Mandel, 1978; Wright, 1985).

8 Este es el caso, por ejemplo, del economista marxista James O'Connor, cuyo libro *The Fiscal Crisis of the State* (New York, St. Martin's Press, 1973) apenas provocó un murmullo en su medio, si bien fue sumamente leído por los politólogos y sociólogos políticos. De igual forma, el estudio sobre la segmentación del mercado laboral, de los economistas David Gordon, Michael Piore y Michael Reich, se volvió un punto de referencia para los estudios sociológicos en esta materia, pero fue ignorado casi por completo en su propio campo disciplinario. Véanse David Gordon, *Theories of Poverty and Unemployment*, Lexington, Mass., D.C. Heath, 1972; y Richard C. Edwards, Michael Reich y David M. Gordon, *Labor Market Segmentation*, Lexington, Mass., D.C. Heath, 1975.

Lo que sucedió más bien fue que el estilo confrontador del análisis marxista se topó con la decidida oposición de las instituciones gubernamentales y civiles que se negaban a apoyar este tipo de investigación o a aceptar sus resultados. Este antagonismo aisló a los marxistas dentro de ciertas áreas académicas, y fue gradualmente encerrando en un gueto al ala más radical. Los neomarxistas dispuestos a dialogar con los seguidores de otras perspectivas encontraron una audiencia receptiva entre las disciplinas más pluralistas, pero, como consecuencia del diálogo, su ímpetu inicial se apagó. Dado lo conflictivo de su postura, los académicos marxistas siempre han funcionado muy bien como críticos del *statu quo*, pero no les ha sido nada fácil integrarse como miembros reconocidos. Cuando esto ocurre, el marxismo pierde su carácter de implacable desafío para convertirse en solo un actor más del pensamiento «clásico» del momento, que investiga en una determinada disciplina. Tal es el caso de un marxista declarado como el sociólogo Erik O. Wright, quien informó a sus lectores del *American Journal of Sociology* de que los resultados de su última encuesta contradecían por completo sus propias expectativas teóricas (Wright y Martin, 1987).

Otros quintacolumnistas han tenido más éxito. Entre los ejemplos del siglo XX no me viene a la mente algo más apropiado que lo que Franz Boas y sus seguidores hicieron a la antropología de su tiempo. Cuando Boas, antiguo asistente de P. W. A. Bastian, fundador de la antropología alemana, dejó Europa para ir a Estados Unidos, se encontró un ámbito académico impregnado de evolucionismo spenceriano. Durante el siglo XIX, la antropología se había desarrollado como una difícil combinación de expediciones de exploradores, descubrimientos arqueológicos y especulaciones de café. Los viajes por el mundo y las notas en los diarios, que caracterizaron los inicios de la disciplina, eran un deporte *amateur* de caballeros bajo la égida de las ideas spencerianas, aunque muchos antropólogos estadounidenses de principios del siglo XX sintieron que habían alcanzado una sólida síntesis teórica (Barret, 1984; Collins, 1994, pp. 196-197; Bogardus, 1940, caps. 20-23).

A Boas le parecieron deplorables tales declaraciones. Junto a una cohorte de discípulos cada vez más influyente, nunca proclamaron que formaban una «escuela». Esto los habría puesto en el mismo nivel que aquellas que ya existían. Por el contrario, rechazaron toda generalización y advirtieron que la única forma en que se podría dar a la antropología una base científica era renunciando a las generalizaciones, concentrándose en campos de estudio delimitados de comunidades y culturas humanas. Esta sencilla idea fue mucho más revolucionaria que cualquier otra síntesis teórica. El objetivo tácito de esta quinta columna, que de hecho logró, era expulsar de la disciplina a sus miembros más renombrados, calificándolos como simples aficionados y teóricos *amateurs*.

El propio Boas se oponía obstinadamente a presentar una teoría que sustituyera a aquellas que él y sus estudiantes habían hecho caer. En palabras de Harris: «era como si la orgía de la especulación evolutiva y difusionista lo hubiera asqueado hasta el punto de que nunca más pudo sentirse bien en presencia de una generalización» (1968, p. 260). Para comprender que un científico maduro actuara de tan insólita manera, debemos saber algo sobre el contexto social en el que se encontraba y sobre el carácter de la ortodoxia de su disciplina. William McGee, el primer presidente de la American Anthropological Association, lanzó sin dudar la siguiente explicación sobre «el predominio de la llana, tangible y clara lengua y escritura de los anglosajones»:

Probablemente la sangre anglosajona sea más fuerte que la de otras razas, pero debemos recordar que el idioma anglosajón es el más simple, así como el más perfecto y sencillamente simbólico que el mundo haya visto, lo que permite a los anglosajones ahorrar su energía para la conquista, en vez de desperdiciarla como un *juggernaut*⁹, un pesado mecanismo para la transmisión del pensamiento (McGee, 1985, p. 281, en Harris, 1968, p. 255).

Harris, quien cita este ejemplo, refiere que durante este periodo cualquier aficionado del evolucionismo spenceriano «se sentía apto para lanzar un discurso magistral sobre la historia de la humanidad, con una irrevocabilidad que ni siquiera Turgot y Condorcet habrían podido superar» (*ibid.*). Estos pronunciamientos solían inevitablemente terminar con una celebración patriótica del estilo estadounidense de democracia como el escalón más alto de la humanidad. Haber intentado presentar un nuevo enfoque teórico en semejante ambiente, sin importar cuán bien fundamentado estuviera, habría significado iniciar un debate y, por tanto, legitimar implícitamente la grandilocuente postura de los spencerianos.

El triunfo de Boas rescató a la antropología estadounidense del racismo especulativo en el que muchos de sus hermanos europeos permanecieron durante varias décadas posteriores. Pero la estrategia disciplinada que llevó a dicha victoria tuvo un coste. Desde la perspectiva de nuestro tiempo, el enfoque de Boas, más tarde llamado «particularismo histórico», aparece como la forma más extrema del empirismo. Tal y como lo expresa Collins: «los temas de esta área se convirtieron en estudios cada vez más minuciosos de la interacción de muchas influencias diversas... La disciplina estaba

9 N. de T. *Juggernaut* es una palabra inglesa derivada del sánscrito que designa a una fuerza que destruye todos los obstáculos en su camino.

en peligro de caer en un hiperempirismo que no dejara ningún legado intelectual de importancia [...]» (1994, p. 37). Hasta finales del siglo XX¹⁰, la antropología seguía siendo la ciencia social más ligada al estudio de campo, pudiéndose también afirmar que era la única en la que una síntesis teórica diferente había logrado el menor progreso. Esto, cuando menos en parte, fue la herencia del exitoso derrumbe de su primer edificio teórico.

INVESTIGACIÓN CONDOTIERA¹¹

Por lo general, uno no suele considerar que el estudio de los problemas sociales auspiciados por instituciones privadas o por organismos gubernamentales constituya una forma de transgresión. Por el contrario, es más frecuente pensar que tales estudios son una aplicación de las teorías y métodos de las corrientes científicas principales y, por tanto, se les designa como investigación «aplicada», «sobre políticas públicas» u «orientada a la resolución de problemas». Sin embargo, la imagen de una corriente unilateral de conceptos y técnicas que emanan de la ciencia «pura» y fluyen hacia la clarificación y solución de los problemas sociales es solo una parte de la historia. La otra parte son los efectos que dicha investigación puede tener sobre las disciplinas básicas, al redefinir sus prioridades y las categorías conceptuales con las que se aproximan a la realidad.

Podemos identificar al menos dos factores por los que la investigación condotiera, es decir, la realizada a cambio de financiación externa, es una transgresión. Primero, por la forma en que toma prestadas ideas y métodos de disciplinas similares, lo que suele obedecer menos a las normas regulares de la práctica científica que a las de la conveniencia práctica. Segundo, por la forma en que produce, a su vez, innovaciones al introducir nuevos conceptos en áreas determinadas de la indagación y al redefinir temas de investigación.

Con el afán de ser breve me limitaré a analizar la segunda modalidad, aunque no sin hacer notar que muchos casos de los «préstamos» de disciplinas emparentadas que hace la investigación aplicada, ya sea con imaginación o

10 N. de T. La versión original de este ensayo es de 1994. Se han reformulado los tiempos verbales para indicar que la interpretación corresponde a la de aquella época, independientemente de los cambios ocurridos durante el siglo XXI.

11 N. de T. *Condottieri* hace referencia a los señores de la guerra de finales de la Edad Media que prestaban sus servicios mediante un contrato o *condotta*.

con torpeza, podrían citarse para ilustrar la primera forma. Los problemas prácticos han tenido una influencia trascendental en el desarrollo de las ciencias sociales, por tres motivos principales:

1. Por el interés que dichos problemas despiertan en sectores importantes de la sociedad y por la presión consecuente para que se haga algo al respecto.
2. Por los recursos que los financiadores públicos y privados pueden asignar para buscar solución a dichos problemas, que exceden con mucho aquellos que pueden movilizar los investigadores académicos por sí solos.
3. Porque los asuntos prácticos representan una «evaluación» ineluctable de las teorías de las ciencias sociales del momento.

Este tercer motivo es el que, en el curso de los años, ha contribuido más directamente a las aportaciones de la investigación aplicada a la teoría y la metodología de las corrientes disciplinares. Por citar solo un ejemplo destacado, la relevancia del concepto de «productividad laboral» y la invención de indicadores para medirla tuvieron su origen en el trabajo de un grupo de economistas y estadísticos que contrató la Work Progress Administration (WPA) durante la época de la Depresión. El concepto y la necesidad de diseñar indicadores apropiados surgieron cuando había un debate sobre el grado de influencia que el retraso de los salarios respecto a la productividad industrial tuvo en el colapso económico de 1929, y sobre la posibilidad de que ocurriesen catástrofes similares en el futuro. Esta tesis sobre el «subconsumismo» no era nueva, pero recibió nueva vida y respetabilidad en los círculos gubernamentales como parte central de la economía keynesiana¹².

La WPA estaba muy a favor de la teoría del subconsumismo, en parte porque justificaba su propia razón de ser. Sin embargo, no había datos que demostraran que en la década de los años veinte los salarios se mantuvieron muy por debajo de la productividad. Aunque la Oficina de Estadísticas del Trabajo empezó a medir la productividad laboral en ciertas industrias, no hizo esfuerzos específicos por condensar dichas cifras en un índice nacional. A principios de los años treinta, la WPA lanzó el Proyecto Na-

12 De hecho, para la teórica marxista Rosa Luxemburg, la «crisis del subconsumismo» constituyó una parte central de su análisis de las décadas del capitalismo moderno, antes de que apareciera la síntesis keynesiana. Este podría citarse como un ejemplo más de una hipótesis marxista con un buen registro de aciertos. Véase Rosa Luxemburg, *The Accumulation of Capital*, London, Routledge and Kegan Paul, 1951.

cional de Investigación sobre Oportunidades de Recontratación y Cambios Recientes en las Técnicas Industriales, cuyo objetivo era salvar la brecha con indicadores adecuados sobre la evolución de la productividad laboral promedio. El trabajo realizado por los investigadores que colaboraron en este proyecto sentó las bases para el posterior surgimiento de estadísticas nacionales y sectoriales sobre productividad laboral, que el Departamento del Trabajo empezó a publicar de manera periódica a mediados de la década de los años cuarenta (Block y Burns, 1986).

Desde entonces, la investigación académica en ciencias sociales utiliza este indicador, que además ha servido de base para los contratos colectivos y para las políticas antiinflacionarias del gobierno. Block y Burns, quienes han seguido la historia de la productividad laboral desde su nacimiento en la WPA, señalan la ironía de que una medición que fue creada en los años treinta para ayudar a los sindicatos y para apoyar la argumentación en favor de un consumo promedio más elevado terminó proporcionando las bases empíricas sobre las que se fundamentó el argumento conservador en contra de ambos objetivos en los años setenta (Block y Burns, 1986, p. 774).

Mientras el Departamento del Trabajo buscaba información para documentar la brecha entre salarios y productividad, una investigación paralela, pero muy diferente, transformó la manera de ver las organizaciones complejas por parte de los sociólogos. Hasta ese momento, en la teoría sociológica predominaba el tipo ideal de «burocracia» weberiana, como una asociación imperativamente coordinada, con líneas de autoridad claramente demarcadas, un personal asalariado sujeto a reglas codificadas y una separación explícita entre el trabajo y la vida personal de los funcionarios (Weber, 1947). En la década de los años treinta, la investigación en sociología industrial era patrocinada casi por completo por gerentes de empresas, cuyos intereses corrían en paralelo a los de los investigadores de la WPA, pero en dirección contraria, en asuntos como la baja productividad de los obreros a destajo y del personal administrativo.

Incluso algunos investigadores de tendencias izquierdistas fueron contratados por las compañías para que investigaran qué era lo que realmente sucedía en las oficinas y en las plantas industriales. No todos los estudios sobre sociología industrial de los años treinta fueron realizados bajo contrato, pero todos coincidieron en revelar dos hechos significativos: primero, que en las empresas con frecuencia había una débil correlación entre las estructuras de autoridad formal y real; segundo, que las estructuras normativas que los obreros y el personal administrativo desarrollaban para regular su comportamiento laboral eran mucho más efectivas que las pautas marcadas por la compañía (Roethlisberger y Dickson, 1939; Finlay, 1983; Morrill, 1991).

Encabezada por el famoso estudio de Roethlisberger y Dickson sobre la Western Electric Hawthorne Works, esta escuela de investigación aplicada sacó a la luz muchas brillantes observaciones sobre el verdadero funcionamiento cotidiano de las corporaciones industriales. Así, contradiciendo las teorías sociológicas del momento, las organizaciones modernas no funcionaban como jerarquías transparentes y bien engranadas, sino que estaban infectadas de alianzas, enemistades, favores y expectativas personales y reglas no escritas. La interacción de la gente durante periodos prolongados generaba estructuras informales que ponían trabas constantes a la operación de las jerarquías de autoridad formalmente creadas.

Veamos, por ejemplo, el análisis de Dalton sobre las formas en que los jefes de departamento de una gran corporación industrial se informaban unos a otros sobre las visitas «sorpresa» que hacían los auditores centrales y cómo se ayudaban mutuamente para ocultar lo que no querían que estos vieran:

Quando se hacía una auditoría del material de los departamentos, los ejecutivos comenzaban una febril actividad para esconder ciertos elementos y equipos [...]. A medida que esta práctica evolucionó, la colaboración de los jefes para utilizar las áreas de almacenamiento y los patios disponibles se volvió una actividad bien organizada y de funcionamiento ágil. Este tipo de acción concertada que rara vez, por no decir nunca, se aplicaba en la ejecución de las directrices oficiales, permitía el paso relativamente sencillo de obreros y transportistas de un área de trabajo a la otra [...] (Dalton, 1992, p. 334).

A medida que aumentaron las evidencias derivadas de estos estudios aplicados, la teoría sociológica de las organizaciones experimentó una profunda transformación. A diferencia de otras ciencias sociales que siguen creyendo a pie juntillas en las jerarquías corporativas de autoridad, los sociólogos comenzaron a ser orientados y formados para ver como problemáticas dichas estructuras formales. Esta herencia de transgresión, que llevó la investigación aplicada al corazón de una disciplina, continúa existiendo hasta nuestros días.

El reverso de este potencial de innovación de la modalidad condotiera es la subordinación a los gustos de sus patrones y la tendencia a aceptar como ciertas las definiciones de la situación impuestas desde arriba. Más o menos al mismo tiempo que los boasianos luchaban contra el legado de la teoría spenceriana, el mismo conjunto de conceptos habían tomado preeminencia en las posturas del gobierno y del público frente a los inmigrantes que habían llegado recientemente a Estados Unidos. Se afirmaba que la inferioridad evolutiva de las «razas» del sur y el este de Europa era el factor clave que explicaba sus altas tasas de enfermedad mental, inteligencia inferior e, incluso,

incapacidad para hablar inglés. Los asesores, contratados por las agencias gubernamentales para ayudar con los problemas sociales producidos por las olas de inmigrantes del sur europeo a principios de siglo, reprodujeron «hallazgos» que invariablemente reflejaban los prejuicios de sus patrones.

Así, el doctor Harry Laughlin, nombrado como el «experto en eugenesia» en el Comité de Inmigración y Naturalización de la Casa de Representantes, concluyó en 1922 su testimonio afirmando que «en Estados Unidos, los individuos de origen extranjero que han ingresado en los hospitales estatales y federales muestran una incidencia de demencia 2,85 veces superior a la que presenta la población en su conjunto, la cual descende mayoritariamente de un linaje estadounidense más antiguo» (Malzbeg y Lee, 1956, pp. 7-9). Laughlin no prestó la menor atención a variables tales como la clase social, las diferencias de edad o la distribución espacial de la población inmigrante. Simplemente las descartó como «alegatos especiales en favor de los extranjeros». Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, H. H. Goddard, que tradujo al inglés la prueba de «edad mental» de Alfred Binet, fue contratado por el ejército de Estados Unidos para que examinara a alrededor de dos millones de reclutas, muchos de los cuales eran de origen extranjero y analfabetos. El análisis más reputado de estos datos fue *A Study of American Intelligence*, que publicó Carl Brigham en 1923, en el cual se concluía que: «[...] los representantes de las razas alpina y mediterránea entre nuestra inmigración son intelectualmente inferiores a los de la raza nórdica». Y lejos de que se tomara en cuenta el nivel de dominio del inglés, idioma en que se hizo el examen, Brigham afirmó categóricamente que «[había quedado] demostrado que la causa subyacente de las diferencias que presentan individuos de orígenes distintos es la raza y no el idioma».

El *Zeitgeist*¹³ que reflejan estos estudios aplicados, y que recíprocamente se refuerzan entre sí, se encuentra más claramente expresado en este párrafo de un libro titulado *Intelligence and Immigration*, publicado por Clifford Kirkpatrick en 1926:

Un material genético de alta calidad suele producir mejores resultados que un gasto elevado per cápita en educación. La herencia establece límites infranqueables, lo que hace que, en presencia de inmigrantes con bajas capacidades innatas, no habrá una cantidad de americanización suficiente que logre hacer de ellos ciudadanos estadounidenses inteligentes y capaces de adquirir y comprender una cultura compleja (1926, p. 2).

13 N. de T. Del alemán «espíritu de la época».

Por otra parte, en ocasiones, la investigación condotiera no tiene reparo en aceptar las hipótesis de sus patrones sobre las causas de un fenómeno determinado, junto a las categorías en las que se define el problema. En 1890, el censo estadounidense utilizó cuatro categorías para clasificar a la población de origen africano: negros, mulatos, cuarterones (es decir, con un cuarto de origen africano o aborígen frente a tres cuartos europeos) y octorones (con un octavo de origen africano). La categoría de «mulato» se mantuvo hasta el censo de 1920, lo que reflejaba la difundida preocupación respecto al grado de mestizaje entre la población estadounidense. Gran parte de la teorización instantánea que surgió en el campo aplicado se refería a los rasgos de la población mulata y a las características que la distinguían tanto de los negros como de los blancos. Pero en 1930 el censo cambió de orientación, hacia una clasificación dicotómica de blancos y negros, lo cual revelaba la creciente aceptación social de la regla de «una gota de sangre» para clasificar a los grupos raciales. Los mulatos desaparecieron entonces del horizonte y, a partir de ese momento, los estudios encargados por los organismos gubernamentales y las fundaciones privadas que se ocuparon de este segmento de la población de origen africano fueron muy escasos o casi inexistentes. En consecuencia, la investigación aplicada sobre los mulatos se extinguió (Lee, 1993).

En 1930, el censo definía al «mexicano» como una raza, pero en los censos posteriores los mexicanos fueron reclasificados como parte de la población blanca. La categoría de «hispano» no apareció hasta 1970 en la mayoría de las publicaciones oficiales, pero en el censo de ese año y en los subsecuentes el término resultó muy conveniente para englobar a los mexicanos y a otros grupos de hispanohablantes. De forma paralela, las investigaciones sobre aspectos tales como la pobreza, la enfermedad mental, el abuso de drogas y alcohol, el embarazo de adolescentes y el crimen, empezaron a añadir la columna «hispanos» a la anterior comparación dicotómica entre blancos y negros. Entonces se incluyó regularmente un coeficiente para los «hispanos» en las regresiones que pretendían establecer las determinantes de una amplia gama de patologías sociales. La industria de la investigación adoptó la nueva clasificación sin preguntarse siquiera si en verdad existían los «hispanos» como algo más que una categoría estadística. Douglas Massey ha expuesto un fundamentado argumento que lo niega:

La población hispana representa a un conjunto diverso de grupos de nacionalidades diferentes, fragmentados por clase y generación. No tiene una vida independiente y no existe salvo como parte de las categorías clasificatorias creadas por los estadísticos federales para proporcionar datos sobre la gente de origen mexicano, cubano, portorriqueño u otros grupos hispanohablantes que radican en Estados Unidos [...]. No existe una población «hispana» de la misma

manera que existe una población negra. Los hispanos no comparten una memoria histórica común y no forman una comunidad única y coherente [...]. Decir que alguien es «hispano» o «latino» dice poco o nada de las actitudes, comportamientos, creencias, raza, religión, clase o situación legal en Estados Unidos de dicha persona. La única certeza razonable que revela es que la persona en cuestión o alguno de sus progenitores vivió alguna vez en una región originalmente colonizada por España (1992, pp. 5 y 7).

La aceptación acrítica de las definiciones que elaboran los gobiernos o las instituciones sobre una situación determinada puede dar lugar a resultados falaces. En el mejor de los casos, como en el de los «mulatos» y los «hispanos», esto puede empañar nuestra comprensión de la realidad social. En el peor puede convertirse en la base de políticas desafortunadas. La magnitud de los recursos oficiales y privados que se destinan a la investigación aplicada se suma a la capacidad de esta industria para difundir sus resultados e infiltrarse en las corrientes principales de las ciencias sociales. De esta manera, los estereotipos institucionales que sostienen diversas entidades financiadoras pueden llegar hasta el núcleo de una disciplina y redefinir como «hechos» ciertas clasificaciones a las que se debería considerar cuestionables y ser objeto de un escrutinio pormenorizado.

CONCLUSIÓN

El trabajo al estilo condotiero contra la corriente principal de la investigación científica puede también desencadenar una reacción. Alrededor de la misma época en que Boas y sus discípulos estaban expulsando a los spencerianos de la antropología, Robert Park y Ernest Burgess, de la Universidad de Chicago, empezaron a promover una interpretación diferente de los trastornos mentales entre la población inmigrante, basada en el concepto de la marginalidad y en los métodos de la ecología social (Park, 1928; Park y Burgess, 1921; 1925). En sociología, esta tradición culminó en estudios comunitarios basados en amplios muestreos probabilísticos, que derrumbaron la especulación evolutiva y demostraron la influencia de la clase y el contexto sociales sobre la etiología de la enfermedad mental entre inmigrantes. En el razonamiento original de Park, la distancia social entre el contexto de origen y el contexto de destino emergió como el concepto clave para reemplazar los anteriores argumentos genéticos. La clase social reducía esta distancia, mientras que factores como el origen rural la incrementaban. Sintetizando este cuerpo de investigación entre las décadas de los años cuarenta y cincuenta, Srole y colaboradores concluyeron que:

Lo que es decisivo para los inmigrantes no es su trasplante a las metrópolis estadounidenses *per se*, sino su reasentamiento a partir de un tipo particular de medio en sus países de origen, principalmente de estratos socioeconómicos bajos en granjas, pueblos o villas [...]. Intentar comprimir los profundos cambios históricos de un siglo revolucionario en unos cuantos años de la vida adulta de un individuo puede cobrarle un elevado precio a su salud psicológica (1962, p. 354).

En psicología social, a los investigadores canadienses Peal y Lambert les bastó introducir un simple control de clase social para desbaratar décadas de «resultados» sobre la inferioridad intelectual innata de los niños inmigrantes bilingües. En lugar de comparar muestras de niños nativos de clase media frente a muestras de inmigrantes de clase baja, como lo habían hecho invariablemente los estudios previos, Peal y Lambert segmentaron sus muestras de Montreal por categoría socioeconómica y otras variables relacionadas. Al hacer esto, las diferencias en la inteligencia siguieron apareciendo, pero en sentido contrario, es decir, los niños bilingües de hecho superaban a los nativos monolingües de la misma clase, especialmente en las pruebas relativas a la formación de conceptos y la flexibilidad de cognición. Este resultado se replicó repetidamente en varios estudios posteriores (Péal y Lambert, 1962).

Podríamos escoger muchos más ejemplos que sirven para ilustrar el argumento de que las intrusiones intelectuales, ya sea entre campos disciplinares o desde el nivel aplicado al nivel más fundamental, provocan reacciones que con el tiempo pueden afinar y revigorizar las bases de una disciplina. La transgresión en sus distintas modalidades es un rasgo esencial de la empresa científica, en igualdad de condiciones a la «ciencia normal» que recaba datos y los interpreta a la luz de un paradigma dominante. Mediante tales «sacudidas» externas, una comunidad científica puede redefinirse a sí misma, ya sea al tomar conciencia de las anteojeras que lleva puestas, al abandonar las generalizaciones simplistas o al redescubrir el núcleo intelectual que permanecía aletargado. Como si llevaran un espejo, los cruzados, los guerreros solitarios y otros transgresores muestran a una disciplina determinada una imagen nueva y frecuentemente crítica de ella misma. El espejo puede ser opaco y la imagen distorsionada, pero ello no resta valor a la confrontación. En la medida en que la ciencia social aprende a separar lo intelectual de lo personal, o como Robert Merton observó hace mucho tiempo, en la medida en que ayuda a evitar que el contraste de ideas degeneren en conflictos de personalidades (Merton, 1961), las diversas modalidades de intrusión en un feudo ajeno pueden contribuir a un desarrollo más sano de las disciplinas involucradas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barrett, S. R. (1984). *The rebirth of anthropological theory*. Toronto: University of Toronto Press.
- Becker, G. (1976). *The economic approach to human behavior*. Chicago: University of Chicago Press.
- Berge, P. V. D. (1979). Les animaux de natures. *Contemporary Sociology*, 8(5).
- Block, F. y Burns, G. (1986). Productivity as a social problem: The uses and misuses of social indicators. *American Sociological Review*, 51(6), 767-780.
- Bogardus, E. (1940). *The development of social thought*. New York: Longmans, Green and Co.
- Borjas, G. (1990). *Friends or strangers: The impact of immigrants on the U.S. economy*. New York: Basic Books.
- Brigham, C. C. (1923). *A study of American intelligence*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Collins, R. (1994). *Four sociological traditions*. New York: Oxford University Press.
- Dalton, M. ([1959] 1992). Men who manage. En M. Granovetter y R. Swedberg (Eds.), *The sociology of economic life* (pp. 243-258). Boulder, CO: Westview Press.
- Edwards, R. (1979). *Contested terrain: The transformation of the workplace in the twentieth century*. New York: Basic Books.
- Edwards, R., Reich, M. y Gordon, D. (1975). *Labor market segmentation*. Lexington, MA: D.C. Heath.
- Finlay, W. (1983). One occupation, two labor markets: The case of longshore crane operators. *American Sociological Review*, 48(3), 306-315.
- Gordon, D. (1972). *Theories of poverty and unemployment*. Lexington, MA: D.C. Heath.
- Gordon, M. (1980). A philosopher enters the sociobiology debate. *Contemporary Sociology*, 9(6).

Granovetter, M. (1985). Economic action and social structure: The problem of embeddedness. *American Journal of Sociology*, 91(3), 481-510.

Granovetter, M. (1993). The nature of economic relationships. En R. Swedberg (Ed.), *Explorations in economic sociology* (pp. 3-41). New York: Russell Sage Foundation.

Granovetter, M. (1994). The economic sociology of firms and entrepreneurs. En A. Portes (Ed.), *The economic sociology of immigration: Essays in networks, ethnicity, and entrepreneurship* (pp. 213-246). New York: Russell Sage Foundation.

Harris, M. (1968). *The rise of anthropological theory: A history of theories of culture*. New York: Thomas Y. Crowell.

Harvey, D. (1973). *Social justice and the city*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

Hirsch, P., Michaels, S. y Friedman, R. (1990). Clean models vs. dirty hands: Why economics is different from sociology. En S. Zukin y P. DiMaggio (Eds.), *Structures of capital: The social organization of the economy* (pp. 39-56). New York: Cambridge University Press.

Hirschman, A. O. (1958). *The strategy of economic development*. New Haven, CT: Yale University Press.

Hirschman, A. O. (1963). *Journeys toward progress*. New York: Twentieth Century Fund.

Hirschman, A. O. (1986). Pioneers in development. En A. Foxley, M. S. McPherson y G. O'Donnell (Eds.), *Development, democracy and the art of trespassing* (pp. 317-342). Notre Dame, IN: University of Notre Dame Press.

Homans, G. (1979). Nature versus nurture: A false dichotomy. *Contemporary Sociology*, 8(3).

Kirkpatrick, C. (1926). *Intelligence and immigration*. Baltimore: Williams and Wilkins.

Kuhn, T. (1962). *The structure of scientific revolutions*. Chicago: University of Chicago Press.

- Laughlin, H. (1956). *Migration and mental disease: A study of first admissions to hospitals for mental disease, New York, 1939-1941*. New York: Social Science Research Council.
- Lee, S. (1993). Racial classifications in the U.S. Census: 1980-1990. *Ethnic and Racial Studies*, 16(1), 75-94.
- Luxemburg, R. (1951). *The accumulation of capital*. London: Routledge and Kegan Paul.
- Mandel, E. (1978). *Late capitalism*. London: Verso Books.
- Massey, D. S. (1992). Latinos, poverty, and the underclass: A new agenda for research. Population Research Center, University of Chicago.
- Massey, D., Alarcón, R., Durand, J. y González, J. (1987). *Return to Atzlan: The social process of international migration from western Mexico*. Berkeley: University of California Press.
- McGee, W. (1895). Some principles of nomenclature. *American Anthropologist*, 8, 281. Citado en M. Harris, *The rise of anthropological theory: A history of theories of culture*. New York: Thomas Y. Crowell, 1968.
- McGuire, R., Granovetter, M. y Schwarz, M. (1993). Thomas Edison and the social construction of the early electricity industry in America. En R. Swedberg (Ed.), *Explorations in economic sociology* (pp. 213-248). New York: Russell Sage Foundation.
- McPherson, M. S. (1982). *Shifting involvements: Private interest and public action*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Merton, R. K. (1961). Social conflict in styles of sociological work. En *Transactions of the Fourth World Congress of Sociology* (pp. 21-46). Louvain, Belgium: International Sociological Association.
- Mills, C. W. (1959). *The sociological imagination*. New York: Oxford University Press.
- Mills, C. W. (1967). *The Puerto Rican journey: New York's newest migrants*. New York: Russell and Russell.
- Morrill, C. (1991). Conflict management, honor, and organizational change. *American Journal of Sociology*, 97(3), 585-621.

Nagel, E. (1961). *The structure of science*. New York: Harcourt, Brace, and World.

O'Connor, J. (1973). *Fiscal crisis of the state*. New York: St. Martin's Press.

Olson, M. (1971). *The logic of collective action: Public goods and the theory of groups*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Park, R. (1928). Human migration and the marginal man. *American Journal of Sociology*, 33, 881-893.

Park, R. y Burgess, E. W. (1921). *Introduction to the science of sociology*. Chicago: University of Chicago Press.

Park, R. y Burgess, E. W. (1925). *The city*. Chicago: University of Chicago Press.

Peal, E. y Lambert, W. E. (1962). The relation of bilingualism to intelligence. *Psychological Monographs: General and Applied*, 76(27), 1-23.

Polanyi, K. (1947). Our obsolete market mentality: Civilization must find a new thought pattern. *Commentary*, 3, 109-117.

Polanyi, K. (1957). *The great transformation*. Boston: Beacon Press.

Portes, A. y Borocz, J. (1989). Contemporary immigration: Theoretical perspectives on its determinants and modes of incorporation. *International Migration Review*, 23(3), 606-630.

Reichert, J. (1981). The migrant syndrome: Seasonal U.S. wage labor and rural development in Central Mexico. *Human Organization*, 40(1), 59-66.

Roethlisberger, F. J. y Dickson, W. J. (1939). *Management and the worker*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Srole, L., Langner, T. S. y Mitchell, S. (1962). *Mental health in the metropolis: The Midtown Manhattan study*. New York: New York University Press.

Sullivan, M. L. (1989). *Getting paid: Youth crime and work in the inner city*. Ithaca, NY: Cornell University Press.

Swedberg, R. y Granovetter, M. (Eds.) (1992). *The sociology of economic life*. Boulder, CO: Westview Press.

Tilly, C. (1990). Transplanted networks. En V. Yans-McLaughlin (Ed.), *Immigration reconsidered: History, sociology, and politics* (pp. 79-95). New York: Oxford University Press.

Weber, M. (1947). *The theory of social and economic organization* (A. M. Henderson y T. Parsons, trad.). New York: Free Press. (Original work published 1922 as *Wirtschaft und Gesellschaft, Part I*).

White, H. (1981). Where do markets come from? *American Journal of Sociology*, 87(3), 517-547.

White, H. (1988). Varieties of markets. En B. Wellman y S. Berkowitz (Eds.), *Social structures: A network approach* (pp. 266-290). New York: Cambridge University Press.

White, H. (1993). Markets in production networks. En R. Swedberg (Ed.), *Explorations in economic sociology* (pp. 161-175). New York: Russell Sage Foundation.

Wilson, E. (1980). *Sociobiology: The abridged edition*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Wright, E. O. (1985). *Classes*. London: Verso Books.

Wright, E. O. y Martin, B. (1987). The transformation of the American class structure, 1960-1980. *American Journal of Sociology*, 93(1), 1-29.

Zeitlin, M. (Ed.) (1970). *American society, Inc.* Chicago: Markham.

LA «MORADA OCULTA»: LA SOCIOLOGÍA COMO EL ANÁLISIS DE LO INESPERADO¹

El concepto de «acción social intencionada» ha aportado los cimientos para la evolución teórica y la creación de modelos en diversas ciencias sociales. Sin embargo, desde sus comienzos, la sociología ha albergado una vocación «a contracorriente» basada en examinar lo inesperado, lo accidental y las consecuencias sorprendentes que surgen de las actividades enfocadas a la consecución de objetivos. Mi intención aquí es presentar distintos ejemplos en los que la práctica sociológica echa por tierra mitos fundamentados en la acción social intencionada, y ofrecer una tipología de objetivos, medios y resultados alternativos, ilustrados tanto por textos clásicos de la sociología como por investigaciones contemporáneas. La variedad de contingencias documentadas por los sociólogos en el pasado advierte frente a los intentos de construir instituciones o implementar programas fundamentados en grandes planes. La moraleja de los análisis sociológicos sobre objetivos ocultos, cambios de rumbo y efectos inesperados no lleva a la conclusión de que la predicción científica y la intervención práctica sean labores en vano; aunque sí enfatiza la dialéctica de la vida social y muestra la necesidad de considerar las definiciones de la situación de los agentes relevantes. Aquí ofrezco algunas ilustraciones de teorías de alcance intermedio exitosas, basadas en el análisis de dilemas de los procesos sociales, que dan importancia a lo inesperado cuando se implementan intervenciones programadas.

1 Discurso presidencial de 1999 de la American Sociological Association. Publicado en inglés en la *American Sociological Review* (65, 1, 2000) con el título «The Hidden Abode: Sociology as Analysis of the Unexpected».

INTRODUCCIÓN

Hace algún tiempo, durante uno de sus habituales viajes a Nueva York, conocí a Roberto Fernández Miranda, director del colegio La Luz en la República Dominicana. En lo económico, su colegio privado iba viento en popa, aunque las tasas de matrícula fueran bastante altas para ser un país en vías de desarrollo. El secreto de su éxito se encontraba en sus estudiantes. Eran sobre todo hijos de expatriados, no de los que regresaron a su país de origen, sino de inmigrantes que aún vivían y trabajaban en Nueva York. En las mismas fechas, un artículo publicado en el *New York Times* se hizo eco de la proliferación de estos colegios en las principales ciudades dominicanas, explicando que el caso de La Luz no era insólito².

La legislación estadounidense es la principal benefactora de estos educadores dominicanos. Tradicionalmente, en la crianza en el Caribe, el uso de la disciplina física para imponer la autoridad de progenitores y profesorado era habitual. Aunque en la mayoría de las familias los castigos físicos ocurren en raras ocasiones, la amenaza de usarlos frente a transgresiones graves sigue presente y suele estar aceptada como método educativo. Sin embargo, conforme llegan a Estados Unidos, las familias dominicanas se ven obligadas a prescindir de esta disciplina. Los más jóvenes aprenden muy pronto a neutralizar cualquier castigo físico amenazando con llamar al teléfono de emergencias y denunciar a sus progenitores por abuso infantil. Los jóvenes son por tanto más libres de explorar las numerosas tentaciones que ofrece la cultura juvenil estadounidense, entre las cuales se incluye el consumo más o menos aceptado de drogas.

Los progenitores inmigrantes se enfrentan a un dilema. Al trabajar en Nueva York, escapan de la pobreza opresiva que los atrapaba en su país de origen, pero a la vez corren el riesgo de perder a su progenie en las calles, donde pueden acabar sufriendo una tragedia. Muchas familias llegan a una solución lógica, a la par que desgarradora: dividir a la familia mandando a los jóvenes de vuelta a vivir con sus abuelos o con familiares cercanos para que asistan a las escuelas privadas de la República Dominicana (Itzigsohn *et al.*, 1999). Estas familias esperan que las escuelas dominicanas apliquen la misma disciplina férrea con la que ellos mismos fueron educados, sin tener que preocuparse por las legislaciones

2 Esta reunión tuvo lugar durante el transcurso del trabajo de campo del proyecto Comunidades Transnacionales entre Inmigrantes Latinoamericanos en los Estados Unidos. El coinvestigador de este proyecto era Luis E. Guarnizo, de la Universidad de California en Davis. Fue subvencionado por la National Science Foundation y la Ford Foundation. La entrevista tuvo lugar en el distrito de Washington Heights en Manhattan en noviembre de 1997.

extranjeras. Tan pronto como algunas familias inmigrantes tomaron esta drástica decisión, la tendencia se expandió beneficiando a las escuelas privadas de la isla. Los compasivos legisladores que redactaron las leyes de protección del menor en Estados Unidos nunca se habrían imaginado que el resultado de su trabajo acabaría suponiendo el desarrollo de escuelas privadas en otros países. De hecho, parece que las vivencias de los progenitores dominicanos no son casos aislados, puesto que las investigaciones apuntan a que los inmigrantes de otras nacionalidades también mandan de vuelta a sus hijos para protegerlos de lo que consideran como consecuencias perversas de la excesiva libertad estadounidense (Matthei y Smith, 1996).

Desde los comienzos de la disciplina, a los sociólogos nos educan para formular hipótesis sobre aspectos de la realidad social. Las hipótesis científicas asumen de forma explícita que el mundo real genera una serie de regularidades predecibles y observables. De manera algo más implícita, la lógica de la formulación de hipótesis asume que las consecuencias siguen en mayor o menor medida la linealidad o la racionalidad provenientes de ciertos antecedentes. La linealidad implica un proceso acumulativo en el que la presencia y el aumento de una serie de factores lleva lógicamente a una culminación en forma de consecuencias predecibles. La racionalidad implica intencionalidad cuando estas consecuencias tienen lugar a raíz de las acciones deliberadas de quienes participan de ellas.

Muchos aspectos de la vida social son lineales y racionales en este sentido y, por tanto, sirven para construir una ciencia de consecuencias acumulativas y predecibles. Algunos ejemplos incluyen: la transformación de las aspiraciones de los progenitores en logros educativos de sus hijos, la traducción de años de formación en salarios, la conquista del poder político mediante movimientos capaces de movilizar recursos humanos y materiales y la consecución de unas mayores tasas de crecimiento en aquellas naciones que han invertido durante años en infraestructuras físicas y tecnológicas.

La presencia de tantas regularidades lineales ha llevado a que muchos científicos sociales, y junto a ellos grandes áreas de disciplinas consolidadas, se hayan basado en la formulación y el refinamiento de teorías a partir de estas presunciones generales: el mundo es predecible y las consecuencias siguen un proceso acumulativo que parte de ciertas premisas. Una gran cantidad de las teorías económicas contemporáneas sirven de ejemplo para fundamentar formulaciones basadas en supuestos de preferencias estables y acciones guiadas por la búsqueda racional de beneficio individual.

No hay nada malo en el análisis de estos resultados o en que un campo se fundamente en una serie de sucesos predecibles y acumulativos. Sin embargo, la sociología parece tener una vocación alternativa algo distinta. Esta se define por su sensibilidad hacia la dialéctica de las cosas, los giros inesperados de acontecimientos y el crecimiento de estructuras alternativas. Es hacia este grupo de resultados «inesperados», y hacia la afinidad de la sociología hacia ellos, a donde quiero dirigir la atención. El motivo es que ambos sostienen tanto las premisas básicas como los principales desafíos de nuestra disciplina en las últimas décadas.

CONSTRUCCIÓN DE SISTEMAS Y CRÍTICAS ANTISISTEMA: UNA TRADICIÓN DE DOS SIGLOS

Desde hace casi dos siglos, y coincidiendo con el inicio de la sociología como disciplina, se han desarrollado distintos intentos para construir «sistemas de pensamiento sociológico». En la mayoría de los casos, los desarrolladores de estos sistemas basaron sus esfuerzos en la lógica acumulativa que identificaba ciertos principios fundamentales de los que derivaban consecuencias predecibles. A principios del siglo XX, no solo Durkheim, sino cualquier profesional de la sociología francesa, alemana o estadounidense que se preciara, intentó acometer esta hazaña intelectual. Los libros que resultaron, titulados de forma variopinta como *Sociología*, *Principios de la Sociología y Comunidad y Sociedad*, entre otros, son una parte fundamental de nuestra herencia³.

Sin embargo, junto con estos esfuerzos, siempre ha existido una tradición alternativa que cuestiona la validez de las intenciones explícitas y de las predicciones lineales. Este campo alternativo abarca un grupo heterogéneo que va desde teóricos que dieron primacía a los factores irracionales y carismáticos hasta aquellos que elevaron el conflicto a la categoría de «motor fundamental de la historia». La síntesis de Marx y Engels sobre la dialéctica hegeliana y el materialismo, el análisis de Simmel de las funciones del conflicto, la celebración de la violencia de Sorel ([1908] 1961) y la crítica de C. Wright Mills (1959) del sistema parsoniano, entre otras, pueden apuntarse a esta segunda tradición intelectual diversa.

3 Siendo estudiante de sociología en Buenos Aires, mis primeras nociones sobre sociología partieron de tres de estos creadores de sistemas: los estadounidenses Robert M. MacIver y Charles H. Page (1955) y el francés Armand Cuvillier (1950).

Habitualmente, estas corrientes intelectuales más amplias han presentado la teoría sociológica a partir de la división entre perspectivas de «consenso» frente a perspectivas de «conflicto», aunque mi opción es distinta. Una orientación centrada en el conflicto puede llevar a teorías basadas en el pensamiento incremental lineal, tal y como puede verse en la obra de Althusser y en otras versiones del marxismo doctrinal. Una orientación centrada en el consenso puede recalcar disfunciones latentes y consecuencias funcionales de las instituciones cuyos objetivos declarados son algo diferentes, tal y como apunta Merton ([1949] 1968, p. 9296). El aspecto en el que me quiero centrar es la inclinación sociológica hacia el escepticismo, hacia la búsqueda de la «morada oculta»⁴, siguiendo la terminología de Marx, que se esconde tras la apariencia de las cosas, y hacia la exhumación de lo inesperado en las estructuras y los eventos sociales. La tradición de buscar las «contrariedades» bebe de teóricos de distintas orientaciones, pero no se identifica exclusivamente con ninguna de ellas. De hecho, la institucionalización de esta forma de pensamiento debe incluso más a los investigadores empíricos.

SORPRESAS DESDE EL TERRENO: PRACTICANDO LA DESMITIFICACIÓN

El régimen militar del general Augusto Pinochet en Chile consiguió transformar drásticamente la economía del país, al ponerla sobre la base del «libre mercado» que se adapta estrictamente al modelo de desarrollo neoliberal. Los analistas de esta situación la han descrito como un rechazo drástico de las políticas socialistas impulsadas por el depuesto régimen de Allende y del modelo capitalista de Estado fomentado por las Administraciones gobernadas por la democracia cristiana. Lo que estos analistas no consiguieron apreciar fue que las políticas de los regímenes anteriores fueron las que sentaron las bases para el éxito del neoliberalismo chileno de Pinochet. La reforma agraria cristianodemócrata paralizó el poder de una oligarquía rural muy arraigada, mientras que la exhaustiva privatización de la industria urbana de Allende puso en manos del Estado chileno un poder económico desproporcionado frente al que poseían los agentes privados.

4 N. de T. El título original en inglés de este trabajo, *The hidden abode*, está inspirado en la expresión utilizada por Carlos Marx en *El Capital*, traducida al español como «morada oculta» en la edición de 1946 del Fondo de Cultura Económica. Otras interpretaciones de esta expresión pueden ser «el taller oculto» o «el mecanismo oculto» que se escapa a la apreciación externa en los procesos de producción industrial.

Con estos recursos, el equipo económico de Pinochet, los «Chicago Boys», llamados así por haber estudiado en el Departamento de Economía de la Universidad de Chicago, pudo implementar su programa. Realmente no «liberaron» el mercado chileno, sino que lo recrearon de acuerdo con su propio proyecto al despojar selectivamente al Estado de los recursos económicos que los regímenes anteriores le habían concedido. Así, un programa socialista que tenía como objetivo quitar el poder a la burguesía chilena y promover una sociedad más igualitaria acabó facilitando el control absoluto a la clase propietaria y aumentando las desigualdades sociales. En palabras del sociólogo chileno Álvaro Díaz (1996), «uno nunca sabe realmente para quién trabaja»⁵.

En muchas ocasiones, la realidad demuestra encontrarse mucho más cerca de la agudeza de la imaginación que de los razonamientos de los teóricos más sesudos. Una y otra vez, los sociólogos nos hemos visto sorprendidos por las limitaciones de nuestros proyectos conceptuales frente a las complejidades de los fenómenos empíricos. La teoría requiere procesos incrementales claros que tengan sentido siguiendo una lógica formal. La realidad no tiene esos impedimentos y, por esto mismo, es libre de vagar más allá de los confines de las construcciones mentales. Las brechas entre la teoría heredada y la realidad han sido tan constantes que se ha institucionalizado un escepticismo disciplinario en sociología en contra de las afirmaciones generalizadas, independientemente de la parcela ideológica de la que provengan.

La visión de los sociólogos sobre lo inesperado va de la mano de la práctica disciplinada de desmitificar. Esto es así debido a que los mitos se construyen gracias a una concatenación de pasos supuestamente predecibles. En un análisis retrospectivo, Díaz (1996) se lamentó de la desaparición del mito socialista que elucubraba que, cuando los regímenes revolucionarios obtuvieran el control de los medios de producción, se abriría el camino hacia la igualdad social. Otros mitos han sido más proactivos, como, por ejemplo, los tres siguientes.

MITO 1: LAS JERARQUÍAS ORGANIZATIVAS FORMALES EXISTEN

La «burocracia» ideal de Weber —una asociación coordinada imperativamente con unos rangos de autoridad claramente marcados y un grupo de oficiales asalariados que debe seguir unas normas codificadas (Weber

5 Díaz hizo esta observación durante una presentación en la Conference on Responses of Civil Society to Neoliberal Adjustment Programs, financiada por el programa Andrew W. Mellon in Latin American Sociology, Universidad de Texas-Austin, abril de 1995.

[1922] 1965, pp. 182-186 y pp. 324-341)— se corresponde bastante bien con la imagen que tienen los planificadores y gerentes de estructuras corporativas. Poco después de que se publicara originalmente el trabajo de Weber, comenzaron a verse algunas fallas en su proyecto. Las máquinas bien engrasadas que describía su teoría no se asemejaban a la burocracia que se veía en las oficinas y en las cadenas de montaje. Concretamente, una serie de factores indeterminados entre los oficinistas y los trabajadores de las fábricas frenaba la productividad.

Las industrias contrataron a un grupo de sociólogos para que investigaran qué ocurría realmente en oficinas y fábricas. No todos los estudios fueron tenidos en cuenta por los equipos directivos, pero coincidieron al observar dos factores relevantes: primero, existía una correlación imperfecta entre las estructuras de autoridad sobre el papel y la autoridad real en las fábricas. En segundo lugar, las estructuras normativas entre los trabajadores de las fábricas regulaban de una manera más efectiva su comportamiento que las regulaciones impuestas por la empresa (Finlay, 1983; Roethlisberger y Dickson, 1939).

La escuela de sociología industrial, conocida por su famoso estudio Hawthorne de la Western Electric, desveló los entresijos del funcionamiento habitual de las fábricas y las oficinas (Roethlisberger y Dickson, 1939). En contra de lo esperado, las organizaciones modernas no operaban como jerarquías bien engrasadas, sino como entidades complejas plagadas de alianzas, conflictos, favores interpersonales y reglas no escritas. Las estructuras normativas informales pasaban de ser meras interacciones personales a limitar el desarrollo de los proyectos formales con el paso del tiempo.

Conviene recordar como ejemplo el análisis de Dalton (1959) sobre cómo los jefes de departamento de grandes corporaciones industriales se ponían sobre aviso antes de que llegaran las visitas «sorpresa» del cuerpo de auditores (véase el capítulo 2). El anuncio de recuento de material solía generar una reacción entre los ejecutivos, que intentaban esconder ciertos materiales y equipamientos. Un resultado de esta acción conjunta fue facilitar el paso de trabajadores y transportistas de una zona de trabajo a otra (pp. 48-49), algo que nunca ocurrió siguiendo directamente las directivas oficiales.

La acumulación de este tipo de pruebas dio una orientación particular a los estudios sociológicos sobre las organizaciones. Mientras que el trabajo teórico de otras disciplinas asumió como base fundamental las jerarquías organizativas, los sociólogos se fijaron más en lo problemático de estas estructuras. Este escepticismo entrenado se mantiene en la sociología actual. Es evidente en la crítica de Granovetter (1985) al enfoque de «mercados y

jerarquías» de la economía institucional moderna, así como en los estudios sobre la cultura corporativa de Morrill (1991) o Kanter (1977), y en la importancia que Burt (1992) y Podolny y Baron (1997) dan a las formas de relación social tanto dentro como entre organizaciones complejas.

MITO 2: LOS BARRIOS MÁS EMPOBRECIDOS ESTÁN SOCIALMENTE DESORGANIZADOS

Tradicionalmente, los barrios empobrecidos se han descrito como zonas de desorganización social y comportamientos patológicos. Estas descripciones siguen una lógica pretendidamente clara para la cual las condiciones de vida, nada envidiables en estas zonas, se atribuyen a las deficiencias sociales y personales de sus habitantes. En cambio, una tradición igual de longeva en la sociología contradice estas expectativas y apunta a los patrones de comportamientos y estructuras normativas que existen en estos lugares⁶. La controversia está servida. La aparente conexión entre las deficiencias personales o grupales y la pobreza da lugar a una literatura seudocientífica en la que distintos autores identifican el «elemento perdido» en las zonas empobrecidas y lo exponen como la causa del problema. La ausencia de «capital social» en el gueto, y la consecuente «incapacidad de trabajar juntos» de sus habitantes, han sido los últimos cabezas de turco identificados como «elementos perdidos».

Si razonamos de forma retroactiva, la idea es que las zonas empobrecidas son así porque no tienen el espíritu colectivo y la solidaridad que sí puede encontrarse en comunidades con mayor éxito. En contra de estas ideas, los estudios empíricos de sociólogos como Uehara (1999) o Edin (Edin y Lien, 1997), entre otros, documentan la presencia de redes sociales y de reciprocidad en lo más profundo de la ciudad, y la significativa dependencia que tienen los habitantes de estos recursos sociales. Afirman que el problema en las zonas empobrecidas no es que las personas no se conozcan o se ayuden, sino que los recursos para ello son tan pobres, y los lazos externos tan aislados, que generan escasos resultados. Un estudio sobre los vínculos comunitarios en la zona afroamericana de West Baltimore recalca esta idea:

6 Algunos ejemplos de esta temprana literatura son: *Street Corner Society* (1943) de Whyte, *Tally's Corner* de Liebow (1967) y *The Social Order of the Slum* de Suttles (1968). En cualquier caso, la caracterización de las zonas urbanas empobrecidas como lugares en los que las patologías culturales llevan a una pobreza extrema y no al contrario siguen presentes a día de hoy.

Una forma de entender las condiciones que se dan en un gueto urbano es darse cuenta de que los más jóvenes que viven en estas zonas apenas tienen lazos relevantes más allá de su familia más cercana. El capital social generado por sus familiares solo puede aprovecharse de los recursos que existen físicamente a su alrededor. Como estos recursos suelen ser de pobre calidad, las ventajas derivadas del capital social son escasas (Fernandez-Kelly, 1995, pp. 217-218).

El principal hallazgo de esta literatura empírica es que las zonas empobrecidas no son distintas a las demás. Simplemente sufren una falta de recursos e información que les dificulta escalar los muros de su condición. En definitiva, la pobreza es la que causa patologías sociales y no al contrario (Stack, 1974). Los investigadores externos del gobierno, la prensa de élite y la academia atribuyen consistentemente a las zonas pobres, ahora denominadas marginales, características que las distinguen del resto de la sociedad y que «causan» su permanente desventaja. Los sociólogos se encuentran entre los críticos más persistentes de estos argumentos.

MITO 3: LAS LEYES PUEDEN ACABAR CON LA INMIGRACIÓN

Una afirmación muy popular en las columnas editoriales de los periódicos y en los discursos de los expertos en política es que «Estados Unidos ha perdido el control de sus fronteras» (Brimelow, 1995, pp. 4-5). Para frenar esta corriente de pensamiento, los más críticos han alentado a las masas para que exijan al Gobierno medidas restrictivas frente a la inmigración. El argumento es sencillo: poner en marcha medidas contra la continuidad de la inmigración hará que el flujo migratorio desaparezca. En cambio, los sociólogos que estudian la inmigración no han defendido que esta continúe, sino que se han centrado en las consecuencias imprevistas que supone tratar de frenar el fenómeno a base de leyes.

Esta controversia particular ha tenido sus idas y venidas. La indignación pública contra el aumento del flujo migratorio de mediados de la década de los años ochenta consiguió que el Congreso aprobara la Ley de Reforma y Control de la Inmigración (IRCA por sus siglas en inglés) en 1986. Esta ley tenía como objetivo frenar cualquier tipo de inmigración ilegal, concediendo la amnistía a todas las personas indocumentadas que ya estuvieran en el país y persiguiendo la contratación de nuevos inmigrantes ilegales por parte de los empleadores. Los simpatizantes estaban entusiasmados con la medida, debido a que pensaban que «expondría» a la luz pública la población ilegal y conseguiría acabar con la impunidad con la que los agri-

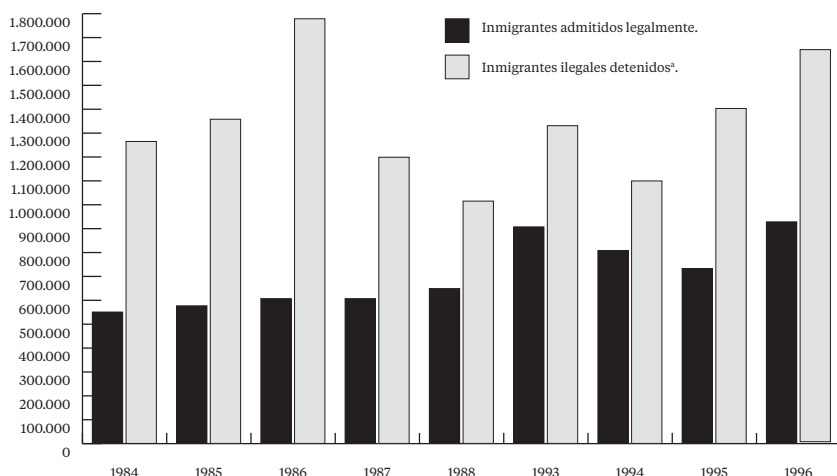
cultores y otro tipo de propietarios contrataban mano de obra barata. Tal y como me dijo un colega que trabajaba en el Congreso en aquel momento «los empleadores estadounidenses son respetuosos de las leyes y, una vez que se haya puesto fin a los vacíos legales, obedecerán las normas»⁷.

Los investigadores que trabajan sobre migraciones no pensaron lo mismo. Se dieron cuenta de la resistencia de las redes sociales que se entretejían entre los inmigrantes potenciales en México y otros países de origen y sus familias y posibles empleadores en Estados Unidos, así como de la importancia crucial que tenía para muchas empresas estadounidenses contar con un flujo constante de mano de obra barata (Bach, 1978; Cornelius, 1998; Massey, 1998). En líneas generales, la inmigración ilegal se ha mantenido no tanto por los objetivos de los propios inmigrantes, sino por las exigencias y la voluntad política de sus potenciales empleadores. Esta correlación de fuerzas refleja una unión tan estrecha entre las necesidades laborales de los empleadores y los objetivos de los inmigrantes, que desafía los intentos de acabar con la migración legalmente. La ajetreada secuela de la Ley de Inmigración de 1986 refuerza estas advertencias.

En primer lugar, los inmigrantes ilegales amnistiados emplearon su nueva posición para reforzar las relaciones con su familia y amigos en su país de origen, y así traerlos tan pronto como pudieron. En segundo lugar, en contra de lo que esperaba mi amigo en el Congreso, los empleadores obedecieron la letra de la ley, pero sin compartir su verdadera intención. Como requería la ley, rellenaron religiosamente los formularios que confirmaban que sus trabajadores les enseñaron pruebas de su residencia legal en el país, pero no se interesaron en comprobar si estas pruebas eran auténticas. Como era de esperar, en Los Ángeles y otras grandes ciudades se desarrolló un nuevo modelo de empresas para proveer a los inmigrantes ilegales los documentos que necesitaban. De hecho, los empleadores a menudo informaban a los inmigrantes sobre dónde y cómo obtener los documentos necesarios para empezar a trabajar al día siguiente (Bach y Brill, 1991). Cuando las redadas del Servicio de Inmigración se volvieron demasiado frecuentes, los empleadores acabaron por subcontratar los servicios a trabajadores informales y líderes de bandas, llevando el trabajo ilegal a los bajos fondos (Cornelius, 1992).

7 Esta afirmación la hizo el funcionario, posteriormente congresista, Peter Rodino en una conferencia sobre la Ley de Inmigración Estadounidense que tuvo lugar en la Universidad de California-San Diego en 1982. Las actas de la conferencia, donde también se incluyen los debates sobre las supuestas consecuencias del control migratorio, fueron publicadas en años posteriores y aportan una fuente de análisis sociológicos y oficiales sobre el asunto antes de la aprobación de la ley (véase Cornelius y Montoya, 1983).

Figura 1
Inmigrantes admitidos legalmente para residir en EE. UU.
e inmigrantes ilegales detenidos entre 1984 y 1996



Fuente: Departamento de Justicia de EE. UU. (1997, tablas 1 y 58).

^a La figura 1 representa el número de detenciones, no el número de personas (una persona puede, por ejemplo, ser detenida en más de una ocasión).

Con todas estas estratagemas de los inmigrantes ilegales y sus empleadores, una ley que tenía como objetivo controlar y reducir la inmigración acabó por aumentarla exponencialmente durante la siguiente década. Los flujos migratorios tanto legales como ilegales han seguido aumentando con rapidez.

La figura 1 presenta la serie temporal de entradas legales en el país y detenciones de inmigrantes ilegales tras la puesta en marcha de la Ley de Inmigración de 1986. Aunque el número de detenciones no equivale al número de inmigrantes ilegales, con el paso del tiempo los datos han reflejado ser un indicador bastante preciso del flujo migratorio.

Tras el fracaso del proyecto, los defensores de políticas migratorias antes de 1986 desaparecieron del foco público, aunque solo por un tiempo, ya que los sustituyeron nuevos militantes que decidieron no aprender de los errores pasados. Para ellos, la idea de «cambia la ley y la realidad se adaptará» es evidente, aunque los sociólogos hayan sido escépticos al señalar los efectos dañinos, inesperados y frecuentes de estos intentos legislativos sobre el flujo migratorio. En su análisis de la reforma migratoria de 1996 resuenan las mismas conclusiones que en la década pasada:

La combinación de la ley de migración y la reforma de los servicios sociales de 1996 tendrán consecuencias imprevistas y muy probablemente negativas. Estas leyes reflejan el fracaso del Congreso por comprender cómo van a reaccionar individuos e instituciones a las nuevas políticas. Es muy probable que las reformas de 1996, en lugar de preservar la migración legal y reducir la migración ilegal, acaben *dañando* la primera y *aumentando* la segunda (Espenshade, Baraka, y Huber, 1997, p. 77D, las cursivas se han mantenido como en el original).

CUESTIONAR LAS APARIENCIAS: FORMAS Y CONSECUENCIAS

La vocación hacia las «sorpresas» de la disciplina, que comenzó con los clásicos y continúa hoy en día, ha sido una de las principales fuentes de conocimiento sociológico y estímulo intelectual. Una lógica acumulativa racional en raras ocasiones produce sorpresas. La relación positiva entre la educación y los ingresos puede demostrarse, pero los sociólogos y el público lego ya esperan que sea así. En el mejor de los casos, un enfoque lineal codifica y define expectativas sensatas; en el peor de los casos, roza ser una perogrullada. Por ejemplo, cuando se nos dice que aquellas ciudades en las que las autoridades y los ciudadanos se comportan con «espíritu cívico» se gobiernan mejor, y son más prósperas económicamente que otras ciudades donde prima el egoísmo y el parasitismo, realmente aceptamos el argumento sin sorprendernos. Que ocurriera lo contrario sería lo sorprendente.

Escrito hace más de setenta años, el artículo de Robert Merton «The Unanticipated Consequences of Purposive Action», traducido al español como «Las consecuencias no anticipadas de la acción intencionada», sigue siendo tan relevante como lo fue cuando se publicó. El artículo de Merton hizo dos cosas: resumió la tradición del escepticismo sociológico desde los clásicos hasta su tiempo y abrió una brecha en los planteamientos de los creadores de aquellos sistemas sociológicos que asentaban sus teorías sobre el supuesto de una acción lineal intencional. El artículo permitió la aparición de conceptos modernos, que resaltan lo paradójico de la vida social. El propio Merton contribuyó de forma importante a esta terminología, añadiendo expresiones como «profecía autocumplida», «funciones y disfunciones latentes» y el «patrón de la serendipia» (Merton [1949] 1968, [1989] 1998). Mis argumentos siguen su ejemplo, ya que busco expandir la contribución original basándome en otras alternativas comunes con un *continuum* intencionado de medios y fines. Los objetivos de una actividad pueden no ser aquellos que se declararon, y pueden incluso no ser correctamente en-

tendidos por los participantes; los objetivos pueden no conseguirse por los medios previstos, sino por una concatenación fortuita de eventos.

Permítanme ser sistemático al respecto. Si pensamos en la acción intencional como una flecha recta entre la meta formulada por los actores, individuales o colectivos, y el fin alcanzado, sería posible identificar cinco alternativas que provocan escepticismo sobre la implementación de este esquema racional:

- (1) La meta anunciada no es lo que parece, no es lo que realmente buscan el agente o los que están al frente de un colectivo.
- (2) La meta anunciada es lo que buscaban los agentes, pero sus acciones tienen otras consecuencias de las que ellos no son conscientes.
- (3) La meta es lo que parece, pero la intervención de fuerzas externas la cambian en el proceso, convirtiéndola en una meta cualitativamente diferente.
- (4) La meta es lo que parece, pero la intervención de fuerzas externas produce consecuencias inesperadas distintas, e incluso contrarias a las que se buscaba.
- (5) La meta es lo que parece, pero alcanzarla depende de acontecimientos fortuitos totalmente ajenos a los planes originales.

En resumen, estas alternativas representan estados finales distintos a los supuestos por la lógica lineal, que son los que siguen:

1. La meta real no es la aparente.
2. La meta real no es la que los actores verdaderamente consiguen.
3. La meta real surge de la propia situación.
4. La meta original es real, pero el estado final es contrario a lo que se buscaba.
5. La meta original es real, pero se alcanza mediante una combinación inesperada de acontecimientos.

La figura 2 resume esta tipología y los ejemplos ilustrativos, precedidos por las etiquetas de resumen que se emplean seguidamente en la explicación de los distintos tipos.

Figura 2

TIPO	METAS	MEDIOS	ESTADOS FINALES	
Acción lineal intencional	Manifiestas	Planeados	Buscados	
ALTERNATIVAS:				
1. La «morada oculta»	Ocultas	Planeados	Buscados	
2. La función latente	Manifiestas	Planeados	No reconocidos	
3. El cambio a medio camino	Manifiestas	Emergentes	Improvisados	Inicialmente no buscados
4. El resultado inesperado	Manifiestas	Planeados	No buscados	
5. El giro afortunado de los acontecimientos	Manifiestas	Improvisados	Buscados	

ACCIÓN RACIONAL INTENCIONADA Y CINCO SECUENCIAS DE ACCIÓN ALTERNATIVAS

1. *La «morada oculta»*. Los análisis marxistas y neomarxistas de la estructura social se especializaron en destapar los verdaderos fines que el capitalismo esconde tras su fachada política y su superestructura cultural. Esta es la «morada oculta» que Marx describió tan detalladamente y que Richard Edwards documentó un siglo después en su análisis sobre la segmentación de los mercados de trabajo⁸. En la época moderna, los trabajos de sociólogos críticos y neomarxistas, desde Mills (1956) hasta Piven y Cloward ([1971] 1993), son ejemplos de esta tradición de desenterrar las estructuras de poder que se esconden tras las instituciones aparentemente representativas de la democracia formal.

8 La cita original de la «morada oculta» se encuentra en el primer volumen de *El Capital*: «Dejemos, por tanto, esta ruidosa esfera, situada en la superficie y a la vista de todos, para seguir a los poseedores de capital y de la fuerza de trabajo a la morada oculta de la producción, en cuya puerta leemos: “No admittance except on business”» [traducido al español como «prohibida la entrada salvo por negocios»] (Marx, [1867] 1967, p. 169).

Los análisis más actuales sobre las superestructuras culturales del capitalismo avanzado oscilan entre el primer y el segundo tipo incluidos en la Figura 2, es decir, entre mostrarlas como herramientas que deliberadamente legitiman la existencia de estructuras de clases o como herramientas con un origen autónomo, pero que cumplen este fin involuntariamente. Por ello, Harvey (1989), en *The Condition of Post-modernity*, muestra que, en algunas ocasiones, las formas culturales posmodernas son una creación deliberada del capitalismo avanzado en su última reencarnación, la «especialización flexible». En otras, las representa como elementos que surgen de forma autónoma, pero que funcionan igual que las superestructuras lo han hecho siempre, convirtiendo en misteriosas las realidades económicas subyacentes. De forma similar, el estudio de Bourdieu (1984) sobre el «refinamiento cultural» y el consumo de las altas formas del arte va más allá del aparente disfrute que estas actividades representan, para desenterrar sus significados como marcadores de estatus y distancia simbólica entre las masas y las élites.

2. *La función latente*. Las consecuencias que, aunque no se reconocan, son reales, ya fueron enunciadas en la literatura clásica por Émile Durkheim y por sus seguidores. Los rituales religiosos organizados para que los dioses sean propicios tienen la consecuencia real, aunque no reconocida, de reforzar la solidaridad colectiva. El matrimonio y las familias, organizados en torno a varias metas manifiestas, protegen a los individuos de las consecuencias destructivas de la anomia (Collins, 1994, pp. 190-191; Durkheim, [1897] 1965, pp. 171-202). Toda una escuela de pensamiento antropológico opera en torno a estas premisas teóricas, intentando descubrir las funciones latentes reconocidas de las prácticas culturales primitivas (Lévi-Strauss, [1949] 1969; Mauss, [1925] 1967).

El estudio de las formas organizativas modernas se ha basado también en la búsqueda de los resultados reales que subyacen a las metas formales enunciadas para la organización. El programa de investigación de John Meyer y sus colaboradores (Meyer, Ramírez y Soysal, 1992; Meyer *et al.*, 1997) sugiere que las organizaciones internacionales modernas, como los institutos de investigación o los programas de educación superior, trasladados a los confines remotos del Sur Global, pretenden promocionar el avance científico. Sin embargo, su objetivo latente es servir como símbolos de la modernidad de un país y, por tanto, situarlo en un plano relativamente equivalente a las naciones avanzadas. En ejemplos más cercanos, la existencia de instituciones gubernamentales como la Patrulla

Fronteriza de los Estados Unidos y el «Drug Czar», el jefe de la lucha contra el narcotráfico, responden a la misma lógica. Aunque fracasan año tras año en su intento de frenar los flujos de migración ilegal y de drogas, siguen manteniendo su posición, ya que sirven de símbolos de la determinación nacional para defender una serie de valores. Ese es su rol latente. Los funcionarios de estas agencias puede que no reconozcan lo que realmente están haciendo, y que orienten sus esfuerzos a los objetivos manifiestos de sus agencias aunque en realidad son las funciones latentes las que les mantienen en sus puestos.

3. *El cambio a medio camino.* La tercera variante que se aleja de la acción lineal intencional, incluida en la figura 2, tiene que ver menos con la existencia de fines ocultos o latentes detrás de los manifiestos que con el desplazamiento de las metas en el curso de una actividad dada. El atractivo de la clásica tesis de Weber ([1904] 1985) sobre el papel del puritanismo en el comportamiento económico radica precisamente en este tipo de explicación. Es decir, muestra cómo las «preferencias» no son totalmente estables, sino que pueden cambiar por la presión de los acontecimientos. En la explicación de Weber, las acciones para asegurarse la salvación en el otro mundo se redirigieron, por el poder de ciertas fuerzas externas, hacia la búsqueda del éxito en los negocios y hacia la acumulación de riqueza. El análisis del cambio que se produjo en el proceso, del puritano ascético al empresario capitalista racional, sigue siendo uno de los argumentos intelectualmente más atractivos que nos ha dejado la sociología del período clásico.

No es el único. La «Ley de hierro de la oligarquía» de Michels ([1915] 1968) se basa en un proceso similar. Existe una lógica que induce a grupos de reformadores y revolucionarios idealistas a cambiar sus metas con el paso del tiempo: transitan de la inicial búsqueda de objetivos altruistas a la defensa interesada de privilegios adquiridos en el curso del tiempo. Si para Pareto ([1920] 1980, caps. 9 y 10) la historia no es más que un cementerio de élites, para Michels es el escenario de la continua degeneración de nobles empresas en la persecución de fines materiales particularistas.

En la sociología moderna, los cambios a mitad de camino son un discurso habitual tanto en la sociología política como en la económica. En el ámbito político, la actuación de fuerzas externas puede llevar a cambios legislativos que no solo moderan los objetivos originales, sino que realmente cambian su contenido. De esta manera, Pedriana y Stryker (1997) documentaron cómo el Título VII de la Ley

de Derechos Civiles de Estados Unidos originalmente fue diseñado para garantizar la igualdad de oportunidades laborales basándose únicamente en los méritos propios. Sin embargo, evolucionó hacia la «acción afirmativa», política explícitamente diseñada para ampliar las oportunidades laborales de las minorías discriminadas. En sociología económica, el concepto de «encaje social»⁹, introducido por Polanyi (1944) y desarrollado décadas más tarde por Granovetter (1985; 1992), aparece reflejado en múltiples instancias de cambios de objetivos entre los actores del mercado. El desarrollo de una «cultura mercantil», el poder de las expectativas mutuas y el desarrollo de redes sociales diferenciadas no solo frena el ánimo de lucro de los agentes empresariales, sino que redirigen su actividad¹⁰.

4. *El resultado inesperado*. El cuarto desvío respecto a la acción lineal intencional es, posiblemente, el más importante. Explica cómo los fines últimos son cualitativamente distintos y, en ocasiones, opuestos a aquellos originalmente propuestos. El concepto de «consecuencias acumulativas» encuentra en esta cuarta familia de acontecimientos su extremo contrario (Becker, 1963; Portes, 1995). El pasado no conduce al presente con pasos graduales y directos, sino que los acontecimientos toman giros inesperados, cerrando algunas veces el círculo. Entre los clásicos de la sociología, Simmel ([1908] 1964) mostró especial perspicacia para observar este tipo de resultados.

Para Simmel, los hechos formales del número y del espacio trastocan la acción intencional, dando lugar a múltiples resultados inesperados. Así, un conjunto pacífico de personas, bajo la influencia de las masas y debido al contagio, se convierte en una muchedumbre violenta. O bien, el éxito que tiene la secta religiosa para reclutar nuevos miembros lleva necesariamente a disolver su radicalismo inicial por la influencia de la dispersión y la creciente heterogeneidad (Spykman, 1965). Para Simmel, el conflicto social no es el desastre inevitable que realmente parece, ya que tiene una serie de

9 N. de T. Se utiliza la expresión «encaje social» para traducir el término *embeddedness* empleado por Karl Polanyi y Mark Granovetter. Aquí se diferencia expresamente del uso que Peter Evans hace del mismo término en su obra *The Embedded State* (1996). Véase la N. de T. 6.

10 De este modo, Morrill (1991) describe la cultura de las oficinas de grandes corporaciones en Nueva York como tan obcecadas por el «honor» que los ejecutivos en puestos más elevados pasan la mayor parte de su tiempo defendiendo su estatus y reputación, en lugar de trabajar para mejorar los resultados de la empresa. Incluso entre los agentes de Wall Street, que posiblemente se encuentran entre los más individualistas y con mayor afán de lucro del capitalismo estadounidense, Abolafia (1996) encuentra pruebas del «encaje social» que dirige y modifica su comportamiento.

consecuencias positivas emergentes. Este argumento, codificado y desarrollado décadas más tarde por Coser (1956), anticipó numerosos tratados en sociología política sobre el potencial de construcción nacional de una guerra y sobre la legitimidad adquirida por las élites gobernantes a partir de la confrontación con otros países.

Este cuarto tipo se acerca más al tratamiento que da originalmente Merton (1936) a los efectos no intencionales. En su artículo, Merton resalta el papel de lo paradójico en la vida social, una perspectiva que se terminaría de desarrollar en sus análisis sobre las profecías autocumplidas y sobre el choque entre los fines culturales y las oportunidades estructurales para obtenerlos¹¹. La influencia del concepto original domina en la sociología económica moderna, incluso entre aquellos que apoyan un paradigma racional de medios y fines. De este modo, James Coleman señala que cuando varios actores persiguen sus metas sin restricciones institucionales, sus acciones llevan a consecuencias que son las opuestas a las que pretendían. Pone como ejemplos de estos acontecimientos las «burbujas», las «estampidas» y los «pánicos» del mercado.

En sociología económica, el estudio de las actividades sumergidas ha generado un terreno fértil para el análisis dialéctico de los resultados inesperados de las leyes. Resulta que, en muchas ocasiones, estas actividades crecen de manera directa cuando se trata de controlar la economía, puesto que las restricciones legales abren, *ipso facto*, el camino a oportunidades para aprovecharse económicamente de su violación (Lomnitz, 1988; Portes, 1994). De este modo, los intentos gubernamentales de fijar el tipo de cambio llevan a un mercado negro de divisas, los aranceles altos estimulan el contrabando y los intentos de regular de forma concienzuda el mercado del trabajo llevan a que se desarrollen formas ingeniosas de sobrepasarlo mediante subcontratos informales (Lozano, 1989; Sassen, 1989).

El último ejemplo procede del análisis que Manuel Castells (1998, cap. 1) realiza sobre cómo la antigua Unión Soviética, en un intento de equipararse militarmente con Estados Unidos, terminó por depender profundamente de la capacidad tecnológica de su rival. A medida que la innovación en la electrónica iba acelerando su desarrollo, los encargados de la planificación militar en la Unión Soviética

11 Véase el análisis clásico de Merton sobre la estructura social y la alienación (Merton, 1938 [1949], 1968).

ca estaban cada vez más preocupados por el hecho de que sus científicos pudieran perder cualquier paso importante que dejara al país rezagado en la carrera armamentística. De ahí que se inclinaran por la opción más segura de reproducir el equipamiento computacional más moderno de Occidente, comprado o robado por los agentes de la KGB. En el proceso, lo que el gobierno soviético consiguió fue debilitar la autonomía tecnológica de su propio país. Castells expresa el razonamiento soviético de la siguiente forma:

[...] tengamos las mismas máquinas que «ellos», aun cuando tardemos algún tiempo en reproducir «sus» ordenadores. Después de todo, para activar el Armagedón, una brecha tecnológica de unos pocos años en circuitos electrónicos sería realmente irrelevante [...]. De este modo, los intereses militares predominantes del Estado soviético llevaron a la paradoja de colocar a la Unión Soviética en una situación de dependencia de la tecnología estadounidense en el campo crucial de la información (1998, p. 31).

5. *El «giro afortunado» de los acontecimientos.* El anterior ejemplo también nos ayuda a introducir la quinta variación de la figura 2 respecto a la acción lineal intencional. Para aportar más evidencias, podemos referirnos a Tilly (1996), quien introdujo este concepto¹² ilustrándolo con un ejemplo muy gráfico de la Francia del siglo XVIII. Tilly nos cuenta cómo Luis XIV, al final de su largo reinado, reflexionó sobre sus logros al conseguir la paz y el orden interno para su reino. Con la sabiduría que da ver las cosas en retrospectiva, presentó los logros conseguidos como el resultado de un plan previsto y bien pensado. Un análisis más detallado revela, sin embargo, que no hubo nada de eso. Por el contrario, el rey y su ministro Colbert participaron en «decididas, pero a menudo desesperadas improvisaciones para hacer frente a reacciones inesperadas, tanto populares como de las élites, a iniciativas sancionadas por el Rey» (Tilly, 1996, p. 590). Como ocurre todavía, la reconstrucción de la historia se hace mediante ordenadas narrativas de medios y fines, cuando lo que en realidad ocurre es la toma de decisiones sobre la marcha y la improvisación de forma repentina, desviándose del curso previsto inicialmente.

12 En contra de la «mano invisible» de Adam Smith, Tilly (1996) ofrece el *invisible elbow*, o «codo invisible», para hacer referencia al apaño de carácter improvisado que conduce a un fin específico. Le debo a Viviana Zelizer que me mencionara este ensayo de Tilly.

Esto mismo ocurrió con el coronel Jimmy Doolittle y sus «merodeadores» cuando su portaaviones, el *Hornet*, se aproximaba a la bahía de Tokio en 1942. Tras el ataque a Pearl Harbour, Estados Unidos necesitaba desesperadamente un estímulo psicológico, y eso fue precisamente lo que Doolittle y sus hombres intentaban hacer bombardeando la capital japonesa. El ataque aéreo estaba programado para la noche y se planeó meticulosamente. Sin embargo, varios cientos de millas antes de que se produjera el despegue, el *Hornet* fue descubierto por unos barcos pesqueros japoneses, acabando así con el factor sorpresa. Doolittle decidió atacar inmediatamente para evitar que los japoneses reforzaran sus defensas. El ataque aéreo se produjo a plena luz del día, iniciándose a gran distancia de su objetivo. Contra todo pronóstico, fue un éxito, ya que los barcos pesqueros nunca llegaron a alertar a las defensas aéreas japonesas. Además, en una extraña coincidencia, los japoneses habían designado ese día para hacer ejercicios de defensa civil contra la misma amenaza que suponían los aviones de Doolittle. Hasta cierto punto, los aviones alcanzaron su objetivo sin ser avistados porque, al principio, se pensó que eran parte de las maniobras¹³.

El análisis de las consecuencias latentes, de los cambios a mitad de camino, de los efectos imprevistos y de los medios improvisados son parte de una tradición disciplinar única entre las ciencias sociales. Actualmente representan una contribución específica de la sociología que dirige sus esfuerzos al análisis de los acontecimientos y procesos económicos. A efectos del presente análisis sobre las recomendaciones de políticas, me remito al trabajo de uno de mis más distinguidos predecesores: James Coleman.

RECONSTRUIR LA SOCIEDAD CON BASES RACIONALES

En 1992, Coleman presentó un memorable discurso presidencial frente a la Asociación Sociológica Americana (ASA). En su prolegómeno, comparó su canoa, que tranquilamente avanzaba por los ríos Wisconsin y Misisipi a seis kilómetros por hora, con las remolcadoras que corrían por el río, sobrepasando a los trenes de la orilla a veinte veces la velocidad de su sencilla barca. Esta

13 Existen una serie de alternativas respecto a lo que ocurrió ese día. La versión que aquí se muestra proviene de la serie emitida por el History Channel titulada *Secretos de la II Guerra Mundial* que incluye pruebas adicionales que apoyan esta versión de los hechos (*The History Channel*, 24 de marzo, 1999).

comparación documentaba el veloz cambio de la organización social basada en la familia y las relaciones entre personas reales hacia otra organización basada en las relaciones entre personas artificiales (o personas jurídicas tales como corporaciones privadas y Administraciones públicas) y el consiguiente progresivo abandono de los vínculos familiares por parte de los individuos.

En su discurso, Coleman se hizo eco de una larga tradición de pensamiento sociológico que documentaba el paso del feudalismo al capitalismo industrial, de la «comunidad» a la «sociedad» (Eisenstadt, 1964; Tönnies, [1887] 1963). Sin embargo, no se trató de una mera descripción, sino que fue más allá para expresar su argumento: el control social y, por tanto, el orden social, ha dependido tradicionalmente de la estructura de redes comunitarias, que vigilaban el comportamiento de los individuos y aseguraban el cumplimiento de las normas. Esta forma de «capital social primordial» se desgastó cuando los vínculos familiares y comunitarios se debilitaron y cuando se produjo el rápido reemplazo de la sociedad local por las estructuras nacionales corporativas (Coleman, 1993a).

El resultado es que la consecución de metas sociales ha pasado a depender de la aplicación deliberada de incentivos y de poder coercitivo por parte de grandes organizaciones, en particular, el Estado. Sustituyendo a las organizaciones espontáneas basadas en la familia del pasado, ahora tenemos nuevas organizaciones corporativas donde el capital social comunitario es sustituido por una agenda deliberada de incentivos para los individuos. Coleman vio esta tendencia como imparable y propuso que el objetivo de la sociología pasara del análisis de eventos históricos a la reconstrucción de organizaciones sociales basada en proyectos racionales.

Como ejemplo, Coleman observó que el cuidado de los niños había disminuido en las familias porque el flujo de recursos materiales se había desplazado cada vez más de los progenitores a los hijos. Esto hacía que para los padres fuese cada vez menos económico prestar una mayor atención a su progenie. Por ello, la propuesta de Coleman fue que el Estado se posicionara para proveer incentivos a los progenitores y tutores proporcionalmente a la dificultad de criar a sus hijos, aumentando así el «valor añadido» que supondría una educación apropiada (Coleman, 1993a, pp. 13-14; 1993b). Como sociólogo experimentado, Coleman reconoció que las relaciones sociales, las expectativas culturales y las estructuras normativas todavía ocurrían entre las personas que habitan las grandes organizaciones. También pudo apreciar que estas fuerzas podían ayudar a conseguir las metas colectivas o podían hundirlas. Por consiguiente, trató de aprovechar el interés racional individual, junto al conocimiento sociológico sobre las redes, para solucionar problemas a través de organizaciones deliberadamente creadas:

¿Qué significa esta transformación para la sociología y los sociólogos? Supone un futuro en el diseño de organizaciones, instituciones y entornos sociales; diseños creados con el objetivo de optimizar los resultados relevantes... Esto implica, por supuesto, una teoría social, pero una teoría social dirigida a este fin, y no a hacer cronologías y a describir los cambios del pasado (1993a, p. 14).

Los argumentos de Coleman fueron tachados de conservadores, puesto que las organizaciones construidas deliberadamente normalmente responden a los intereses de agentes con poder, los cuales pueden también verse como el principio de un mundo orwelliano regido por un Hermano Mayor. Desde mi punto de vista, estas críticas son inapropiadas. La llamada urgente de Coleman para que la disciplina tomara un rol activo en la resolución de problemas sociales, y su visión de la aplicación de la teoría sociológica para este fin, son correctas.

El verdadero problema de la perspectiva de Coleman es algo distinto. Básicamente, el diseño deliberado de organizaciones choca, de manera inevitable, con las paradojas de la vida social. La tarea de los «ingenieros sociales» se basa en una lógica racional en la que los objetivos son manifiestos y su trabajo consiste en trazar formas de conseguirlos. La manera de lograrlo radica en la manipulación de incentivos para que los ocupantes de determinados roles quieran realizar ciertos comportamientos. Incluso los análisis más sofisticados que tienen en cuenta la emergencia espontánea de normas suponen que las personas pueden ser manipuladas hacia los objetivos deseados. Esto puede ser cierto en algunos casos, pero no en todos. Algunos de los posibles factores que pueden arruinar tales diseños intencionales son:

- ◆ Los objetivos de algunos de los partidarios de las organizaciones deliberadamente construidas se ocultan y difieren de sus intenciones declaradas.
- ◆ Los factores habituales, de orden social y emocional, entran en juego, alterando la agenda de los incentivos para los participantes y sus cálculos de coste-beneficio.
- ◆ Los participantes reaccionan a la manipulación por una autoridad superior y planean formas de evitar las consecuencias pretendidas para sus acciones.

- ◆ Los factores externos, asentados en la historia, y las circunstancias de los participantes, llevan a respuestas divergentes y no anticipadas para el mismo conjunto de incentivos.
- ◆ Las soluciones a los problemas de motivación implementadas para un grupo de agentes generan protestas y descontentos en otros grupos.

Las organizaciones construidas por las ahora fallecidas economías comunistas de la Europa del Este sirven de ejemplo para estos obstáculos. Estas estructuras no se construyeron de forma irracional. Todo lo contrario, tras la efervescencia revolucionaria, los planificadores comunistas buscaron incorporar de manera deliberada agendas de incentivos para las empresas, directores y trabajadores. El problema fue que las agendas y planes que fomentaron chocaban con las realidades sobre el terreno, lo cual llevó a consecuencias negativas a lo largo del tiempo. Kornai (1992, pp. 263-275) pudo apreciar cómo los objetivos de las autoridades comunistas para el pleno empleo, las exigencias de una alta producción material y la interdependencia controlada entre empresas llevaron a una economía de «limitaciones presupuestarias suaves». En este sistema, las empresas no podían ir a la quiebra y se beneficiaban del acaparamiento de recursos, por lo que evitaban innovar (Castells, 1998; Grossman, 1989).

El proyecto de los comunistas buscaba organizar los incentivos materiales para conseguir las metas del Estado. Sin embargo, no supieron ni pudieron gestionar la variedad de fuerzas inesperadas que, con el tiempo, llevaron el experimento al desastre. Stark expuso esta idea de una forma muy convincente:

En las economías socialistas la responsabilidad es inversamente proporcional a la dependencia. A una compañía cuyo director sigue disciplinadamente y al pie de la letra las instrucciones no se le puede culpar cuando solo produce pérdidas... Los intentos «científicos» de gestionar una economía como si fuera una fábrica impidieron la gestión científica de cualquier fábrica (1989, pp. 648-649).

Aunque las sociedades democráticas poseen mayor libertad, en ellas también se pueden encontrar ejemplos. Los esfuerzos por «reconstruir» organizaciones preexistentes en base a una serie de objetivos racionales suelen tener consecuencias negativas. Por ejemplo, la decisión del Gobierno de Ronald Reagan de disminuir los controles administrativos en la industria bancaria tuvo como objetivo manifiesto promover la competitividad y, por

ende, estimular el ahorro y las inversiones. El resultado fue una debacle en las asociaciones de ahorros y préstamos desencadenada por la decisión de muchos propietarios y directores de robar a las empresas para su propio lucro (Calavita, Tillman y Pontell, 1997). La agenda de incentivos reales de estos actores no había sido tomada en cuenta por los creadores de la política.

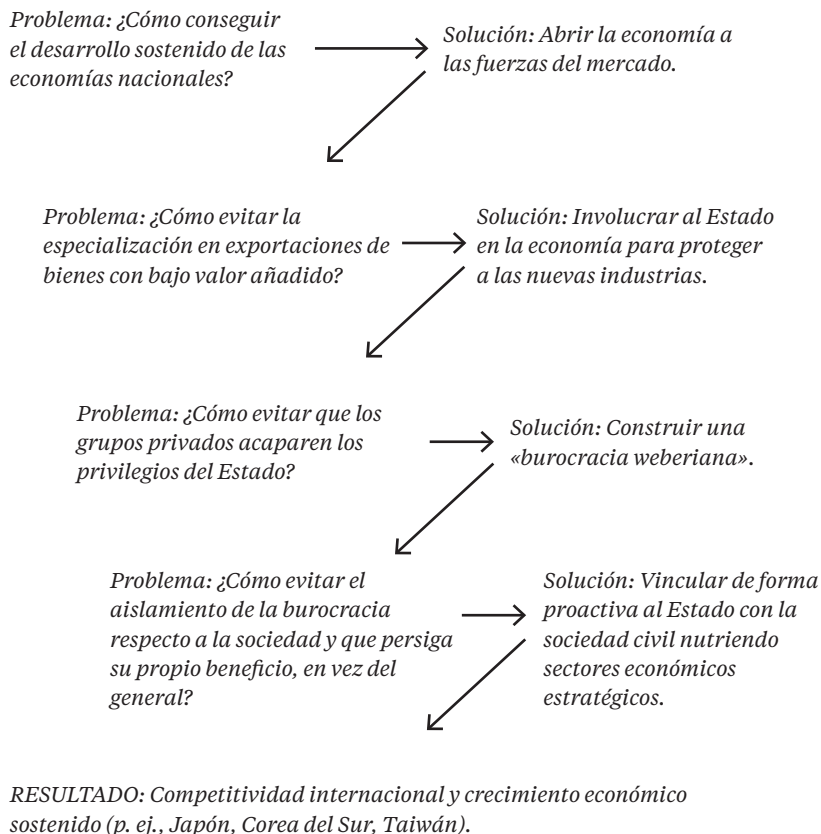
Una larga lista de otros ejemplos solo llevaría a la misma conclusión: existe riesgo en los intentos deliberados de reconstruir la sociedad puesto que, incluso si los objetivos manifiestos son reales, los medios de intervención pueden chocar con las fuerzas sociales, descarrilando totalmente el esfuerzo o llevándolo por derroteros inesperados. En cualquier caso, se pueden construir instituciones que sirvan a sus objetivos declarados, y también se pueden conseguir metas de los más diversos tipos. Luis XIV restauró el orden interno de Francia y Doolittle consiguió bombardear Tokio, pero ninguno de ellos consiguió su objetivo siguiendo un plan racional previamente estructurado. Los fines no se consiguen habitualmente gracias a la «ingeniería social», sino gracias a procesos complejos de ensayo y error, en los que el plan original se abandona o se adapta constantemente para ajustarse a la realidad. Estas complejas dinámicas se ignoran en muchas ocasiones a la hora de reconstruir la sociedad siguiendo proyectos racionales intencionados.

CONCLUSIÓN: TEORÍA, POLÍTICAS Y ESCEPTICISMO

Una crítica razonable a mi argumento es que puede llevar a paralizar tanto la política como la teoría. Como la dialéctica de la vida social es tan compleja, y todo depende del contexto específico en el que encaja, se vuelve casi imposible predecir cómo los individuos y los grupos van a comportarse o qué resultados saldrán de políticas deliberadas. El papel de los sociólogos como ingenieros del futuro se disuelve así en un rol mucho menos atractivo de críticos y escépticos profesionales.

Hay cierta parte de verdad en este argumento: darse cuenta del carácter paradójico de la estructura social lleva naturalmente a ser cautos. A pesar de sus limitaciones, el rol del «inconformista informado» parece una mejor alternativa al del «crédulo entusiasta visionario». Pero falta una parte de la historia, ya que una postura escéptica también puede llevar, en ciertos casos, a una teoría más sofisticada y unas políticas más efectivas. Este resultado requiere tener los pies en la tierra y evitar generalizaciones o planes que puedan aplicarse de manera universal. Gran parte de la teoría sociológica de alcance intermedio consiste en estas narrativas sobre cómo las co-

Figura 3
Teoría de «autonomía proactiva» de Peter Evans



Fuente: Evans (1995).

sas van «de aquí allí», incluyendo la multitud de contingencias y retrocesos encontrados en el proceso. En este nivel de análisis es posible delinear, al menos parcialmente, las limitaciones estructurales y otros obstáculos que afectan a un individuo concreto o a un objetivo colectivo.

Consideremos el análisis de Evans (1995) sobre el rol de los Estados en el desarrollo económico nacional. Comienza su libro con la investigación de Adam Smith sobre los factores que promueven la «riqueza de las naciones» (Smith, [1776] 1979; Todaro, 1977). Para abordar esta cuestión, Evans nos

lleva en zigzag desde las soluciones que se persiguen cuando se da un paso a los problemas que causa en el siguiente. La figura 3 resume el desarrollo secuencial del argumento.

El autor considera primero la solución neoclásica al desarrollo, que consiste en el potencial enriquecedor del libre comercio: dejad que el mercado haga su magia y conseguirá el bien mayor para el mayor número de personas. Pero las naciones más pobres que han seguido este camino se han encontrado confinadas al rol de productores especializados en mercancías de bajo valor añadido. La solución lógica es que el Estado tome un papel activo en los esfuerzos para el desarrollo. Aun así, este paso lleva al problema de que los intereses económicos de los poderosos colonicen a regiones débiles en Estados pobres, lo que transforma sus proyectos de desarrollo en paraísos fiscales para algunos grupos empresariales. En lugar de ayudar a que se desarrolle la nación, el Estado acaba fomentando la fortuna de unos pocos individuos capaces de cooptar a funcionarios y políticos para obtener ventajas oficiales.

La solución a este problema en el segundo nivel es construir una «burocracia weberiana» bien aislada de la sociedad civil e inmune a los sobornos. Esta nueva solución crea, a su vez, sus propios problemas en forma de aislamiento y de aumento de la burocracia para el beneficio propio que moldea la sociedad, pero es incapaz de guiarla eficazmente. Las burocracias estatales del extinto bloque soviético sirven como ilustraciones parciales de este fenómeno. El remedio al tercer nivel es establecer un «estado weberiano modificado» o «estado proactivo»¹⁴, en el que dirigentes competentes se involucran en desarrollar de forma selectiva empresas industriales y de servicios hasta que pueden competir eficazmente en el mercado global. La clave está en preservar el rol del Estado como incubador de iniciativas económicas prometedoras sin permitir que, al mismo tiempo, las empresas emergentes colonicen a las agencias estatales y el espacio público. Evans (1995) pone como ejemplo arquetípico del Estado proactivo a Japón, aunque posteriormente las pruebas de corrupción en altas esferas y los «paraísos fiscales» para banqueros bien posicionados han diluido este ejemplo. Pero incluso con este y otros problemas que

14 N. de T. El término *embeddedness* se traduce en este contexto como 'proactividad' (y *embedded state* como 'estado proactivo') debido a que se corresponde mejor con el significado atribuido por Peter Evans, a diferencia del uso habitual que otros autores de la sociología económica hacen del mismo término, que en este libro se traduce como «encaje social».

surgen de sus explicaciones¹⁵, la teoría de Evans representa uno de los enfoques más sofisticados al desarrollo nacional que tenemos actualmente en la disciplina.

En el ámbito de las políticas, la conciencia sobre la dialéctica de la vida social no lleva a la parálisis, sino a intervenciones más cautas. Tales maneras de intervenir, alternativas a las habituales, requieren que se cuestione constantemente el proyecto inicial y que se examinen las distintas contingencias en cada paso que se implemente. En particular, este enfoque tiene dos consideraciones prácticas: en primer lugar, el cambio debe provenir de pasos controlados, prestando especial atención a los eventos fortuitos y a las presiones de fuerzas ajenas. En segundo lugar, uno debe saber quiénes son los agentes involucrados y cuál es su objetivo real, para anticipar así sus reacciones a la intervención externa.

Tomemos en cuenta, por ejemplo, un programa diseñado para mejorar la calidad de la educación en las escuelas públicas, incrementando el «capital social» de progenitores y educadores. Se espera que el capital social, que adquiere la forma de un mayor conocimiento mutuo y mayores niveles de confianza, lleve a una mejora general de la calidad de las escuelas (Coleman, 1993b; Putnam, 1993). Con este objetivo, se diseñan una serie de incentivos para fomentar la asistencia de los progenitores a las reuniones de las asociaciones de padres y madres y otros eventos escolares. La lógica del programa parece clara y se puede mostrar como una secuencia de pasos lineal:

La intervención se produce en forma de incentivos económicos que promueven una mayor interacción social,

- ◆ por tanto, los progenitores y educadores se unen y, en ese proceso, desarrollan un entendimiento mutuo mayor, que lleva, a su vez,
- ◆ a un mayor apoyo parental de los esfuerzos del profesorado y a colaborar más en la educación de los hijos.

15 Evans (1995) no ofrece un criterio empírico claro para diferenciar a los Estados propiamente «proactivos» y vinculados socialmente de aquellos colonizados por intereses en la sociedad civil. Esta omisión puede generar una teoría circular en la que definir «estados proactivos» como aquellos que han conseguido promocionar el crecimiento económico. Pero cuando esta identificación se hace *ex post facto*, la teoría se reduce a: «Si un estado consigue promover el desarrollo económico, entonces es proactivo». La simplificación de trabajar con posterioridad a los hechos puede superarse si se establecen especificaciones explícitas y cuantificables de las diferencias entre los estados secuestrados por los intereses privados y aquellos que los superan.

Quizá ocurra de esta manera. Pero el proceso se ve envuelto en contingencias que pueden desembocar en distintos resultados. Para simplificar, los resultados alternativos se han resumido en tres grupos de variables:

- (1) El marco de percepciones por el que progenitores y educadores interpretan la política y la posibilidad de que una de las dos partes tenga objetivos ocultos que varían respecto a los declarados abiertamente;
- (2) las consecuencias inesperadas del aumento de la interacción, que pueden incluir divisiones raciales y que unos grupos adquieran mayor conciencia de los defectos que tienen otros;
- (3) los factores externos que afectan o impiden la implementación de decisiones tomadas de forma colectiva.

Las contingencias de cada una de estas categorías son múltiples y pueden llevar a resultados muy distintos a los que se pretendía¹⁶.

Ir de «aquí a allí» nunca es sencillo, ya sea en cuestiones de teoría o de política. La sociología se ha mantenido en su mayor parte fiel a su tradición empírica y, con ello, leal a su interés en la complejidad de los procesos sociales. Utilizar los títulos de «ingenieros sociales» o «arquitectos sociales» es excesivamente pretencioso y lleva al peligro de la arrogancia. En su lugar yo propondría el término «artesanos sociales» para describir a aquellos que trabajan construyendo o reconstruyendo instituciones. Al igual que los artesanos tiempo atrás aplicaban sus habilidades con una atención extrema a la calidad y al carácter único de sus materiales, las intervenciones deliberadas pueden llevarse a cabo razonablemente y progresar en el mundo real si se emplea un criterio similar. Si mi análisis es correcto, la oportunidad de la sociología para ayudar a reconstruir la sociedad en estos tiempos no depende de la elaboración de grandes proyectos. En su lugar, depende de análisis cuidadosos de los procesos sociales, que tomen conciencia de sus manifestaciones ocultas e imprevistas, acompañados de esfuerzos

16 Entre los efectos alternativos se encuentran: a) los progenitores desanimados por programas educativos fallidos en el pasado no participan en el desarrollo del programa; b) los progenitores asisten y socializan de buena fe, pero al darse cuenta de los defectos del profesorado y de la escuela, buscan otras alternativas, como becas para colegios privados; c) amenazados por las iniciativas independientes de los progenitores, los profesores y administradores dejan de apoyar el programa mientras se implementa, con lo que la situación empeora; d) progenitores y profesores se unen para mejorar las cosas, pero descubren que lo que necesitan son recursos materiales para infraestructuras escolares y facilitar los contactos de sus estudiantes, y se desmoralizan cuando los administradores deniegan sus solicitudes.

continuos por comprender las reacciones de los propios participantes en sus situaciones. Sin este esfuerzo continuo, ningún proyecto organizativo, independientemente de lo bien planificado que esté, podrá superar los efectos inesperados y terminará siguiendo el destino de los innumerables intentos fallidos del pasado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Abolafia, M. (1996). *Making markets: Opportunities and restraint on Wall Street*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Bach, R. L. (1978). Mexican immigration and the American state. *International Migration Review*, 12(4), 536-558.

Bach, R. L. y Brill, H. (1991). *Impact of IRCA on the U.S. labor market and economy*. Report to the U.S. Department of Labor, Institute for Research on International Labor. Binghamton, NY: State University of New York.

Becker, H. S. (1963). *Outsiders: Studies in the sociology of deviance*. New York, NY: Free Press.

Bourdieu, P. (1984). *Distinction: A social critique of the judgement of taste*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Brimelow, P. (1995). *Alien nation: Common sense about America's immigration disaster*. New York: Random House.

Burt, R. S. (1992). *Structural holes: The social structure of competition*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Calavita, K., Tillman, R. y Pontell, H. N. (1997). The savings and loan debacle, financial crime, and the state. *Annual Review of Sociology*, 23, 19-38.

Castells, M. (1998). *End of millennium* (vol. 3, *The information age*). Malden, MA: Blackwell Publishers.

Castells, M. y Portes, A. (1989). World underneath: The origins, dynamics, and effects of the informal economy. En A. Portes, M. Castells y L. A. Benton (Eds.), *The informal economy: Studies in advanced and less developed countries* (pp. 11-37). Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.

Coleman, J. S. (1993a). The rational reconstruction of society: 1992 presidential address. *American Sociological Review*, 58(1), 1-15.

Coleman, J. S. (1993b). The design of organizations and the right to act. *Sociological Forum*, 8(4), 527-546.

Coleman, J. S. (1994). A rational choice perspective on economic sociology. En N. J. Smelser y R. Swedberg (Eds.), *Handbook of economic sociology* (pp. 166-180). Princeton, NJ: Princeton University Press; Russell Sage.

Collins, R. (1994). *Four sociological traditions*. New York, NY: Oxford University Press.

Cornelius, W. A. (1992). Controlling illegal immigration: Lessons from Japan and Spain. *Working paper, Center for U.S.-Mexico Studies*, University of California, San Diego, CA.

Cornelius, W. A. (1998). The structural embeddedness of demand for Mexican immigrant labor: New evidence from California. En M. Suarez-Orozco (Ed.), *Crossings: Mexican immigration in interdisciplinary perspectives* (pp. 115-155). Cambridge, MA: Center for Latin American Studies, Harvard University.

Cornelius, W. A. y Montoya, R. A. (1983). *America's new immigration law: Origin, rationale, and potential consequences*. La Jolla, CA: Center for U.S.-Mexican Studies, University of California.

Coser, L. A. (1956). *The functions of social conflict*. New York: Free Press.

Cuvillier, A. (1950). *Manuel de sociologie* (3ª ed.). Paris: Presses Universitaires de France.

Dalton, M. (1959). *Men who manage: Fusions of feeling and theory in administration*. New York: Wiley.

Díaz, A. (1996). Chile: ¿Hacia el pos-neoliberalismo? [Chile: Toward post-neoliberalism?]. Paper presented at the Conference on Responses of Civil Society to Neo-Liberal Adjustment, Department of Sociology, University of Texas, Austin, TX.

Dombois, R. (1998). Dilemas organizacionales de las economías ilegales. *Análisis Político*, 33 (January-April), 14-30.

Durkheim, É. ([1897] 1965). *Suicide: A study in sociology* (J. A. Spaulding y G. Simpson, trads.). New York: Norton.

Edin, K. y Lein, L. (1997). Work, welfare, and single mothers' economic survival strategies. *American Sociological Review*, 62(2), 253-266.

Edwards, R. (1979). *Contested terrain: The transformation of the workplace in the twentieth century*. New York, NY: Basic Books.

Eisenstadt, S. N. (1964). Social change, differentiation, and evolution. *American Sociological Review*, 29(3), 375-386.

Espenshade, T. J., Baraka, J. L. y Huber, G. A. (1997). Implications of the 1996 welfare and immigration reform acts for U.S. immigration. *Population and Development Review*, 23(4), 769-801.

Evans, P. (1995). *Embedded autonomy: States and industrial transformation*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Fernandez-Kelly, M. P. (1995). Social and cultural capital in the urban ghetto: Implications for the economic sociology of immigration. En A. Portes (Ed.), *The economic sociology of immigration: Essays on networks, ethnicity, and entrepreneurship* (pp. 213-247). New York: Russell Sage Foundation.

Finlay, W. (1983). One occupation, two labor markets: The case of longshore crane operators. *American Sociological Review*, 48(3), 306-315.

Granovetter, M. (1985). Economic action and social structure: The problem of embeddedness. *American Journal of Sociology*, 91(3), 481-510.

Granovetter, M. (1995). *Getting a job: A study of contacts and careers* (2ª ed.). Chicago: University of Chicago Press.

Granovetter, M. y Swedberg, R. (Eds.) (1992). *The sociology of economic life*. Boulder, CO: Westview Press.

Hirschman, A. O. (1970). *Exit, voice, and loyalty: Responses to decline in firms, organizations, and states*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Holzer, H. J. (1996). *What employers want: Job prospects for less-educated workers*. New York, NY: Russell Sage Foundation.

Hondagneu-Sotelo, P. (1994). *Gendered transitions: Mexican experiences of immigration*. Berkeley, CA: University of California Press.

Jenkins, J. C. y Perrow, C. (1977). Insurgency of the powerless: Farm worker movements (1946-1972). *American Sociological Review*, 42(2), 249-268.

Korpi, W. (1983). *The democratic class struggle*. London, UK: Routledge y Kegan Paul.

Massey, D. S. (1998). March of folly: U.S. immigration policy under NAFTA. En M. Suarez-Orozco (Ed.), *Crossings: Mexican immigration in interdisciplinary perspectives* (pp. 317-356). Cambridge, MA: Center for Latin American Studies, Harvard University.

Massey, D. S., Alarcón, R., Durand, J., y González, H. (1987). *Return to Aztlán: The social process of international migration from western Mexico*. Berkeley, CA: University of California Press.

Massey, D. S. y Espinosa, K. E. (1997). What's driving Mexico-U.S. migration? A theoretical, empirical, and policy analysis. *American Journal of Sociology*, 102(4), 939-999.

Massey, D. S. y Sana, M. (2003). Patterns of U.S. migration from Mexico, the Dominican Republic, and Puerto Rico: 1980-2000. *International Migration Review*, 37(4), 1121-1140.

Merton, R. K. (1968). The Matthew effect in science. *Science*, 159(3810), 56-63.

Moore, B. (1966). *Social origins of dictatorship and democracy: Lord and peasant in the making of the modern world*. Boston, MA: Beacon Press.

Myrdal, G. (1944). *An American dilemma: The Negro problem and modern democracy*. New York, NY: Harper and Row.

Ogbu, J. U. (1991). Immigrant and involuntary minorities in comparative perspective. En M. A. Gibson y J. U. Ogbu (Eds.), *Minority status and schooling: A comparative study of immigrant and involuntary minorities* (pp. 3-33). New York: Garland.

Ong, A. (1999). *Flexible citizenship: The cultural logics of transnationality*. Durham, NC: Duke University Press.

Piore, M. J. (1979). *Birds of passage: Migrant labor and industrial societies*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.

Polanyi, K. (1944). *The great transformation: The political and economic origins of our time*. Boston, MA: Beacon Press.

Portes, A. (1995). *The economic sociology of immigration: Essays on networks, ethnicity, and entrepreneurship*. New York: Russell Sage Foundation.

Portes, A. (1998). Immigration theory for a new century: Some problems and opportunities. En C. Hirschman, P. Kasinitz, y J. DeWind (Eds.), *The handbook of international migration: The American experience* (pp. 21-33). New York: Russell Sage Foundation.

Portes, A. y Bach, R. L. (1985). *Latin journey: Cuban and Mexican immigrants in the United States*. Berkeley, CA: University of California Press.

Portes, A. y Sensenbrenner, J. (1993). Embeddedness and immigration: Notes on the social determinants of economic action. *American Journal of Sociology*, 98(6), 1320-1350.

Portes, A. y Walton, J. (1981). *Labor, class, and the international system*. New York: Academic Press.

Putnam, R. D. (1993). *Making democracy work: Civic traditions in modern Italy*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Roethlisberger, F. y Dickson, W. J. (1939). *Management and the Worker*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Sassen, S. (1989). New York City's informal economy. En A. Portes, M. Castells, y L. A. Benton (Eds.), *The informal economy: Studies in advanced and less developed countries* (pp. 60-77). Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.

Simmel, G. ([1908] 1964). The stranger. En K. H. Wolff (ed. y trad.), *The sociology of Georg Simmel* (pp. 402-408). New York: Free Press.

Smith, A. ([1776] 1979). *The wealth of nations*. Baltimore, MD: Penguin.

Sorel, G. ([1908] 1961). *Reflections on violence* (T. E. Hulme y E. A. Shils, trads.). New York, NY: Collier.

Spykman, N. J. (1965). *The social theory of Georg Simmel*. New York: Atherton.

Stack, C. (1974). *All our kin*. New York: Harper and Row.

Stark, D. (1989). Bending the bars of the iron cage: Bureaucratization and informalization in capitalism and socialism. *Sociological Forum*, 4(4), 637-664.

Suttles, G. D. (1968). *The social order of the slum*. Chicago, IL: University of Chicago Press.

Tilly, C. (1996). Invisible elbow. *Sociological Forum*, 11(4), 589-601.

Todaro, M. (1977). *Economic development in the third world: An introduction to problems and policies in global perspective*. London: Longman.

Tokatlian, J. (1995). *Drogas, dilemas y dogmas*. Bogotá: Editorial Tercer Mundo.

Tönnies, F. ([1887] 1963). *Community and society*. New York: Harper and Row.

Uehara, E. (1990). Dual exchange theory, social networks, and informal social support. *American Journal of Sociology*, 96(3), 521-557.

U.S. Department of Justice (1997). *1996 statistical yearbook of the Immigration and Naturalization Service*. Washington, DC: U.S. Government Printing Office.

Weber, M. ([1922] 1965). *The theory of social and economic organization* (T. Parsons, ed.). New York: Free Press.

Weber, M. ([1904] 1985). *The Protestant ethic and the spirit of capitalism*. London: Unwin.

Whyte, W. F. (1943). *Street corner society*. Chicago, IL: University of Chicago Press.

REFLEXIONES SOBRE UN TEMA COMÚN: ESTABLECER EL FENÓMENO, ADUMBRACIÓN Y TIPOS IDEALES¹

INTRODUCCIÓN

Este ensayo trata sobre varios de los conceptos básicos que Robert K. Merton dejó para la posteridad. Entre ellos se incluye la «adumbración»², la «ignorancia especificada» y las «consecuencias no previstas de la acción intencionada». Todos ellos comparten un tema en común y un estilo particular. El tema común es la defensa de los procesos de investigación científica y de sus productos. Merton era muy consciente de que las innovaciones científicas, una vez que se desarrollan, adquieren las características de un bien público. Y como tales bienes públicos, se pueden usar de manera provechosa, se pueden malograr o in-

1 Texto publicado originalmente como capítulo en Calhoun, C. (Ed.) (2010). *Robert K. Merton: Sociology of Science and Sociology as Science*, Columbia University Press, pp. 32-53.

2 N. de T. El concepto inglés de *adumbration* presenta algunos problemas de traducción al español para capturar el significado que le atribuyen tanto el autor de este texto como Robert Merton, del que se toma la referencia. De hecho, el propio Merton emplea algunas variaciones, entre ellas: «esbozo» en alguna de sus acepciones en inglés (*outline*), «revelaciones parciales», «anticipaciones» o «anticipacionismo». «Adumbración» parece ser la opción más consistente referida a las críticas que tratan de minusvalorar la descripción novedosa de un hecho social realizada por un autor, aduciendo a que alguien en el pasado ya hizo un bosquejo o una representación de lo mismo. A lo largo del texto se utilizan variaciones, como esbozado y esbozamiento, aunque se ha procurado consistencia.

cluso ignorar aduciendo que no son «nuevos». Esta última es la falacia de la «adumbración» que Merton criticó a lo largo de su carrera, junto a otras trampas conceptuales relacionadas.

El estilo común es la elaboración de ideas tan claras que, una vez saltan al público, parecen obvias. Ejemplos de ello son «la profecía autocumplida» y la «tipología de la acción social», ambos aparecidos en el texto *Social Structure and Anomie*, traducido al español bajo el título *Estructura social y anomia*. Esta cualidad provoca el rechazo de dichas ideas por quienes no las han descubierto, junto a su incorporación al discurso público, descuidando así las fuentes originales. El proceso descrito también tiene consecuencias para el estatus de bien público de las innovaciones sociológicas.

El hilo que une a Merton y a Weber se ve claramente en sus sospechas comunes sobre las leyes universales y las grandes teorías, así como en la similitud de las alternativas teóricas que proponen: «tipos ideales» en el caso de Weber y «teorías de alcance intermedio» en el de Merton. Las afinidades no se quedan ahí, sino que también pueden encontrarse en sus críticas paralelas a los modelos racionalistas de la sociedad y en su búsqueda común de las consecuencias inesperadas que surgen de la acción supuestamente racional. La tradición «weberiano-mertoniana» estableció un punto de vista sociológico distintivo, resistente a los grandes proyectos, y receptivo hacia tres elementos importantes: las investigaciones situadas históricamente, las explicaciones delimitadas causalmente y la sorprendente complejidad de las interacciones humanas:

El rol básico de la investigación empírica diseñada para «establecer» los fenómenos se rebaja en ocasiones a «mero empirismo». Sin embargo, sabemos que los pseudo-hechos tienen una tendencia a generar pseudo-problemas que no pueden resolverse porque las cosas no son lo que parecen...

La principal pregunta... «¿esto es realmente así?» vale tanto para las particularidades históricas como para las generalizaciones sociológicas. Las expectativas teóricas firmes, o bien las inducidas ideológicamente, pueden llevar a que se perciban como «hechos» históricos y sociales, incluso cuando son fácilmente refutables (Merton, 1987, p. 4; las comillas se han mantenido como en el original).

Este pasaje procede de uno de los últimos escritos de Robert Merton, *Three Fragments from a Sociologist's Notebook* (1987). Uno de los tres fragmentos conmina a los sociólogos a «establecer el fenómeno» antes de investigar sus características y sus causas. *Prima facie*, la advertencia parece redundante:

¿cómo va alguien a estudiar algo que no existe o que es simplemente una invención? Sin embargo, si reflexionamos, podemos entender tanto la pertinencia de la advertencia como su complejidad. Establecer un fenómeno requiere realmente dos operaciones diferentes. En primer lugar, hay que averiguar si algo existe empíricamente. En segundo lugar, hay que definirlo de forma lo suficientemente clara, y con términos lo bastante precisos, para que pueda emplearse en el desarrollo teórico y en la investigación empírica.

En cuanto a la primera cuestión, parecería imposible pensar que se ha invertido tiempo y esfuerzo en escribir sobre un fenómeno de existencia cuestionable. Pero realmente esto ocurre constantemente. Los intelectuales, entre los que se incluyen los sociólogos, tienen una cierta inclinación a seguir este camino. Tomemos, por ejemplo, el concepto de «posmodernismo». Se han escrito ríos de tinta respecto a este fenómeno sin que nadie haya demostrado que verdaderamente existe. Es decir, parece haber personas y grupos que van por la vida «desilusionados con el mundo», rechazando las «grandes narrativas» y resistiéndose a cualquier cosa que huela a racionalidad «medios-fines». Fue suficiente con que algunos intelectuales franceses y estadounidenses proclamaran que «estamos viviendo en la era pos-moderna» para que otros se unieran a este llamamiento y comenzaran a entretejer un fenómeno cuya existencia es cuestionable (véanse, por ejemplo, Jameson, 1984; Baudrillard, 1988).

Los ejemplos son múltiples. Consideremos la multitud de conceptos asociados con el psicoanálisis de Freud: el «ello», el «complejo de Edipo», la «pulsión de muerte» (o *Tánatos*), la «teoría de la represión», «el inconsciente», etc. Se han escrito verdaderas bibliotecas sobre estos y otros conceptos relacionados, que eventualmente se demostraron de dudosa realidad al confrontarlos con la evidencia empírica rigurosa. No es casualidad que los beneficios de los tratamientos terapéuticos basados en este marco teórico también fueran de dudosa efectividad (Bachrach, 1965; Wolpe y Lazarus, 1967). Si tenemos en cuenta estas experiencias, «establecer el fenómeno» se convierte en una advertencia muy apropiada para los sociólogos que andan siempre buscando la última novedad intelectual.

La segunda operación está muy relacionada con la primera. Si un fenómeno se describe rigurosamente, puede establecerse rápidamente si es real o no. Una razón que permitió al «pos-modernismo» continuar su camino sin ser criticado en muchos campos fue que podía ser casi cualquier cosa y, por tanto, cualquier evidencia anecdótica serviría para ilustrar su existencia. Si se hubiera definido de forma concreta, sus características habrían sido identificadas como imaginarias, como un extravagante trabajo de artesa-

nía intelectual. Incluso cuando la existencia de un fenómeno puede demostrarse de forma incuestionable, es necesario definirlo rigurosamente para evitar futuras confusiones y extensiones conceptuales no deseadas.

Además de tener una demostrable afición hacia las construcciones imaginarias, los intelectuales en general, y los sociólogos en particular, tienden a apropiarse de conceptos populares en un momento dado, y luego a aplicarlos de distintas formas, con lo que el significado se estira hasta llegar a ser irreconocible al final del proceso. En la era contemporánea, varios conceptos valiosos han sufrido este destino. Consideremos «capital social». Tras ser definido inicialmente de una forma muy clara por Pierre Bourdieu (1979, 1980)³, el concepto se ha extendido de tal manera que su significado poco se parece ya a su formulación original. En una versión (Coleman, 1988) se convierte en una herramienta de control social y de aplicación rigurosa de las normas; en otra (Putnam 2000) se transforma en un «espíritu cívico» que incluye la habilidad de ser «puente» hacia otros grupos distintos al propio. Actualmente se emplean más tiempo y más páginas en debatir lo que es el capital social que en investigar el fenómeno tal y como lo entendía la definición concisa original.

Como segundo ejemplo, consideremos el concepto de «institución». Desde que el premio nobel Douglass North lo resucitó, este concepto ha entrado en la economía del desarrollo y en la sociología económica como un huracán, hasta el punto de que representantes de ambas disciplinas llegan a afirmar que «todos somos institucionalistas ahora» (Hodgson, 2002; Nee, 2005; Roland, 2004). Gracias a las investigaciones históricas y a la teoría sociológica, los sociólogos saben que las instituciones existen. El problema es identificar qué son realmente y cómo se diferencian de otros elementos de la vida social. Con el entusiasmo por el «giro institucional» (Evans, 2004), los sociólogos han llevado el concepto por distintos caminos hasta el punto de que hoy puede significar casi cualquier cosa, desde las normas culturales de reciprocidad hasta las leyes de la propiedad, pasando por el banco central de un país. En este proceso, el valor heurístico del concepto se disipa y amenaza con tomar el mismo camino que sufrieron otras ideas que en un principio parecían prometedoras y actualmente casi se han olvidado. «Grupo de referencia», «inconsistencia de estatus» y «dependencia» son solo algunos de los conceptos que han tomado esta triste ruta.

3 N. de T. Pierre Bourdieu suele definir el capital social como «la acumulación de recursos reales o potenciales que están unidos a la posición de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas de reconocimiento mutuo» (Bourdieu, 1980, p. 3).

El valor del texto de Merton resulta claro, pero aquí quiero resaltar otra característica que no ha recibido la atención que merece. Es la siguiente: una vez que un determinado hecho se ha nombrado y descrito, el asunto al que se refiere se hace evidente. Cuando Merton declaró que, para estudiar un fenómeno, primero es preciso establecerlo, el argumento podría parecer a algunos casi una tautología. Este es un rasgo distintivo de la obra de Merton: la elaboración de ideas de tal transparencia y claridad que, una vez formuladas, parecen obvias a los demás, casi un lugar común. La característica mencionada no solo es importante para reconocer el legado de Merton, sino para el presente y el futuro de la sociología como disciplina. Los siguientes epígrafes muestran ejemplos adicionales y exploran sus implicaciones.

LO OBVIO EN MERTON

Con el título de *Social Structure and Anomie*, Merton (1968a) desarrolló una tipología cristalina que ha sido famosa hasta nuestros días⁴. Los elementos constitutivos son realmente simples: en primer lugar, se empieza por lo que la gente quiere, algo a lo que Merton llama «objetivos culturalmente definidos»; a continuación, se sigue con las formas aprobadas o legitimadas para conseguir estos objetivos, a lo que llama «medios legítimos»; por último, ambas cosas se entrecruzan. Rápidamente se obtiene una tipología exhaustiva de «conformidad», «innovación» y «desviación», cuyos elementos son tan evidentes como irrefutables. Una vez que la tipología llegó al dominio público, la pregunta que surgió de forma natural fue: ¿cómo podría ser de otra forma? Pero ni la idea básica ni su utilidad durante las décadas siguientes habrían sido posibles sin la formulación inicial.

Otra característica de las contribuciones teóricas de Merton es que han generado pocos opositores. No hay «antimertonianos», como sí es posible encontrar «antiparsonianos» o «antimarxistas». La razón, según supongo, es que el conjunto de conceptos, tipologías y teorías que Merton nos dejó poseen uniformemente una transparencia casi obvia cuando se desarrollan. Recuerdo el «Teorema de Thomas», «las consecuencias imprevistas de la acción intencional» y «la profecía autocumplida», al igual que muchos otros ejemplos.

Por otra parte, la acusación crítica de que los procesos capturados por estos conceptos y otros similares son evidentes ha ocupado a la disciplina durante mucho tiempo. Las contribuciones más importantes, empezando con los

4 N. del T. El esquema de la tipología se incluye en la Introducción de este libro, página 21.

clásicos, han sido generalmente desdeñadas con el comentario de que la sociología es una elaboración casi dolorosa de lo obvio. Esta afirmación siempre se ha realizado *post factum*, es decir, una vez que el concepto o la teoría se han desarrollado y explicado. Denota una debilidad de la disciplina que dura hasta nuestros días: su incapacidad para reclamar como suyas, o para mantener algún derecho de propiedad, sobre las contribuciones científicas e intelectuales de los últimos doscientos años. Igual que un medicamento efervescente en un vaso de agua, estas ideas se han disuelto rápidamente en la manera de pensar del público en general, dejando poco tras de sí. «Carisma», «conciencia de clase», «grupos de referencia», «profecía autocumplida», «redes sociales» y «grupo focal» son solo algunos términos que hoy se han difuminado en el discurso común sin mencionar apenas la disciplina de la que provienen.

LA ADUMBRACIÓN

Quizá Merton tenía en mente algunos de estos aspectos cuando decidió dedicar a la falacia de la adumbración buena parte del primer capítulo del libro *Social Theory and Social Structure* (traducido como *Teoría social y estructuras sociales*). Cuando alguien lo utiliza con intención crítica, la adumbración no es lo mismo que la desaparición de ideas científicas en el discurso común, sino que representa una forma paralela de devaluar estas ideas. En otras palabras, es una forma de quitarle importancia a los descubrimientos empíricos o al avance teórico, no porque sean obvios, sino por no ser nuevos. Merton utiliza como referente en este capítulo el comentario de Alfred North Whitehead:

Pero llegar muy cerca de una verdadera teoría y percatarse de su aplicación precisa son dos cosas muy diferentes. Todo lo importante ha sido dicho antes por alguien que no lo descubrió (citado en Merton, 1968b, p. 1).

Este es, de hecho, el caso del escritor argentino Jorge Luis Borges, quien, en un contexto diferente (1962), apuntó que los escritores crean sus propios precursores: cuando una novela o un poema captan la atención generalizada del público, muchos académicos y críticos se encargan de analizar precedentes y obras paralelas a lo largo de los siglos. La falacia de la adumbración es incluso más insidiosa porque consiste en negar el valor de un descubrimiento empírico o de una innovación conceptual, correlacionándolo con aproximaciones o similitudes en el pasado. No es una tarea complicada, pero sus consecuencias, al igual que las de la acusación de obviedad, pueden ser serias:

[...] Lo que es más común es que una idea esté formulada de manera definitiva y categórica hasta un grado en el que los autores contemporáneos no pueden pasarla por alto. Entonces es fácil encontrar anticipaciones, o esbozamientos, de esta idea (Merton, 1968b, p. 6).

La simplicidad del ejercicio es inconmensurable frente a la confusión intelectual que puede causar, al menos a corto plazo. William James, una víctima frecuente de la adumbración, mencionó «las etapas clásicas que atraviesa una teoría: primero se la tacha de absurda; luego, cuando se admite como verdadera, se considera obvia e insignificante; finalmente, se la considera tan importante que los adversarios afirman haberla descubierto ellos mismos» (James, 1907, p. 198; citado en Merton, 1968b, p. 22).

Este último fragmento combina la acusación de obviedad con una forma extrema de la adumbración: concretamente, cuando el crítico afirma haber hecho el descubrimiento original. Merton luchó contra la adumbración presumiblemente por dos motivos: primero, porque él mismo había sido víctima de estas prácticas al comienzo de su carrera; segundo, y el más importante, porque en su vida emprendió una cruzada para defender y proteger el valor de las ideas científicas y las innovaciones intelectuales frente a sus detractores. El autor comprendió que los conceptos y los descubrimientos científicos, una vez formulados, se convierten en un bien público que cualquiera puede emplear o disfrutar. Por eso, pueden desestimarse como «obvios» cuando nadie los había reconocido antes. Se pueden disolver en la mente colectiva sin dejar rastro de la disciplina que los originó o, alternativamente, se pueden atribuir a otra persona que no hizo nada por descubrirlos.

Cuando se enfrentan a estos peligros, los científicos y los innovadores intelectuales tienen poco que hacer. Las negaciones o reafirmaciones de autoría acaban siendo contraproducentes. El único recurso efectivo es que el colectivo de intelectuales posea una formación suficiente para reconocer estos errores. Esta fue la hazaña a la que Merton dedicó el primer capítulo de *Social Theory*, así como muchos textos posteriores. En su desarrollo, el autor no dudó en apreciar cómo incluso sus propios mentores habían pecado de las mismas equivocaciones. Tomemos, por ejemplo, su cita sobre Sorokin atacando al materialismo dialéctico de Marx y Engels:

Primero, desde el punto de vista puramente científico, no hay nada en su teoría que no hubiera sido dicho por autores anteriores; segundo, lo que es realmente original está lejos de ser científico; tercero, el único mérito de la teoría es que, en cierto modo, y de manera más intensa y exagerada, generalizó ideas que habían sido expuestas antes de la época de Marx (Sorokin, 1928, p. 545; citado en Merton, 1968b, p. 26).

LOS «TIPOS IDEALES» Y EL «ALCANCE INTERMEDIO»

La defensa del valor de las ideas científicas de Merton se extiende más allá de las críticas sobre los temas ficticios o la falacia de la adumbración. El siguiente paso fue notable por su audacia. En el momento de su formulación, la sociología estaba dominada por la ambición de construir teorías de gran alcance. Igual que la antropología había hecho en su momento, cualquier sociólogo que se preciara de tal había intentado construir un sistema intelectual que lo abarcara todo, en el que las palabras «sistema», «leyes» y «ciencia» se entremezclan por doquier. Estos esfuerzos fueron numerosos y sin duda no se limitaron al «materialismo científico» de Marx o al «evolucionismo» de Spencer. Desde el alemán Tönnies, pasando por el francés Cuvillier, los estadounidenses Sumner, Cooley y MacIver, hasta el ruso Sorokin, todos intentaron llevar a cabo esta meta (Bogardus, 1940; Collins, 1994).

A mediados del siglo XX, la principal síntesis teórica en sociología era el funcionalismo estructural, siendo su indiscutible creador y referente Talcott Parsons. Desviarse de esa ortodoxia no fue fácil. Uno de los mayores méritos de Merton consistió en señalar que estos «sistemas», como productos intelectuales, no hacían avanzar la ciencia porque se convertían en narrativas circulares y autorreferenciales a un elevado nivel de abstracción. Derivar proposiciones que puedan comprobarse empíricamente es una tarea difícil a partir de estos sistemas y es aún más complejo derivar de ellos evidencias científicas con las que fundamentarlos. La crítica más importante es que los grandes sistemas fomentan el pensamiento deductivo en lugar del inductivo. Los discípulos bien versados en cada una de estas «escuelas de pensamiento» pueden explicar prácticamente cualquier cosa sin necesidad de estudios empíricos debido a que las pueden deducir de principios generales y algunos ejemplos anecdóticos. Con este modo de proceder, cualquiera podía escribir un discurso presidencial sobre el origen de las especies o sobre el estado de la sociedad moderna en poco tiempo y con la apariencia de rigurosidad científica (Harris, 1968, p. 260; Collins, 1994, pp. 196-197).

Boas ya había señalado en el ámbito de la antropología que estos sistemas no eran ciencia, sino una forma refinada de charlatanería. Por ello, se manifestó en contra de la «síntesis evolucionista» de Spencer que dominaba entonces su disciplina (Harris, 1968; Barrett, 1984). Por respeto a sus mentores, Merton intentó fomentar un enfoque de alcance intermedio, argumentando que los conceptos y teorías con menor nivel de abstracción eran más útiles en el estado de desarrollo de la disciplina en ese momento y que, además, eran un paso previo a la construcción de cualquier sistema

general. Vio claramente que la sociología, bajo el yugo del funcionalismo estructural, al igual que la antropología bajo el control del evolucionismo de Spencer, no iban a ninguna parte (Merton, 1968c).

Con el pasar de los años, y en una atmósfera libre de la coacción de aquellas grandes síntesis, podemos afirmar que el «alcance intermedio» es todo lo que se puede realmente conseguir. No es posible llegar a una «síntesis final» a través de una teoría de alcance intermedio, puesto que esta síntesis nunca llegará a ocurrir y, si lo hace, solo repetiría los errores del pasado. En cambio, a nivel intermedio, la teoría sí puede emplearse de manera fructífera, ya que entra en diálogo con los datos empíricos, los organiza y se adapta a ellos. Hoy en día, la sociología no dispone de un gran sistema teórico; sin embargo, posee una multitud de teorías de alcance intermedio que se ocupan de aspectos concretos de la realidad social: desigualdad socioeconómica, organizaciones, crímenes, pobreza, adquisición de estatus, identidades étnicas, arte y formas culturales, comportamiento económico e inmigración, entre otros. Es en estos temas en los que se consigue el progreso, lo cual encaja a la perfección con la perspectiva de Merton.

Tal perspectiva ya tenía un precedente importante. En su ensayo metodológico *Objectivity in the Social Sciences*, Max Weber dijo lo siguiente sobre los intentos de construir grandes leyes universales:

Las leyes son importantes y tienen valor en las ciencias naturales exactas, en la medida en que estas ciencias son universalmente válidas. En cambio, para el conocimiento de fenómenos sociales concretos, las leyes generales, debido a que apenas tienen contenido, son las menos valiosas. Cuanto más amplia sea la validez o espectro de un concepto, más nos separa de la riqueza de la realidad. Para incluir los elementos comunes en la mayor cantidad posible de fenómenos, el término debe ser lo más abstracto posible, y, por tanto, vacío de contenido ([1904] 1949, p. 80).

Dicho de otra forma, las leyes universales, o las grandes teorías, se convierten inexorablemente en verdades vacías que pueden aplicarse a una multitud de elementos y a ninguno en particular. Podemos afirmar rotundamente que «el cambio social ocurre a través del contrapunto entre la diferenciación y la integración», o que «la sociedad es un sistema en equilibrio en el que las perturbaciones de una parte requieren un ajuste de contrapeso en las demás», sin miedo a que nos contradigan. El nivel de abstracción de estas afirmaciones las protege de posibles negaciones a costa de, en palabras de Weber, estar «vacías» por dentro.

En lugar de leyes universales, Weber propuso los tipos ideales:

Un tipo ideal se compone de la acentuación unilateral de uno o más puntos de vista, y de la síntesis de elementos discretos, más o menos presentes en *fenómenos individuales concretos*. Tiene el significado de un concepto puramente *limitante*, con el que una situación o acción real se compara y analiza para explicar un conjunto de componentes importantes ([1904] 1949, pp. 90 y 93; la cursiva se ha mantenido como en el original).

Los tipos ideales son conceptos creados durante la investigación para explicar ciertos fenómenos. No se explicitan en hipótesis, sino que, de forma implícita, contienen la afirmación de que un proceso en particular, o una serie de eventos, van de la mano y forman un todo complejo. Así, el tipo ideal de «burocracia» une una serie de variables como el reclutamiento y la promoción basados en la meritocracia, una clara separación entre los roles personales y profesionales, la impersonalidad y el universalismo (Weber, [1922] 1947; Bendix, 1962). El investigador contrasta el tipo ideal con una realidad social concreta para averiguar cómo se compara, refleja y diferencia del constructo ideal. El diálogo entre lo conceptual y lo empírico lleva a una «clarificación» de la estructura y las dinámicas de un fenómeno particular, y a una modificación del tipo ideal que responde a nuevas características del fenómeno no descubiertas con anterioridad (Weber, [1904] 1949; Bendix, 1962).

Los tipos ideales y las teorías de alcance intermedio van de la mano. Los primeros son una formulación previa de la misma idea en un contexto intelectual diferente. Tanto Weber como Merton aseguraron que estos conceptos se construyen de forma inductiva desde la observación empírica. Después se aplican a otros fenómenos aparentemente similares para clarificarlos y, en el proceso, comprobar la validez del concepto. El origen inductivo de la teoría y su permeabilidad a la nueva evidencia empírica es lo que marca la diferencia respecto a las leyes universales y las «grandes teorías» que ambos autores criticaron.

Mientras que Merton tenía el sistema de Parsons en mente cuando escribió su ensayo, Weber pensaba en Marx. Weber utilizó la evolución intelectual del materialismo científico para hacer una segunda crítica fundamental sobre los obstáculos de los marcos intelectuales globales, es decir, sobre su casi inexorable tendencia a perder de vista el carácter de los conceptos y las teorías como mecanismos heurísticos, convirtiéndolos en sustitutos de la realidad:

Sin embargo, nada es más peligroso que confundir la teoría con la historia... Esa confusión se expresa en un primer momento bajo la creencia de que el contenido «real» y la esencia de la realidad histórica se representan en los conceptos teóricos; en un segundo lugar, en el uso de estos conceptos como una Cama de Procasto en la que la historia debe encajar; o, en tercer lugar, en la hipostatización de estas «ideas» como fuerzas reales ([1904] 1949, p. 94; las comillas se han mantenido como en el texto original).

Es un rasgo humano comprensible que los constructores de sistemas, enamorados de sus propias ideas, consideren que son equivalentes a la realidad. Esto lleva, inevitablemente, a un razonamiento deductivo y a descartar toda la evidencia contraria. Por ello, la aproximación de alcance intermedio es crucial. Weber y Merton piensan igual no solo en la percepción del carácter de los conceptos científicos como instrumentos heurísticos mutables, sino también en su defensa del valor de tales conceptos, amenazados tanto por la adumbración como por la reificación. Supongo que Merton estaría totalmente de acuerdo con el siguiente comentario:

Todas las «leyes» sociológicas marxistas y el desarrollo de conceptos aliados... son tipos ideales. La relevancia eminente y *heurística-mente* única de estos tipos ideales, cuando se emplean para evaluar la realidad, es un hecho, conocido por todo aquel que haya usado conceptos e hipótesis marxistas. Del mismo modo, también se sabe que se convierten en perniciosos en cuanto se consideran válidos empíricamente, o tan reales como si fueran «fuerzas efectivas» (Weber, [1904] 1949, p. 103; las comillas y las cursivas se han mantenido como en el original).

IGNORANCIA ESPECIFICADA

En nuestro sistema de valores el conocimiento se considera un bien y su adquisición se premia, mientras que la ignorancia se tiende a evitar. En cambio, en la vida real, en algunas ocasiones, lo que no se sabe puede hacer avanzar el conocimiento. Como la información es algo valioso, dificultar el acceso a otros es lo que permite al poseedor usarla para su propio beneficio o para obtener ventajas personales. Cuando hace falta contratar a otros para utilizar información valiosa, debe compartimentarse para evitar la competencia. Esta es la razón básica de que el conocimiento se centralice en los niveles más altos de los equipos de dirección de las empresas (Edwards, 1979; Harrison y Bluestone, 1988).

Las comunidades de campesinos solían trabajar y vivir con cierta paz y tranquilidad hasta que la llegada de los medios de comunicación hizo posible que conocieran los estilos de vida del mundo desarrollado, provocando sentimientos de «deprivación relativa». Esto suele ir seguido de grandes procesos migratorios (Stark, 1984; Massey, Durand y Malone, 2002). En general, las élites se benefician de mantener sus privilegios lejos de la vista de las masas. El conocimiento generalizado de estos privilegios provoca envidias y puede, dependiendo de las circunstancias, provocar estados de inestabilidad y conflicto.

La ignorancia no es solo un beneficio para los grupos dominantes que pretenden preservar sus privilegios. En otros contextos, también puede ser útil para los menos agraciados. El psicólogo Claude Steele ha demostrado la existencia de las «amenazas de los estereotipos» entre minorías de estudiantes, especialmente entre los afroamericanos. Cuando saben que «otros» los ven como inferiores, en los exámenes estandarizados obtienen peores resultados de lo que se podría esperar (Steele, 1997). Por el contrario, los estudiantes inmigrantes, especialmente los que han sido criados en enclaves étnicos, suelen obtener mejores resultados porque no son conscientes o ignoran las manifestaciones de prejuicios contra ellos (Zhou y Bankston, 1996, 1998; Perez, 2001; Portes y Schafer, 2007). En este caso, la ignorancia sobre las opiniones y actitudes en su contexto inmediato supone una ventaja.

Los ejemplos sobre las funciones sociales de la ignorancia son múltiples, aunque ahora no es necesario exponer más sobre ellas. Los sociólogos Wilbert Moore y Melvin Tumin ya compilaron en 1949 un catálogo de estos casos. Su ensayo, con el mismo título que este apartado, realiza un análisis de un fenómeno generalizado tal y como se apreciaba cuando el funcionalismo estructural era el paradigma dominante en la sociología estadounidense. Desde la preocupación primordial de esta escuela por el equilibrio social, había mucho que resaltar sobre el valor de la ignorancia de los hechos en una serie de ámbitos y segmentos de la vida (Moore y Tumin, 1949).

La ignorancia también tiene una función en la ciencia. Si el objetivo es la adquisición de nuevo conocimiento, un primer prerequisite es adoptar una visión escéptica sobre las explicaciones tradicionales y de sentido común. Si este es el caso en las ciencias naturales, mucho más significativo resulta en las ciencias sociales, donde existen explicaciones populares sobre prácticamente cualquier evento o fenómeno. Es otro ejemplo donde lo «obvio» se vuelve sospechoso y la misión de la ciencia se convierte en una estudiada ignorancia de tales relatos para abordar el fenómeno desde una nueva perspectiva. Esta fue, de hecho, la primera regla del método

sociológico de Durkheim: los fenómenos sociales deben tratarse de forma objetiva, como «cosas» y sin prejuicios ([1893] 1984). Aunque se trata de una tarea compleja, tal y como Weber apuntó en su propia obra *Methodology of the Social Sciences* ([1904] 1949), sigue siendo cierto que un enfoque de escepticismo deliberado, que se resista a las explicaciones simples, es apropiado para investigar los procesos del mundo social.

Esta idea ha sido defendida por una larga lista de prominentes científicos, tanto en las ciencias naturales como en las sociales, hasta el punto de que la confesión abierta de ignorancia se ha convertido en un valor e, incluso, en una marca de distinción científica. Merton cita el epigrama de Laplace: «Lo que sabemos es poco, lo que no sabemos es inmenso» (1987, p. 7). Aun así, esta confesión de ignorancia generalizada no nos lleva muy lejos. Es mucho más rica la ignorancia que surge a partir del conocimiento. De hecho, cada descubrimiento empírico o teórico lleva a que se formulen nuevas preguntas concretas. Es lo que Merton denomina «ignorancia especificada»:

El aumento del conocimiento y la comprensión de los hechos en un campo de investigación trae consigo el aumento de una *ignorancia especificada y concreta*: una nueva conciencia de lo que aún no se sabe o no se comprende, y una justificación de que vale la pena conocerlo. Hasta el punto de que los marcos teóricos actuales se muestran desiguales a la hora de tratar una nueva pregunta emergente, y ahí surge una situación... una presión para que se cree un marco teórico nuevo o revisado (1981, pp. v-vi).

Consideremos, por ejemplo, el concepto de «informalidad» o «economía informal». Una vez que se dio por hecho que un número sustancial de trabajadores y autónomos trabajaban total o parcialmente fuera del marco legal, la siguiente pregunta lógica era cómo se desarrollaban estos trabajos y cuáles eran sus consecuencias. En un primer momento, la interpretación de sentido común era que la gente que trabajaba de manera informal lo hacía porque no había trabajos normales disponibles. Así, la informalidad se igualó a la marginalidad económica y a la pobreza. Esta interpretación inicial se desarrolló sin una investigación de primera mano sobre el fenómeno (Nun, 1969; Tokman, 1982).

Posteriormente se descubrió que los trabajadores autónomos informales ganaban de media más que los trabajadores asalariados en muchos países y que sus actividades no eran para nada «marginales», sino que se conectaban de distintas formas con el sector legal (Lomnitz, 1977; Portes y Schaufli, 1993; Cappecchi, 1989). Estas conexiones incluían el suministro de bienes y servicios a los trabajadores asalariados y a las empresas, de forma

directa o a través de subcontratos. Descubrimientos empíricos como estos llevaron a reformular la teoría de tal manera que la informalidad se definió como una forma de incrementar la flexibilidad y reducir los costes de trabajo y las regulaciones por parte de los actores corporativos y las grandes empresas. Mientras que los trabajadores informales en el nivel más inferior podían ser explotados, los intermediarios (p. ej., autónomos informales) podían ganar un buen ingreso, obtenido a fuerza de trabajo informal, lo que terminaba beneficiando a poderosos intereses económicos (Birbeck, 1979; Portes y Sassen-Koob, 1987).

La teoría también explicaba por qué las actividades informales se encontraban tanto en las economías menos desarrolladas como en las más avanzadas, y por qué no hacían más que crecer en algunos países del primer mundo: las presiones de la competencia y la búsqueda de flexibilidad llevó a una serie de empresas de estos países a cerrar fábricas y deshacerse de la mano de obra protegida, para subcontratar luego la producción de bienes y servicios a intermediarios que, a su vez, recurrían a mano de obra informal. Siguiendo esta tendencia, el trabajo de las costureras en talleres clandestinos, los trabajadores temporales de la construcción, los basureros y encargados del reciclaje, los ensambladores de aparatos electrónicos por piezas y los trabajadores de todo tipo de hogares, acabaron contribuyendo a las ganancias de grandes empresas en los centros del capitalismo (Castells y Portes, 1989; Sassen, 1988).

El mismo desarrollo ocurrió con las consecuencias de la informalidad. La presunción de sentido común inicial era que este tipo de trabajo era un mecanismo de supervivencia que condenaba a los trabajadores a la pobreza. Investigaciones posteriores demostraron que no solo podía irle bien económicamente a un autónomo informal, sino que, en ciertas ocasiones, comunidades enteras de artesanos y trabajadores podían prosperar compitiendo de manera efectiva con las grandes empresas. Esto podía ocurrir cuando los niveles de solidaridad limitada y confianza (p. ej., el capital social de acuerdo con Bourdieu) eran lo suficientemente altos como para generar colaboraciones productivas y para acceder a mercados y capital que, de otra manera, no existirían. El famoso distrito industrial de Emilia-Romaña en el centro de Italia y el origen del enclave cubano en la economía de Miami resultaron ejemplos de estas «economías de crecimiento informal» (Cappuchi, 1989; Brusco, 1982; Portes y Stepick, 1993).

Me he extendido en este caso porque la evolución teórica de la «economía informal» aporta una serie de elementos para evidenciar todas las trampas y obstáculos sobre el avance de la ciencia identificado por Merton en sus reflexiones. Minusvalorada por algunos como inexistente y superva-

lorada por otros como omnipresente, se demostró que la economía informal era un fenómeno real. Aceptar esto llevó, por su parte, a preguntas sobre sus orígenes y sus efectos sociales y económicos. Para algunos autores, las respuestas eran obvias y la ausencia de «ignorancia especificada» produjo una serie de conclusiones erróneas. En cambio, los sociólogos y economistas más precavidos admitieron que no tenían todas las respuestas y se pusieron a trabajar para recoger pruebas adicionales de primera mano sobre cada pregunta. Los resultados de este esfuerzo condujeron a sorpresas que obligaron a reformular toda la teoría. Esta reformulación aclaró las dinámicas reales de la informalidad y el papel significativo que, aunque encubierto, ha tenido en los procesos de acumulación de capital a nivel global.

LO RACIONAL Y LO INESPERADO

A pesar de los fracasos del pasado, los intentos de construir grandes narrativas sobre la sociedad basándose en unos pocos principios fundamentales continúan hasta nuestros días. El último conjunto de principios fundamentales proviene de la economía. Consiste en una serie de supuestos sobre el comportamiento racional, basado en un cálculo deliberado e individualista de costes y beneficios. El objetivo de reconstruir tanto la sociedad como la teoría sociológica siguiendo un proyecto racional tiene dos facetas: primero, la creencia de que la mayoría de las acciones sociales y económicas pueden explicarse a través de cálculos individualistas; segundo, una estructura de medios-fines en la que los objetivos explícitos se logran a través de una selección deliberada de los medios (Becker, 1976; Hechter, 1987; Coleman, 1994).

Para los partidarios de la teoría de la acción racional, la idea de que la mayor parte de la vida social puede explicarse a través de acciones intencionalmente calculadas parece obvia. Los economistas que lucharon por extender el paradigma del coste-beneficio hacia áreas anteriormente reservadas para otras ciencias sociales no se anduvieron con rodeos:

De hecho, he llegado a la conclusión de que el enfoque económico es comprensivo porque puede aplicarse a todos los comportamientos humanos. No quiero suavizar el impacto de lo que he dicho con el objetivo de aumentar su aceptabilidad a corto plazo. Lo que digo es que el enfoque económico aporta un marco valioso y unificado para comprender la totalidad del comportamiento humano (Becker, 1976, pp. 8 y 14).

Aun así, y en contra de los descubrimientos mertonianos, esta es una afirmación en la que lo obvio no resulta ser tan claro. La subdisciplina conocida como «economía del comportamiento» hizo notar que el supuesto de la maximización individualista resultaba ser, en muchos casos, falso. En una serie de experimentos brillantes, los psicólogos Tverski y Kahneman (1974, 1981) socavaron los fundamentos del paradigma racionalista al nivel de las elecciones personales y las interacciones cara a cara (Frank, 1990). La crítica sociológica del paradigma racionalista medios-fines tiene su fundamentación moderna en el propio Merton. En un artículo publicado en el primer número de la *American Sociological Review*, el autor no solo anticipó el surgimiento de la perspectiva economicista en sociología, sino que también aportó un poderoso contraargumento (Merton, 1936).

Como demuestran numerosos ejemplos históricos y contemporáneos, los planes mejor trazados suelen descarrilar porque no tienen, ni pueden tener plenamente en cuenta, la interacción de las fuerzas sociales que influyen en su aplicación. Esto ocurre tanto a nivel individual como colectivo, provocando situaciones en las que la aplicación deliberada y racional de medios produce consecuencias diferentes o incluso opuestas a las previstas. A nivel de la acción colectiva, consideremos las numerosas catástrofes que las políticas del Gobierno Federal estadounidense han causado en su propia sociedad como consecuencia de grandes planes supuestamente racionales. Ejemplos contemporáneos de estas catástrofes incluyen la inmigración, el sistema de salud y la guerra de Irak, entre otros.

La estructura racional de medios-fines de la política migratoria estadounidense consiste en intentar frenar los flujos migratorios ilegales reforzando, e incluso militarizando, la frontera sur. Hoy en día la Patrulla Fronteriza de Estados Unidos es la segunda agencia del Gobierno Federal con mayor número de armas, solo superada por las propias Fuerzas Armadas. Un gasto económico inmenso en dicha política no ha conseguido frenar los flujos ilegales, pero sí ha conseguido mantenerlos bloqueados dentro de los Estados Unidos. Al contrario del patrón anterior de migración cíclica, en el que los trabajadores mexicanos iban y volvían a través de la frontera, los que ahora consiguen cruzar hacia Estados Unidos no vuelven a su país, dada la dificultad de repetir el trayecto (Massey, Durand y Malone, 2002; Portes, 2007). En cambio, lo que hacen es traerse a sus familias. Como consecuencia de esta supuesta política racional, Estados Unidos tiene ahora una población oculta, pobre y vulnerable que llega, se calcula, hasta los 12 millones de personas (Cornelius, 1998; Massey, 2007).

El sistema de salud estadounidense se basa en el argumento racional de que el acceso universal a la sanidad solo incentiva un «parasitismo» masivo, que, a su vez, genera gastos inmensos. Esto se conoce como el síndrome

del «riesgo moral» (Gladwell, 2005; Light, 1992). Para maximizar la calidad de la sanidad, se supone que la forma más eficiente es la de los seguros de salud privados, debido a que motivan a la gente a no usar las instalaciones médicas de forma frívola para que sus pólizas no suban o no pierdan cobertura. Este sistema ha llevado a que más de cuarenta millones de estadounidenses no tengan seguro médico, y ha dado lugar a situaciones en las que enfermar se convierte en una seria amenaza aun para quienes tienen seguro. Por otra parte, el sistema sanitario de Estados Unidos se ha vuelto uno de los más caros y desiguales del mundo desarrollado (Guendelman, Schaufier y Pearl, 2001; Gladwell, 2005; Light, 1992).

No hace falta comentar en detalle los orígenes y las consecuencias de la debacle de Irak. Simplemente, es otro ejemplo de cómo los grandes planes elaborados desde las alturas del poder pueden explotar en la cara de los arquitectos que los han diseñado, debido a que no han tenido en cuenta el papel que juegan los actores participantes y las fuerzas sociales imprevistas. En otro ensayo, incluido también en este libro, he tratado de ampliar la idea central de Merton examinando las distintas formas en que la realidad social puede separarse de los designios intencionados de medios y fines (véase el capítulo 3).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bachrach, A. J. (1965). Some applications of operant conditioning to behavior therapy. En J. Wolpe, A. Salter y J. L. Reyna (Eds.), *The conditioning therapies*. New York: Holt, Rinehart, and Winston.

Barrett, S. R. (1984). *The rebirth of anthropological theory*. Toronto, Canada: University of Toronto Press.

Baudrillard, J. (1988). *The mirror of production*. St. Louis, MO: Telos Press.

Becker, G. (1976). *The economic approach to human behavior*. Chicago, IL: University of Chicago Press.

Bendix, R. (1962). *Max Weber: An intellectual portrait*. Garden City, NY: Anchor Books.

Birbeck, C. (1979). Garbage, industry, and the «vultures» of Cali, Colombia. En R. Bromley y C. Gerry (Eds.), *Casual work and poverty in third world cities* (pp. 161-183). New York: John Wiley.

Bogardus, E. S. (1940). *The development of social thought*. New York: Longmans, Green, and Co.

Borges, J. L. (1962). Kafka and his predecessors. En J. L. Borges (Ed.), *Labyrinths* (pp. 199-201). New York: New Directions Books.

Bourdieu, P. (1979). Les trois états du capital culturel. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 30, 3-6.

Bourdieu, P. (1980). Le capital social: Notes provisoires. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 31, 2-3.

Brusco, S. (1982). The Emilian model: Productive decentralization and social integration. *Cambridge Journal of Economics*, 6(2), 167-184.

Capecchi, V. (1989). The informal economy and the development of flexible specialization. En A. Portes, M. Castells, y L. A. Benton (Eds.), *The informal economy: Studies in advanced and less developed countries* (pp. 189-215). Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.

Castells, M. y Portes, A. (1989). World underneath: The origins, dynamics, and effects of the informal economy. En A. Portes, M. Castells y L. A. Benton (Eds.), *The informal economy: Studies in advanced and less developed countries* (pp. 11-37). Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.

Coleman, J. S. (1988). Social capital in the creation of human capital. *American Journal of Sociology*, 94(Supplement), 95-121.

Coleman, J. S. (1994). A rational choice perspective on economic sociology. En N. J. Smelser y R. Swedberg (Eds.), *Handbook of economic sociology* (pp. 166-180). Princeton, NJ: Princeton University Press-Russell Sage Foundation.

Collins, R. (1994). *Four sociological traditions: Selected readings*. New York: Oxford University Press.

Cornelius, W. A. (1998). Appearances and realities: Controlling illegal immigration in the United States. En M. Weiner y T. Hanami (Eds.), *Temporary workers or future citizens? Japanese and U.S. migration policies* (pp. 384-427). New York: New York University Press.

Durkheim, É. ([1893] 1984). *The division of labor in society*. New York: The Free Press.

Edwards, R. (1979). *Contested terrain: The transformation of the workplace in the twentieth century*. New York: Basic Books.

Evans, P. (2004). The challenges of the «institutional turn»: Interdisciplinary opportunities in development theory. En V. Nee y R. Swedberg (Eds.), *The economic sociology of capitalist institutions*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Gladwell, M. (2005, 29 de agosto). The moral hazard myth. *The New Yorker*, 44-49.

Guendelman, S., Schauffler, H. H. y Pearl, M. (2001). Unfriendly shores: How immigrant children fare in the U.S. system. *Health Affairs*, 20(1), 257-266.

Harris, M. (1968). *The rise of anthropological theory: A history of theories and culture*. New York: Thomas Y. Crowell.

Harrison, B. y Bluestone, B. (1988). *The great U-turn: Corporate restructuring and the polarization of America*. New York: Basic Books.

Hechter, M. (1987). *Principles of group solidarity*. Berkeley, CA: University of California Press.

Hodgson, G. M. (2002). Institutional blindness in modern economics. En J. R. Hollingsworth, K. H. Müller y E. J. Hollingsworth (Eds.), *Advancing socio-economics: An institutionalist perspective* (pp. 147-170). Lanham, MD: Rowman and Littlefield.

James, W. (1907). *Pragmatism: A new name for some old ways of thinking*. New York: Longmans, Green.

Jameson, F. (1984). Postmodernism or the cultural logic of capitalism. *New Left Review*, 146, 53-93.

Light, D. W. (1992). The practice and ethics of risk-rated health insurance. *Journal of the American Medical Association*, 267(17), 2503-2507.

Lomnitz, L. (1977). *Networks and marginality: Life in a Mexican shantytown*. New York: Academic Press.

Massey, D. S. (2007). Borderline madness: America's counterproductive immigration policy. En C. M. Swain (Ed.), *Debating immigration* (pp. 129-138). New York: Cambridge University Press.

Massey, D. S., Durand, J. y Malone, N. J. (2002). *Beyond smoke and mirrors: Mexican immigration in an era of economic integration*. New York: Russell Sage Foundation.

Merton, R. K. (1936). The unanticipated consequences of purposive social action. *American Sociological Review*, 1, 894-904.

Merton, R. K. (1968a). Social structure and anomie. En *Social theory and social structure* (pp. 175-214). New York: The Free Press.

Merton, R. K. (1968b). On the history and systematics of sociological theory. En *Social theory and social structure* (pp. 1-38). New York: The Free Press.

Merton, R. K. (1981). Remarks on theoretical pluralism. En P. M. Blau y R. K. Merton (Eds.), *Continuities in structural inquiry* (pp. 1-7). London: Sage.

Merton, R. K. (1987). Three fragments from a sociologist's notebook: Establishing the phenomenon, specified ignorance, and strategic research materials. *Annual Review of Sociology*, 13, 1-28.

Moore, W. E. y Tumin, M. M. (1949). Some social functions of ignorance. *American Sociological Review*, 14(6), 787-795.

Nee, V. (2005). The new institutionalisms in economics and sociology. En N. J. Smelser y R. Swedberg (Eds.), *The handbook of economic sociology* (2ª ed., pp. 49-74). Princeton, NJ: Princeton University Press-Russell Sage Foundation.

Nun, J. (1969). Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal. *Revista Latinoamericana de Sociología*, 5(2), 178-235.

Perez, L. (2001). Growing up Cuban in Miami: Immigration, the enclave, and new generations. En R. G. Rumbaut y A. Portes (Eds.), *Ethnicities: Children of immigrants in America* (pp. 91-125). Berkeley, CA: University of California Press-Russell Sage Foundation.

Portes, A. (2007). The fence to nowhere: The case for a bilateral labor management program. *The American Prospect*, 18(octubre), 26-29.

Portes, A. y Sassen-Koob, S. (1987). Making it underground: Comparative materials on the informal sector in western market economies. *American Journal of Sociology*, 93(1), 30-61.

Portes, A. y Schauffler, R. (1993). The informal economy in Latin America: Definition, measurement, and policies. *Population and Development Review*, 19(1), 33-60.

Portes, A. y Shafer, S. (2007). Revisiting the enclave hypothesis: Miami twenty-five years later. *Research in the Sociology of Organizations*, 25, 157-190.

Portes, A. y Stepick, A. (1993). *City on the edge: The transformation of Miami*. Berkeley, CA: University of California Press.

Putnam, R. D. (1990). Rethinking rational choice. En R. Friedland y A. F. Robertson (Eds.), *Beyond the marketplace: Rethinking economy and society* (pp. 53-87). New York: Aldine de Gruyter.

Putnam, R. D. (2000). *Bowling alone: The collapse and revival of American community*. New York: Simon and Schuster.

Roland, G. (2004). Understanding institutional change: Fast-moving and slow-moving institutions. *Studies in Comparative International Development*, 38(4), 109-131.

Sassen, S. (1988). *The mobility of labor and capital: A study in international investment and labor flow*. New York: Cambridge University Press.

Sorokin, P. (1928). *Contemporary sociological theories*. New York: Harper.

Stark, O. (1984). Migration decision making. *Journal of Development Economics*, 14(2), 251-259.

Stark, O. (1991). *The migration of labour*. Cambridge, UK: Basil Blackwell.

Steele, C. (1997). A threat in the air: How stereotypes shape the intellectual identities and performance of women and African Americans. *American Psychologist*, 52(6), 613-629.

Tilly, C. (1996). Invisible elbow. *Sociological Forum*, 11(4), 589-601.

Tokman, V. (1982). Unequal development and the absorption of labour: Latin America 1950-1980. *CEPAL Review*, 17, 121-133.

Tversky, A. y Kahneman, D. (1974). Judgment under uncertainty: Heuristics and biases. *Science*, 185(4157), 1124-1131.

Tversky, A. y Kahneman, D. (1981). The framing of decisions and the psychology of choice. *Science*, 211(4481), 453-458.

Weber, M. ([1904] 1949). *The methodology of the social sciences* (E. A. Shils y H. A. Finch, trads.). New York: The Free Press.

Weber, M. ([1922] 1947). Social stratification and class structure. En T. Parsons (Ed.), *The theory of social and economic organization* (pp. 424-429). New York: The Free Press.

Weber, M. ([1930] 1985). *The Protestant ethic and the spirit of capitalism* (T. Parsons, trad.). London: Unwin.

Wolpe, J. y Lazarus, A. A. (1967). *Behavior therapy techniques: A guide to the treatment of neuroses*. New York: Pergamon Press.

Zhou, M. y Bankston, C. N. III (1996). Social capital and the adaptation of the second generation: The case of Vietnamese youth in New Orleans. En A. Portes (Ed.), *The new second generation* (pp. 197-220). New York: Russell Sage Foundation.

Zhou, M. y Bankston, C. N. III (1998). *Growing up American: How Vietnamese immigrants adapt to life in the United States*. New York: Russell Sage Foundation.

LA MIGRACIÓN INTERNACIONAL: UNA VISIÓN GENERAL DE LAS TEORÍAS CONTEMPORÁNEAS¹

No existe una teoría global sobre las migraciones internacionales. Las teorías actuales tienden a centrarse en los trabajadores migrantes manuales. Solo se ocupan parcialmente, o de manera poco sistemática, de los orígenes y de los patrones de asentamiento de los profesionales, los emprendedores y autoempleados y los refugiados. Estas teorías pueden organizarse en cuatro categorías que focalizan en los siguientes aspectos:

- a. Los determinantes en los orígenes de la migración.
- b. Los determinantes en su continuación y direccionalidad.
- c. La utilización o explotación de la mano de obra migrante.
- d. Los patrones de asentamiento y adaptación de los migrantes.

Nuestro objetivo en este capítulo es revisar y evaluar estas aportaciones para mostrar su aplicabilidad a los principales tipos de migraciones que atraen la atención de las ciencias sociales.

¹ Este texto ha sido publicado en inglés como el capítulo 2, «Theoretical overview», de A. Portes y R. Rumbaut, *Immigrant America: A Portrait, Updated and Expanded* (5.ª ed.) (2024), California University Press. Dicho capítulo fue realizado expresamente para esa edición y no se encuentra en ediciones anteriores. Para adaptarlo al formato de este libro, en la traducción se han modificado algunas partes del texto y se han añadido títulos de subsecciones referidas a algunas teorías.

LOS ORÍGENES DE LAS MIGRACIONES

EXPULSIÓN-ATRACCIÓN

El enfoque que más se ha empleado para tratar las causas de la migración es el de las teorías denominadas «expulsión-atracción»². A grandes rasgos, estas teorías consisten en una compilación de factores económicos, sociales y políticos que parecen obligar a los individuos a abandonar su región o país de origen, junto a una lista similar de factores que parecen persuadirlos a que se dirijan a otras zonas. Este enfoque se utiliza *mutatis mutandis* para explicar movimientos migratorios distintos a los relacionados con el trabajo. De este modo, los flujos de refugiados se comparan con los trabajadores migrantes reflejando la mayor importancia que tienen los factores de «empuje» o presión en los refugiados (Zolberg y Suhrke, 1986). Los estudiosos de la emigración profesional han compilado listas de incentivos polarizados, en ocasiones denominados «ventajas diferenciales», con las que explican las causas de «la fuga de cerebros» que se produce en algunos países (Wilson, 1974; Oberoi y Lin, 2006; Straubhaar y Wolburg, 1999).

Estas teorías sobre las migraciones también enfatizan la diferencia entre los incentivos salariales de las regiones que envían emigrantes y que reciben inmigrantes. El concepto de «oferta ilimitada de mano de obra» que se emplea tanto en el análisis de las migraciones nacionales como internacionales se sustenta en que existe un gran diferencial permanente que favorece a las áreas que reciben inmigrantes. Un conocido estudio sobre las migraciones internacionales apunta, por ejemplo, al «suministro ilimitado» de trabajadores que puede comprobarse al ver la facilidad con la que se inician las nuevas oleadas de inmigrantes, casi al mismo tiempo que se reducen los contratos para los trabajadores más mayores. Esta diferencia se atribuye a las grandes ventajas salariales de los países desarrollados frente a los periféricos (Piore, 1979). Que exista un suministro ilimitado de trabajadores sugiere que el origen de los flujos migratorios depende casi exclusivamente de las demandas laborales de las áreas receptoras. Cuando existen estas demandas de trabajo es cuando se produce la emigración. De este modo, estas teorías ponen el foco no en los factores de «empuje», sino en los de «atracción» que ejercen las economías receptoras.

2 N. de T. La traducción habitual utilizada para las teorías *push-pull* es «expulsión-atracción». De manera más coloquial se puede emplear «empujar-tirar». En este contexto, el término *push* suele estar relacionado con presionar u obligar, mientras que *pull* denota algo más positivo, como persuadir, incentivar o convencer.

Esta perspectiva ha sido habitual entre los analistas de la inmigración en Estados Unidos. En un estudio publicado en 1926, H. Jerome declaró que «la «atracción» era más fuerte que la «expulsión», ya que el nivel del flujo migratorio estaba casi siempre dirigido por las condiciones de trabajo en Estados Unidos» (Jerome, 1926). Brinley Thomas, en su estudio sobre la migración transatlántica, adoptó la misma postura. Para Thomas la migración de ultramar desde Europa en el siglo XIX fue acompañada de un aumento sustancioso del flujo de capital en la misma dirección. Existe una correlación dilatada entre los dos movimientos: las inversiones de capital en América del Norte generaron un aumento de la demanda de trabajadores, lo que a su vez estimuló la emigración en los países europeos (Thomas, 1954).

Estas teorías sobre los orígenes de las migraciones presentan varios problemas. Las listas de factores de expulsión y atracción que explican los flujos migratorios se compilan casi invariablemente *post factum*. En raras ocasiones se utilizan para predecir el comienzo de estos movimientos. Las limitaciones de estas teorías se reducen básicamente a su incapacidad para explicar por qué ocurren migraciones grandes desde ciertos países y regiones, y no desde otras áreas con condiciones similares o incluso peores. Los estudios sobre trabajadores inmigrantes indocumentados desde México a Estados Unidos indican, por ejemplo, que el grueso del flujo migratorio se producía, hasta hace poco, en unos pocos estados mexicanos que no son necesariamente los más pobres ni los más cercanos a la frontera estadounidense. Además, los migrantes mexicanos provienen de la clase urbana trabajadora y no de los sectores más empobrecidos del campo, donde la diferencia con los salarios estadounidenses es en principio mucho mayor (Massey, 1987; Cornelius, 1998; Riosmena y Massey, 2012).

Igualmente, los análisis sobre la emigración de profesionales desde los países del tercer mundo revelan que los diferenciales económicos o sociales resultan en predicciones pobres sobre los orígenes de dichos flujos. La migración profesional suele originarse más en países con un poder adquisitivo medio que en países más pobres, donde las diferencias entre salarios son mucho mayores. Además, solo una minoría de profesionales emigra realmente desde los países de origen, algo que la teoría no es capaz de explicar de manera satisfactoria si tenemos en cuenta que todos los individuos se ven sometidos, teóricamente, a las mismas presiones de «empuje» o expulsión (Straubhaar y Wolburg, 1999; Portes, 1976; Portes y Celaya, 2013).

La historia moderna está plagada de casos en los que la «atracción» de salarios más altos no consigue desplazar emigrantes de las regiones menos desarrolladas. Cuando se ha necesitado mano de obra, ha sido necesario

coaccionarla a salir de estas zonas, tal y como ocurrió con el trabajo forzoso de los nativos de África y América en las minas y en las plantaciones. El fracaso de las teorías de expulsión-atracción a la hora de explicar los flujos migratorios de forma adecuada ha llevado a algunos académicos a proponer una interpretación alternativa basada en el reclutamiento deliberado de trabajadores. Siguiendo este argumento, las ventajas diferenciales entre las regiones de origen y las receptoras solo determinan la «potencialidad» de la migración. Los flujos reales comienzan con un reclutamiento planeado por parte del país que necesita trabajadores, que generalmente es más desarrollado. Los reclutadores informan a los futuros inmigrantes sobre las oportunidades y ventajas que van a conseguir al emigrar y les facilitan transporte gratuito, entre otros incentivos.

Así pues, el atractivo o «reclamo» de los salarios estadounidenses tuvo que materializarse en los primeros años de la emigración europea mediante un reclutamiento organizado. Entre los años veinte y treinta del siglo XIX, Estados Unidos envió a agentes de migración a Irlanda y otros países de Europa para captar a personas que quisieran «mejores comidas y salarios más altos» trabajando en el río Hudson y en otras compañías del Canal³ (Lebergott, 1964). De una forma similar, la emigración de trabajadores desde México, que posteriormente se atribuyó a las grandes diferencias de salarios con los Estados Unidos, se inició gracias a reclutadores enviados por las compañías del ferrocarril del interior del país. Los estudios sobre la emigración de puertorriqueños a Nueva Inglaterra también muestran que este flujo aparentemente espontáneo comenzó con las actividades de reclutamiento de grandes empresas manufactureras entre la población rural de la isla (Piore, 1979).

TEORÍAS MACRO Y MICROECONÓMICAS

Muy relacionadas con las teorías de expulsión-atracción se encuentran las teorías de los economistas ortodoxos, que analizan la migración como un mecanismo de restauración del equilibrio entre países con muchos trabajadores y poco capital y países en la situación opuesta. Siguiendo la famosa propuesta de sir Arthur Lewis, las áreas en las que la productividad marginal de los trabajadores es casi nula se benefician de la emigración a aquellas zonas en las que pueden ser empleados útilmente. Lo esperable es que

3 N. de T. El canal Delaware y Hudson fue una vía de navegación operativa entre 1828 y 1898, que conectaba el río Delaware con el Hudson para transportar carbón desde Pensilvania hasta Nueva York. Fue clave en el desarrollo económico de la región y en el crecimiento de la industria del carbón en Estados Unidos.

el flujo continúe hasta que los salarios de las regiones emisoras aumenten para poder compararse con los de las regiones receptoras. Cuando se llega a este punto, el flujo cesa (Lewis, 2003). Los flujos tanto de trabajadores no especializados como de profesionales cualificados siguen la misma lógica de restauración del equilibrio. La teoría se centra exclusivamente en los desequilibrios entre el trabajo y el mercado, y no tiene en cuenta los flujos de refugiados por motivos políticos.

En paralelo a este enfoque macroeconómico, existe una microteoría sobre la toma de decisiones de los individuos que se basa en un análisis de coste-beneficio. Según este, los individuos cambian de residencia a lugares en los que puedan maximizar los beneficios de su capital humano, ajustándose al coste del trayecto (Massey *et al.*, 2005). Borjas elaboró un modelo detallado de este tipo de «ganancias esperadas» en los lugares de destino, en el que se consideran las ganancias que dependen de las habilidades del trabajador, multiplicadas por la probabilidad de encontrar empleo, a las que se restan las ganancias esperadas en el país de origen y los costes del viaje. Si la balanza se inclina hacia el lado positivo durante un periodo de tiempo definido, el actor racional decide migrar. Si esto no ocurre, permanece en el mismo lugar (Borjas, 1989).

Las teorías económicas sufren las mismas insuficiencias que las teorías de la expulsión-atracción: no explican el hecho persistente de que en los países y regiones menos desarrollados, con unos niveles comparables de desempleo y pobreza, los flujos de emigración no sean iguales. Algunos tienen olas de emigración considerables, mientras que en otros la población apenas se mueve. Considerando que todas las áreas estarían sujetas a las mismas presiones para restaurar el equilibrio, la teoría no explica por qué existen estas diferencias empíricas. Igualmente, en el nivel individual, no está claro por qué los sujetos racionales en una población de migrantes potenciales, que hacen los mismos cálculos de coste-beneficio, se comportan de forma diferente. Algunos se marchan, pero otros muchos se quedan. Solo una minoría de los profesionales del Sur Global y de los trabajadores más capacitados deciden emigrar, a pesar de que todos están expuestos a las mismas presiones, supuestamente decisivas para la migración (Portes y Celaya, 2013).

TEORÍAS DE LA DEPENDENCIA Y DEL SISTEMA MUNDIAL

En el lado opuesto del espectro ideológico se encuentran las teorías estructurales que ven los flujos migratorios como un reflejo de los mecanismos de la economía capitalista global y de sus cambiantes necesidades laborales.

Desde estas perspectivas, la principal dificultad de las teorías de la expulsión-atracción y de las teorías económicas del reclutamiento de mano de obra no es que no consigan identificar las fuerzas relevantes, sino que no consideran el cambiante contexto histórico en el que operan. En cada una de estas teorías, la migración ocurre entre dos unidades sociales distintas y autónomas: la del país que genera emigración y la del país que la recibe. No se contempla la posibilidad de que estos flujos sean realmente internos a un sistema mayor en el que se unen ambas unidades sociales. Una conceptualización alternativa sobre los orígenes de las migraciones requiere que se comprenda el carácter del sistema global cambiante y la forma en que las distintas áreas del mundo se incorporan a él.

Un punto de partida en este enfoque alternativo es la observación, casi obvia, de que la atracción de los salarios altos no ha significado nada en áreas externas a la economía capitalista internacional. Estas áreas tienen su propia lógica económica interna y sus formas de integración. Por ello, cuando los países dominantes quisieron poner a la población de algunas regiones periféricas a trabajar en minas o plantaciones, tuvieron que usar la fuerza y no los incentivos económicos. Los esfuerzos para reclutar mano de obra solo funcionaron cuando la población objeto del reclutamiento estuvo lo suficientemente integrada en el sistema capitalista como para comprender el significado de los incentivos ofrecidos en relación con sus condiciones económicas.

Acudiendo a momentos más recientes de la historia, factores como las redes de comercio e información alrededor del mundo, la homogeneización de la cultura y el desarrollo de las expectativas de consumo, incluso en áreas remotas, han llevado a un «suministro inagotable de mano de obra», tal y como lo describe la literatura económica.

Los países del centro del sistema están en una posición envidiable en la que no necesitan utilizar la fuerza para reclutar trabajadores y suplir así sus necesidades de mano de obra. Solo tienen que regular el suministro disponible que tienen a su disposición permanentemente. La articulación gradual de un sistema económico internacional ha modificado las fuerzas que subyacen al trabajo de los migrantes. Los efectos de esta articulación en los flujos migratorios no se han limitado a la difusión de nuevos estándares y expectativas de vida. De forma más general, el hecho de que las empresas capitalistas hayan penetrado las regiones periféricas ha generado desigualdades en las estructuras sociales y económicas internas de estas zonas. Aunque en un primer momento estos desequilibrios vinieron de fuera, actualmente se han convertido en desigualdades internas incorporadas en las sociedades, que con el tiempo pueden llevar a generar presiones migratorias. En palabras de Massey *et al.*:

En esencia, la teoría del sistema mundial defiende el hecho de que la penetración de las relaciones económicas capitalistas en sociedades no capitalistas o precapitalistas crea una población móvil con tendencia a emigrar... La migración internacional surge como una respuesta natural a las disrupciones y dislocaciones que ocurren inevitablemente en el proceso de desarrollo capitalista (2005).

De ahí que «la atracción» de las economías avanzadas no se base en comparaciones guiadas por la envidia hacia las ventajas del mundo exterior, sino en la solución que representa la migración frente a «problemas internos» irresolubles en los países de origen. Los estudios de los flujos de trabajo, tanto de mano de obra como de profesionales, indican que los inmigrantes dejan sus países no solo para incrementar sus salarios, sino para resolver problemas enraizados en la situación de sus propios países. Para los inmigrantes, estos problemas parecen internos, pero realmente se han introducido con la expansión de un sistema capitalista global (Portes, 1976; Sassen, 1988; Alba, 1978).

El desequilibrio de las zonas periféricas por el sistema capitalista se refleja en varios procesos: desde la imposición de impuestos a las poblaciones nativas africanas durante el siglo XIX y principios del XX, dirigida a crear una necesidad de dinero en efectivo, hasta el mantenimiento de escalas salariales que guardan poca relación con los costes del consumo moderno en las naciones contemporáneas menos desarrolladas. También influye la formación de profesionales del tercer mundo, para quienes se crean unas expectativas laborales acordes con los países más desarrollados, pero muy distantes de las condiciones reales de sus propios mercados de trabajo (Portes y Rumbaut, 2024, cap. 1)⁴.

En periodos anteriores de expansión de la economía mundial capitalista, el reclutamiento de trabajadores se empleaba para mostrar a grupos de población periféricos las ventajas de emigrar. La atracción de las economías desarrolladas, insuficiente para provocar flujos migratorios en ese momento, se ha convertido hoy en más que suficiente para permitir el control rutinario de un «suministro inagotable». En suma, el carácter cambiante de la «expulsión y atracción», la obsolescencia del reclutamiento de mano de obra y el origen supuestamente «espontáneo» de los flujos migratorios

4 N. de T. Las referencias a este capítulo a lo largo del texto corresponden al capítulo 1, «*The Four Phases of U.S.-Bound Immigration*», del que procede esta traducción, contenido en A. Portes y R. Rumbaut, *Immigrant America: A Portrait, Updated and Expanded* (5.ª ed.) (2024).

recientes son consecuencias del desarrollo a lo largo del tiempo de la economía internacional capitalista y de los cambios en las formas en que los distintos países se incorporan a ella (Sassen, 1988; Portes y Walton, 1981). Estas dinámicas relacionales dentro de un orden capitalista global ofrecen la explicación macrohistórica más adecuada respecto al origen de la migración internacional.

LA «NUEVA ECONOMÍA» DE LA MIGRACIÓN

Las teorías estructurales e históricas, como las del sistema mundial, dan cuenta de por qué los flujos migratorios se originan en ciertas áreas del planeta dependiendo del nivel de penetración colonial y semicolonial a las que hayan sido expuestas. En cambio, estas teorías no resuelven de forma tan satisfactoria las razones por las cuales ciertas comunidades e individuos, en países concretos, son más susceptibles a las presiones que otros. Para resolver esta cuestión hace falta un marco teórico más fundamentado empíricamente. La Nueva Economía de la migración se formuló para esto. Según esta teoría, la migración de trabajadores no es una estrategia individual, sino una estrategia familiar con la que lidiar con la incertidumbre económica generada por los mercados desarrollados de manera imperfecta en las áreas en las que han penetrado las corporaciones capitalistas y otras instituciones (Stark, 1981; Massey *et al.*, 2005).

En las comunidades rurales de las zonas del mundo menos desarrolladas, las familias o bien no tienen acceso a los mercados de crédito para financiar inversiones o el acceso que tienen es extremadamente limitado. Lo mismo ocurre con el acceso a los mercados de futuros para asegurar las cosechas y a los programas estatales para aliviar los periodos de desempleo. Su solución es mandar a algunos miembros de la familia, generalmente a los hijos e hijas jóvenes, a las zonas urbanas del país o al extranjero. Las familias organizan distintas estrategias de migración para gestionar las diversas inseguridades. Los ingresos que generan los jóvenes en el extranjero aportan el capital necesario para invertir y ahorros para afrontar contingencias económicas, como las malas cosechas o la pérdida de un empleo en el hogar:

En la mayoría de los países desarrollados, los consumidores tienen un acceso instantáneo a créditos mediante tarjetas bancarias universales como la MasterCard o la Visa. Según los mercados se expanden hacia zonas gobernadas por mecanismos ajenos al mercado, los consumidores en países en desarrollo se encuentran

expuestos a muchas aspiraciones materiales fomentadas por los medios de comunicación, aunque no pueden acceder a los mecanismos de crédito que permiten este consumo masivo... la creciente demanda de bienes de consumo genera otra motivación para emigrar al extranjero (Massey *et al.*, 2005, p. 25).

Un mecanismo relacionado con la Nueva Economía es la privación relativa que sufren las familias no migrantes cuando ven las mejoras significativas en la situación material de aquellas que han enviado a sus miembros al extranjero. De este modo, incluso cuando no existían presiones migratorias previas, la necesidad de «seguir el ritmo» a los crecientes niveles de consumo de los miembros de la comunidad, impulsados por los emigrantes, espolea a otras familias a adoptar la misma estrategia. Portes y Rumbaut (2024), en su estudio sobre las fases de la emigración a los Estados Unidos, han mostrado que la privación relativa es un mecanismo poderoso que subyace la emigración de profesionales, debido a que los trabajadores profesionales subempleados en sus países comparan su carga económica y de trabajo con la que tienen sus iguales más afortunados tanto en el país de origen como en el extranjero (Stark, 1991; Portes y DeWind, 2007).

Los enfoques del Sistema Mundial y de la Nueva Economía se complementan bien. Los primeros dan cuenta del contexto macrohistórico más amplio que produce grandes flujos migratorios de trabajadores y profesionales. Los segundos identifican las dinámicas a un nivel micro que promueven que familias concretas en países de origen adopten la emigración como la solución a las disrupciones del desarrollo capitalista imperfecto.

LA ESTABILIDAD DE LA MIGRACIÓN

Un segundo aspecto sobre el que discuten las teorías actuales sobre la migración es la direccionalidad de estos flujos migratorios y su estabilidad a lo largo del tiempo. Los análisis económicos ortodoxos suelen ver la migración en términos bastante simples: la gente abandona su país de origen para paliar sus condiciones económicas o políticas y emigran a otros países con la esperanza de una vida mejor. Sin embargo, los ahora inmigrantes se enfrentan a años de obstáculos y dificultades hasta que consiguen igualdad en su nueva sociedad. Una vez que han comenzado los movimientos migratorios, es de prever que continúen mientras los factores de expulsión y atracción se mantengan y mientras el país de destino permita la inmigración. Las repatriaciones masivas de inmigrantes a sus países de origen solo se dan en casos de políticas deliberadas o de recesión económica extrema.

Los estudios clásicos sobre la inmigración en Estados Unidos, como por ejemplo los de Handlin, Thomas y Znaniecki, Child y Wittke, entre otros, generalmente presuponen este proceso básico y se centran en analizar los mecanismos de supervivencia de los diferentes grupos de migrantes (Handlin, 1973; Thomas y Znaniecki, 1918-1929; Irving, 1970; Wittke, 1952). Estos estudios se centraron en los inmigrantes europeos, particularmente en las oleadas de alemanes, irlandeses, italianos, polacos, judíos y escandinavos que dejaban sus países para solventar las demandas laborales de una economía en expansión. Aunque se escribieron algunos textos sobre la vuelta al país de origen de estos inmigrantes, los flujos migratorios inversos se atribuyeron generalmente a las circunstancias particulares de los individuos o a las recesiones periódicas en Estados Unidos.

La emigración masiva desde países periféricos a países desarrollados durante los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial generó un énfasis teórico distinto. Una gran parte de la inmigración de trabajadores durante este periodo se produjo a través de acuerdos para «trabajadores invitados», o bien de forma clandestina. Estos inmigrantes fueron etiquetados como «buscadores de empleo». Se suponía que su motivación era la acumulación de capital con el que poder cumplir sus planes de vida en su país de origen. Se pudo ver que una parte muy elevada de sus ingresos se transfería a sus hogares para que pudieran comprar allí bienes de primera necesidad o invertir (Piore, 1979).

Esta caracterización como «hombres económicos» se acompañaba de un énfasis en la falta de integración y de su indiferencia general hacia las instituciones del país receptor: los inmigrantes rara vez hablaban la lengua del país de destino, no participaban en asociaciones ni mantenían relaciones cercanas con miembros de la mayoría autóctona del país. Este «divorcio» de la sociedad que los rodeaba les permitía centrarse únicamente en los beneficios económicos llevando a cabo trabajos que rechazarían en sus países de origen.

Esta teoría ha adquirido una importancia central a la hora de explicar el fenómeno del retorno de los inmigrantes a su país de origen. En contra de los análisis previos, considera el retorno como un paso normal en la secuencia de las migraciones laborales. Aunque da cuenta del asentamiento de un gran número de inmigrantes en Estados Unidos durante periodos anteriores, también se contraargumenta que permanecer en el país de destino no es necesariamente un indicador del éxito de los inmigrantes:

Resulta absolutamente esencial rechazar la noción que parece surgir en las versiones ingenuas sobre la idea de que asentarse es un «éxito», y de que el aspecto crucial de este éxito es «tener ingresos». Los migrantes tienden a centrarse en buscar ingresos. Por tanto, «el efecto de aumentar los ingresos, si el resto de los aspectos se mantienen invariables, es que se incrementa la motivación para el regreso a casa». Esto último sucede porque, en términos de las motivaciones originales de los migrantes, asentarse es resultado del fracaso (Piore, 1979, p. 61).

La caracterización de la inmigración de acuerdo con las fluctuaciones temporales aumenta nuestra comprensión más allá de las antiguas descripciones centradas en un movimiento unidireccional. El énfasis en que los inmigrantes retornen también responde a «algunas» de las características de los flujos de trabajadores actuales hacia Estados Unidos, tal y como lo describen estudios recientes. De todas formas, esta teoría alternativa se enfrenta a dificultades. La primera es que existen pruebas de que muchos inmigrantes se quedan en el país de destino precisamente porque han tenido éxito económico. La segunda es que los desplazamientos no son un trayecto solo de ida y vuelta, sino toda una serie de movimientos que frecuentemente tienen una recurrencia estacional (Levitt, 2001; Kyle, 2001; Landolt, 2000; Guarnizo, 2003).

En general, esta nueva teoría fundamenta su perspectiva en el país receptor y no consigue aprehender el proceso de forma global. Por ejemplo, no tiene en cuenta la naturaleza real de la «migración de retorno», que puede ser hacia el lugar de origen o hacia otras zonas. No considera los patrones comunes por los que se alterna entre la migración interna y la internacional, o el hecho de que los hogares «asignan» a algunos miembros viajar al extranjero y a otros desplazarse a ciudades del mismo país. Las omisiones radican en que esta teoría considera la migración internacional como un proceso que ocurre «entre dos naciones distintas». Una conceptualización alternativa tendría que basarse en una definición del flujo migratorio como interno al mismo sistema económico global. La migración tiene una doble función económica: desde el punto de vista del capital es la forma de suplir las demandas de trabajadores en distintos puntos del sistema global; desde el punto de vista del trabajo es la forma de aprovechar las oportunidades distribuidas de forma desigual en distintos lugares del sistema (Portes y Walton, 1981; Sassen, 1988; Roberts, 1995).

La complejidad de los flujos migratorios internacionales de trabajadores no se debe solo a que cambien constantemente los lugares donde hay oportunidades, sino también a que estos lugares identificados por individuos y

familias cambian con el paso del tiempo. Las oportunidades para obtener mejores salarios suelen ser mejores en los centros capitalistas nacionales e internacionales, mientras que las oportunidades de inversión en terrenos o pequeñas empresas suelen ser mejores en los lugares de origen. La progresiva articulación de un orden económico global permite que los individuos y las familias en áreas remotas puedan acceder a un mayor rango de oportunidades económicas y puedan «cartografiar» su uso. Por ejemplo, los pueblos del interior de México siguen manteniendo contacto regular con las comunidades étnicas de Chicago. Y los remotos pueblos de montaña de la República Dominicana están bien informados sobre las condiciones del mercado de trabajo en Queens y Manhattan (Riosmena y Massey, 2012; Levitt, 2001; Itzigsohn y Saucedo, 2006).

La teoría más reciente sobre la migración transnacional se ha desarrollado precisamente para enfatizar las relaciones durables de los migrantes con sus lugares de origen y la complejidad que estas relaciones han adquirido con el tiempo. Estas relaciones «entretejidas» llevan a un gran número de inmigrantes a una doble vida: viajando a casa, mandando transferencias y haciendo inversiones allí, todo mientras mantienen una doble residencia (Glick-Schiller y Basch, 1992; Vertovec, 2004). Los inmigrantes habitualmente crean organizaciones para formalizar y estabilizar estas relaciones. Esas organizaciones van desde «comités vecinales» formados por migrantes humildes de zonas rurales hasta asociaciones de profesionales y estudiantes creadas por los más formados. Las investigaciones recientes sobre las organizaciones transnacionales han desvelado un hecho crucial: la implicación de los inmigrantes con estas organizaciones no decae con el tiempo. Al contrario, cuanto más educación, renta, tiempo de residencia en el país y seguridad en su estatus legal, más participan (Guarnizo, Portes y Haller, 2003; Portes, Escobar y Arana, 2008). Más adelante trataremos en mayor profundidad este asunto, pero por el momento la idea fundamental es que la teoría sobre la inmigración ha dejado atrás la imagen de los flujos migratorios como vías de escape unidireccionales frente a la miseria y la necesidad, así como la idea paralela de que ocurren entre estados independientes. La progresiva articulación de la economía global capitalista, y la complejidad a la que se enfrenta la gente para adaptarse a ella, se refleja mejor desde esta perspectiva transnacional.

Una cuestión relacionada es la perpetuación de movimientos migratorios a lo largo del tiempo. Más allá de los impulsos y motivaciones que dieron lugar a la migración en un primer momento, estos no suelen ser suficientes para explicar su permanencia. Para entender mejor el proceso debemos acudir al concepto de redes sociales. En palabras de Massey *et al.*:

Las redes de migración son conjuntos de lazos interpersonales que conectan a migrantes, antiguos migrantes y no migrantes, tanto en el lugar de origen como en el de destino, mediante relaciones de parentesco, amistad y orígenes comunitarios compartidos. Estas redes aumentan la posibilidad de que se produzcan movimientos internacionales porque reducen los costes y riesgos de tales trayectos (2005).

Los científicos sociales reconocieron hace tiempo la importancia de las redes en la construcción de sistemas migratorios. Se puede encontrar en textos clásicos, como *The Polish Peasant in Europe and America*, traducido al español como *El campesino polaco en Europa y América*, de Thomas y Znaniecki. Tilly conceptualiza la migración como un proceso de creación de redes que depende de las relaciones sociales entre distintos espacios, y que al mismo tiempo las refuerza (Thomas y Znaniecki, 1981-1920; Tilly, 1990). Así, estas microestructuras no solo favorecen la supervivencia de inmigrantes, sino que constituyen una importante corriente subterránea en contra de las tendencias económicas dominantes.

La perspectiva alternativa de las redes ayuda a explicar un fenómeno que ha escapado a las teorías anteriores: la resiliencia de los flujos migratorios, incluso cuando las fuerzas de «atracción» y «expulsión» originales han desaparecido, o después de que hayan acabado las oportunidades originales para obtener mejores salarios. Que los flujos migratorios no respondan automáticamente a estos cambios está relacionado con su organización a través de redes sociales. Una vez que se establecen, estas estructuras estabilizan los movimientos ayudando a que se adapten a las condiciones económicas cambiantes y a generar oportunidades distintas a los incentivos originales. Aunque no son indiferentes al contexto general, las estructuras de las redes sociales de los migrantes han llevado a resultados bastante diferentes a los anticipados por las hipótesis económicas convencionales.

Es un hecho reconocido que los inmigrantes pioneros se enfrentan a los mayores costes, ya que tienen que superar los riesgos del trayecto sin apenas ayuda. Sin embargo, una vez que se han completado satisfactoriamente unos cuantos viajes, se reducen los costes de la inmigración para futuros inmigrantes, que pueden apoyarse en el conocimiento y la experiencia de los pioneros. La capacidad de obtener esta clase de información y ayuda contribuye al «capital social» de los futuros inmigrantes (Massey y García España, 1987; Portes y Bach, 1985). La reserva de este capital se nutre de cada viaje adicional, lo cual lleva a que surjan verdaderos sistemas migratorios. Estos sistemas pueden autoperpetuarse incluso después de que desaparezcan los

incentivos originales para los migrantes debido a que surgen consideraciones paralelas, como los eventos familiares y las obligaciones personales.

Sin embargo, la durabilidad de los sistemas migratorios no es indefinida debido a que pueden verse afectados, e incluso ser eliminados, por circunstancias externas. Una de estas circunstancias es que los lugares de origen se queden prácticamente vacíos y solo permanezcan los ancianos y los enfermos. Otra circunstancia posible es que se saturen los lugares de destino, lo cual reduce las posibilidades de empleo y la capacidad de los migrantes asentados de ayudar a los recién llegados. Tal y como ha mencionado De Haas, el funcionamiento de estas fuerzas lleva a una disminución de los sistemas migratorios de tal manera que los efectos de las redes sociales a lo largo del tiempo se pueden representar como una curva que aumenta de manera sostenida durante los primeros años antes de llegar a aplanarse y descender rápidamente (De Haas, 2010).

Otras fuerzas también pueden acabar con los sistemas migratorios. Entre ellas se encuentran la disminución de la fertilidad y el desarrollo económico sostenido en áreas de emigración, así como las inversiones e iniciativas filantrópicas de las organizaciones migrantes transnacionales que mejoran de forma significativa las condiciones de vida en estas zonas. Paradójicamente, las redes sociales que, en un primer momento, subyacen la creación de sistemas migratorios, pueden llegar con el tiempo a socavar estos sistemas a raíz de las actividades de los expatriados relacionadas con el desarrollo (Passel, 2012; Massey, 1987; Portes y Celaya, 2013). Los procesos de recesión económica graves en los lugares de destino, y la información que se transmite al respecto mediante las redes sociales, también pueden frenar los flujos migratorios. Un proceso similar ocurrió en la inmigración desde México a los Estados Unidos, y en la de América Latina hacia España, ambas al principio de la «Gran recesión» que comenzó en 2008 (Passel, 2012; Massey *et al.*, 2005; Portes y Celaya, 2013). Con la recuperación de las economías occidentales entre 2010 y 2020, la migración internacional ha resurgido con fuerza por los procesos descritos en los países de origen y de destino.

LA UTILIZACIÓN DE LA MIGRACIÓN LABORAL

La mayor parte de las teorías contemporáneas sobre la migración internacional no se han centrado ni en sus orígenes ni en su direccionalidad y estabilidad a lo largo del tiempo. En su lugar, estas teorías han tratado los dos aspectos restantes: la utilización de la migración por parte de la economía receptora y la adaptación sociocultural de los inmigrantes. Las diferentes

posiciones teóricas sobre este tema son más complejas y controvertidas que las que hemos tratado anteriormente debido a que cada una reivindica apoyarse en una literatura empírica distintiva.

LA PERSPECTIVA ECONÓMICA NEOCLÁSICA

La perspectiva neoclásica ortodoxa ve el trabajo inmigrante como un suplemento a la escasa fuerza de trabajo local. Los países receptores reclutan a los inmigrantes para cubrir puestos de trabajo en una economía creciente que «se le ha ido de las manos» a su propia población. Este es el tipo de situación que se lleva asumiendo desde las teorías clásicas de la economía política. John Stuart Mill defendió la emigración de fuerza de trabajo en estos términos, aunque apuntó que el capital en los nuevos países solo podría utilizar esa mano de obra de forma rentable si se impediese el acceso a la tierra. Si esto ocurriese, los inmigrantes solo trabajarían para sus propios intereses y no para los empleadores. En el último capítulo de *Principles of Political Economy*, traducido al español como *Principios de la economía política*, Mill no dudó en abandonar las doctrinas del *laissez faire* para luchar por un patrocinio gubernamental de la emigración. Solo el poder estatal podía prevenir que los inmigrantes se acabaran convirtiendo en colonos autónomos con poca o ninguna utilidad para el capital (Mill, 1848).

En la situación que estudió Mill había, obviamente, suficientes tierras. Lebergott ha descrito con detalle el mecanismo que realmente se puso en marcha en el siglo XIX en Estados Unidos para suplir la escasez de trabajadores y la demanda de mano de obra. La oferta de tierra barata era, por aquel entonces, inagotable. La disponibilidad de la frontera oeste permitió a los trabajadores domésticos invertir directamente en tierras, pasando de ser asalariados a propietarios agrícolas. Esto mismo hicieron los inmigrantes años más tarde:

En 1820, cuando en Massachusetts media hectárea⁵ de terreno costaba 50 \$ y en Ohio 1 \$, los agricultores de Nueva Inglaterra decidieron mejorar su situación emigrando allí. De nuevo, cuando en 1840 los mejores terrenos de Ohio pasaron a costar la media hectárea 50 \$ y los de Illinois 1,25 \$, estos mismos agricultores decidieron emigrar de nuevo para obtener beneficios. El mismo proceso se repitió en 1850 cuando se desplazaron desde los terrenos de 50 \$ de Illinois a los más baratos en Minnesota y Kansas (Lebergott, 1964).

5 N. de T. Equivalencia aproximada a la medida de un acre empleada en el original.

La emigración al oeste de los nativos y de los inmigrantes más antiguos mantuvo una presión a la baja en la oferta de mano de obra, lo cual ayudó a mantener salarios altos y a atraer nuevos flujos de inmigrantes. Pero si esto fue así, ¿por qué los nuevos inmigrantes no aprovecharon inmediatamente la ventaja de las tierras fronterizas? La respuesta es que se produjo una combinación entre falta de capital y ausencia de experiencia en el nuevo país. Se concentraron en las ciudades del este. Solo cuando acumulaban los ahorros y la experiencia necesarios, algunos emprendían el viaje al oeste. Este patrón explica tanto el atractivo del trabajo inmigrante para los empleadores del este como las rápidas fluctuaciones en los flujos migratorios que corresponden a las subidas y bajadas de la demanda de trabajadores en Estados Unidos (*ibid.*).

La teoría económica ortodoxa explica la gravitación de los inmigrantes hacia los peores trabajos como una consecuencia natural de una economía en desarrollo. Bajo esta perspectiva, los trabajadores nativos suben posiciones hacia puestos mejor pagados, más prestigiosos y en los que pueden ser más autónomos. En Estados Unidos, la existencia de la frontera jugó un papel fundamental a la hora de mantener una estructura económica «abierta» con numerosas oportunidades de ascenso. Esto puede ocurrir, al menos en teoría, incluso cuando no hay terrenos baratos, mediante la expansión de la economía industrial. Como la escasez de trabajadores ocurre en los niveles inferiores, los salarios para trabajadores sin formación o con algo de formación aumentan como resultado de la competencia entre los empleadores. La doble consecuencia es la atracción de inmigrantes potenciales y la necesidad de los empleadores de encontrar nuevas fuentes de trabajo para controlar o reducir los salarios. Ambas consecuencias fomentan la inmigración.

Como potenciales beneficiados (y «buscadores de salarios»), los trabajadores inmigrantes poseen una característica adicional muy atractiva: su desapego, al menos inicial, por consideraciones de estatus. Para los trabajadores nativos, los salarios reflejan una posición en el sistema de estatus social, por lo que se suelen alejar de los trabajos peor pagados y de baja categoría. El incremento de los salarios en los niveles inferiores para atraer trabajadores desencadena una «inflación estructural» conforme aquellos que tienen más estatus demandan una subida de salarios con la que preservar su posición. El hecho de que haya un gran número de trabajadores extranjeros sin formación y mal pagados ayuda a neutralizar este riesgo (Piore, 1979; Massey *et al.*, 2005).

Para la teoría económica ortodoxa, los trabajadores inmigrantes no son cualitativamente distintos a los trabajadores nativos. La única diferencia es que los trabajadores inmigrantes son nuevos en el mercado del trabajo, tienen menos experiencia y quizá menos formación. Con el tiempo, los

inmigrantes adquieren la experiencia y cualificación necesarias para subir de nivel, dejando los niveles más bajos de la estructura ocupacional para nuevos flujos de trabajadores. Este proceso permite mantener tres fuerzas en equilibrio a lo largo del tiempo:

- (1) entre la escasez de trabajo en algunos países y la abundancia en otros;
- (2) entre las necesidades de los empleadores y las necesidades y habilidades de los trabajadores; y
- (3) entre las aspiraciones de los trabajadores y las oportunidades de movilidad ascendente en la estructura económica.

LA PERSPECTIVA DE LA COLONIZACIÓN

Una segunda perspectiva teórica muy distinta se ha centrado en la experiencia de los grupos de inmigrantes que no han llegado al país por su propia voluntad o que se han visto forzados a trabajar en condiciones de esclavitud, servidumbre o peonaje. Estas «minorías colonizadas» también responden a una demanda de trabajo, pero esta es cualitativamente distinta a la que describe la teoría ortodoxa. Estos inmigrantes se encuentran en las posiciones más bajas en la estructura ocupacional. No ocupan las posiciones que dejaron los trabajadores locales, sino puestos que requieren un tipo distinto de trabajador, debido a que no hay trabajadores libres que quieran realizar dichas tareas.

Edgar Thompson, en su clásico análisis sobre la economía de las plantaciones, mostró el desarrollo gradual de esta institución y su cambio de siervos blancos a esclavos negros. En las áreas con amplios recursos, donde la tierra era mucho más abundante que el trabajo, era más sencillo reclutar fuerza de trabajo foránea que retenerla. Los siervos de origen europeo, obligados por contrato a permanecer por un periodo de tiempo, no tenían razones en trabajar para los terratenientes cuando se les pagaba por adelantado, pero sí encontraban una fuerte motivación para escapar y trabajar para sí mismos. Los nativos también eran difíciles de controlar. Preferían rebelarse o escapar a zonas remotas antes que someterse al yugo de los colonos europeos en la tierra que los había visto nacer.

Surgió entonces la necesidad de encontrar mano de obra apta para el trabajo duro y ajena a su nuevo entorno para que dependieran solo de la providencia del terrateniente. Para estos trabajadores la plantación no era un

lugar de trabajo, sino una «institución total» en la que se pasaban toda su vida y sin la que no serían capaces de sobrevivir. De este modo, la decisión de emplear esclavos africanos y la transformación de las plantaciones en organizaciones sociales y políticas, al mismo tiempo que económicas, evolucionaron de la mano. Hasta que este sistema no se desarrolló, no surgió una ideología racial para legitimar las plantaciones (Thompson, 2012).

La incorporación de una minoría colonizada a la economía huésped ha estado marcada por dos figuras centrales. Por un lado, se emplea al grupo de inmigrantes en tareas no urbanas de extracción, como la minería y la agricultura. Por otro, la producción se organiza en líneas precapitalistas, por lo que el trabajo está sujeto, mediante una serie de acuerdos legales, al deseo de los empleadores. La existencia de trabajo en estas circunstancias hace que surjan ideologías que justifican la situación en forma de diferencias raciales o culturales, junto a la necesidad de educar y controlar al grupo subordinado. Para Blauner, el proceso de colonización viene marcado por cinco fases:

Primero, la colonización comienza con la entrada forzosa e involuntaria en la sociedad dominante. Segundo, el poder colonizador tiene como política principal restringir, transformar o destruir la cultura indígena. Tercero, los representantes del poder dominante ejercen la ley y controlan la burocracia gubernamental. Cuarto, existe una separación entre el estatus laboral de los colonizadores y el de los colonizados. Quinto, el racismo se desarrolla como un principio mediante el que las personas son consideradas biológicamente inferiores para justificar su explotación (1972).

Las minorías colonizadas solo experimentan parcialmente la transición de los acuerdos precapitalistas basados en la esclavitud a las relaciones de producción plenamente capitalistas. Aunque, en teoría, estas minorías se unen eventualmente a la fuerza de trabajo «libre», siguen estando relegadas a los trabajos menos especializados. Esta situación no tiene nada que ver con la que representa la teoría ortodoxa: cuando las minorías colonizadas trabajan como asalariados, no son realmente «nuevas» incorporaciones a la fuerza de trabajo capaces de ascender posiciones a lo largo del tiempo. Para las minorías colonizadas, la movilidad está bloqueada por toda una serie de mecanismos legales e informales. Las ideologías raciales y culturales legitiman tanto su condición como la deliberada escasez de oportunidades para mejorar su situación.

Actualmente no existen minorías colonizadas en Estados Unidos, pero el legado de la esclavitud y, en menor medida, de la colonización de la población mexicana en el suroeste han dejado rasgos históricos que perduran hasta nuestros días. Tal y como se muestra en el libro de Portes y Rumbaut

(2024) ya mencionado, las condiciones de estos grupos siguen siendo problemáticas y difíciles, incluso generaciones después de que tuviera lugar su liberación de los lazos coloniales y el fin de la discriminación legal. Esto es lo que buscan explicar estas teorías.

El elemento central de la perspectiva colonial sobre la inmigración es que considera el uso de la fuerza de trabajo colonizada como útil para «la totalidad» del grupo racial dominante. Las diferentes clases del grupo dominante se benefician de la situación colonial de distinta forma. Los empleadores sacan beneficios al tener a su disposición una fuerza de trabajo barata y explotable con la que dictar sus propios términos. El grupo dominante de trabajadores también se beneficia de distintas formas. Primero, ganan simbólicamente porque existe un grupo inferior con el que poder compararse. Esto hace que surjan sentimientos de superioridad y de identificación indirecta con las clases dominantes. En segundo lugar, ganan materialmente a través de tres mecanismos:

- (1) Se excluye a los colonizados de competir por trabajos manuales mejores o por puestos de supervisores.
- (2) Se reducen los costes de los bienes y servicios producidos por los trabajadores colonizados, con lo cual se abarata el consumo.
- (3) Se redistribuye parte del excedente extraído por los empleadores del trabajo del grupo dominado mediante mejores salarios y otros beneficios para los trabajadores del grupo racial dominante.

Es por esto por lo que los trabajadores del grupo dominante dedican sus esfuerzos a estabilizar su monopolio de ventajas económicas y sociales mediante un conjunto de mecanismos que les aseguran las mejores posiciones. En Estados Unidos, el fin de la esclavitud legal vino acompañado de la creación del llamado «sistema legal Jim Crow», diseñado para perpetuar las condiciones de los colonizados. Un conjunto de prácticas similares surgió en el suroeste para preservar el estatus de subordinación de los inmigrantes mexicanos y sus descendientes (*ibid.*; Geschwender, 1978; Barrera, 1979; Gans, 1972).

LA PERSPECTIVA DE LA DIVISIÓN Y EXPLOTACIÓN DEL MERCADO DE TRABAJO

Una tercera perspectiva relacionada con el empleo de trabajadores inmigrantes pone el foco en la relevancia de las diferencias raciales y culturales y en la ideología racista, pero las interpreta de forma distinta. La contratación

de inmigrantes de distinto origen cultural y racial se identifica como una estrategia de la clase empleadora en contra de las organizaciones de trabajadores del país. Por ello, los beneficios que genera el trabajo de las minorías subordinadas en el mercado laboral se acumulan solo entre los miembros de la clase empleadora, y no en todos los miembros del grupo racial o étnico dominante. Estos beneficios se obtienen «en contra» de los intereses del proletariado del país que se enfrenta a esta nueva fuente de trabajo.

Sin importar si los trabajadores inmigrantes son libres o han sido coaccionados, su posición es más débil que la de los trabajadores locales para resistirse al mandato del empleador. En primer lugar, los inmigrantes no están familiarizados con las condiciones económicas y sociales en los lugares de destino y no tienen las herramientas necesarias para frenar la explotación. En segundo lugar, los inmigrantes se ven separados de la clase trabajadora local por barreras lingüísticas y culturales, así como por los prejuicios habitualmente comunes de este último grupo. En tercer lugar, las condiciones en los países de origen suelen ser tan extremas que los inmigrantes aceptan de buena gana cualquier tipo de compensación económica que se les da. En cuarto lugar, la fuerza de trabajo inmigrante habitualmente se ve sometida a una serie de restricciones legales que desde el principio los relega a una posición vulnerable. Aunque las características de estos acuerdos legales varían entre países y periodos históricos, el objetivo común es relegar a los inmigrantes a la exclusión o la deportación. Los esfuerzos organizados o las protestas de los inmigrantes se pueden categorizar por tanto como un asunto de orden público para la policía, y no como un conflicto que involucre reivindicaciones de clase legítimas (Castells, 1975; Portes y Walton, 1981).

Esta teoría sobre el trabajo inmigrante no contradice necesariamente la teoría colonialista, puesto que cada una se aplica a un momento histórico diferente. Aunque llama la atención sobre una consecuencia importante que dejaron de lado la mayoría de los analistas del colonialismo: una división del trabajo que beneficia directamente a ciertas clases dentro del grupo racial dominante y que supone una desventaja para los demás. En este modelo, la ideología se emplea no tanto para legitimar los privilegios de una raza o grupo cultural sobre otro, sino para mantener la separación entre dos segmentos de la clase trabajadora y para fragmentar las organizaciones basadas en la solidaridad de clase. El racismo generalizado entre los trabajadores nativos es, al fin y al cabo, una ideología dirigida contra ellos mismos.

Este análisis contradice directamente las predicciones que emanan de la perspectiva económica ortodoxa sobre la inmigración laboral: si el trabajo extranjero solo llega al país como un suplemento para la fuerza de trabajo local, se puede obtener una correlación inversa fuerte entre los niveles de

desempleo doméstico y el tamaño de los flujos migratorios; los periodos de recesión económica que traen consigo un mayor número de desempleados deberían producir, en un periodo corto de tiempo, un descenso en la inmigración. Por otra parte, si la función de la inmigración no es únicamente suplementar a la fuerza de trabajo local, sino servir como herramienta disciplinaria para estos trabajadores, el resultado sería algo diferente. En este caso, debería haber una correlación positiva entre los niveles del desempleo y la inmigración. Una fuerza de trabajo organizada y militante es «inútil» a las empresas capitalistas, por lo que estas optan por contratar a trabajadores inmigrantes en lugar de a trabajadores locales. Que exista esta nueva y predilecta fuente de trabajadores provoca el incremento del desplazamiento de trabajadores locales, lo que lleva a un mayor nivel de desempleo. Tal y como se muestra en el primer capítulo del libro de Portes y Rumbaut (2024), esta fue la motivación que afianzó el cambio en los empleadores industriales del noreste y del medio oeste de Estados Unidos para pasar de contratar a europeos blancos a afroamericanos sureños desde la mitad de la década de 1910.

Edna Bonacich ha dado una explicación teórica a esta experiencia histórica. En su tesis la denomina «una interpretación del mercado de trabajo dividido». Durante los años posteriores a la Primera Guerra Mundial, los afroamericanos sureños se convirtieron en la fuerza de trabajadores «preferida», dada su buena disposición para trabajar en puestos de bajo nivel por un salario mínimo, su falta de experiencia como grupo organizado y su actitud respetuosa hacia sus jefes. Los capitalistas disuadieron a esta fuerza de trabajo migrante de los intentos organizados de los trabajadores blancos utilizando una estrategia de tres pasos: primero, la disolución de las huelgas; segundo, la sustitución de trabajadores blancos por trabajadores afroamericanos mal pagados; tercero, una política paternalista hacia estos trabajadores afroamericanos y la promoción de organizaciones que afianzaban su alianza con los empleadores en contra de los sindicatos de blancos (Bonacich, 1976).

Como también puede verse en el trabajo mencionado de Portes y Rumbaut (2024), los trabajadores europeos habían sido utilizados de una forma similar antes que los negros. En 1832, los directores del Canal de Delaware y Hudson se enfrentaron a reclamaciones de sus trabajadores por sueldos más altos y se dieron cuenta de que «contra este mal, el único remedio efectivo es contratar a mineros extranjeros». Importaron trabajo inmigrante tan pronto como les fue posible, hasta tal punto que este «mal» no se repitió en un largo periodo de tiempo. En un ejemplo más reciente, Galarza describió un proceso similar en el que entraban en juego trabajadores inmigrantes mexicanos contra los esfuerzos sindicales de los trabajadores locales de

las granjas, en su mayoría mexicano-estadounidenses en California y a lo largo del suroeste (Rosenblum, 1974; Galarza, 1973). De este modo, los trabajadores negros del sur y los trabajadores mexicanos pasaron de ser una minoría colonizada a convertirse en el centro de un mercado laboral dividido que se había desarrollado en contra de los esfuerzos sindicales de la clase trabajadora nativa durante la primera mitad del siglo XX.

LA PERSPECTIVA DE LA ECONOMÍA DUAL

La cuarta perspectiva sobre el trabajo inmigrante combina elementos de las dos últimas teorías, aunque se centra en la realidad posterior a la Segunda Guerra Mundial. Existen distintas versiones de esta perspectiva, pero la más coherente es la que se basa en un análisis de la creciente segmentación en las relaciones sociales productivas bajo la expansión del capitalismo. El núcleo de esta tesis de «economía dual» se centra en la observación de que las economías avanzadas generan un segmento oligopolista en el que el control de las distintas facetas de la producción y comercialización son mucho más exhaustivas que en las empresas capitalistas previas.

El hecho de que surjan oligopolios en segmentos de la economía es un proceso habitual en todos los países industriales capitalistas. Se supone que estas empresas controlan una parte significativa de sus respectivos mercados y se apoyan en una tecnología de capital intensivo para mejorar su productividad. Además, estas empresas pueden traspasar parte o todos los aumentos de la masa salarial a los consumidores a través del control de los mercados. Sus relaciones sociales de producción se caracterizan por las necesidades de las empresas y por los conflictos en el pasado entre empresarios y trabajadores por el control del proceso de producción (Edwards, 1975; Stone, 1973; Gordon, 1972).

Uno de los objetivos primordiales de las corporaciones en el sector oligopolista es la estabilización de las relaciones laborales. La principal estrategia para conseguirlo es la burocratización del proceso productivo y la creación de los llamados mercados internos de trabajo. «Burocratización» es un término empleado para referirse a la sustitución de un sistema de control basado en las órdenes personales directas por otro basado en la adscripción a reglas impersonales. Los «mercados internos» consisten en divisiones del trabajo en escalas laborales muy compartimentadas. La contratación se produce generalmente en el nivel más bajo, mientras que el acceso a posiciones más altas se realiza mediante la promoción interna, y no tanto mediante reclutamiento externo. La estabilidad se promueve

porque los trabajadores no se enfrentan a las órdenes arbitrarias de un jefe o responsable, sino que trabajan siguiendo reglas explícitas. Es más, las escalas laborales incentivan a los trabajadores a mantenerse en una empresa en concreto, puesto que la antigüedad y la formación se premian con incrementos en el salario y el estatus. Las corporaciones oligopolistas son capaces de crear mercados internos por su tamaño y porque pueden compensar el incremento en los costes de la mano de obra con subidas en la productividad, precios más altos en el producto final o ambos. Los salarios en este sector económico son más altos y sus beneficios y condiciones laborales son mucho más atractivas (O'Connor, 1973; Edwards, 1975).

Un segundo segmento de la economía está formado por empresas más pequeñas, que reflejan más claramente las condiciones estructurales bajo el capitalismo industrial temprano. Estas empresas trabajan con una incertidumbre económica considerable. Sus mercados suelen ser locales o regionales, no generan su propia tecnología y habitualmente dependen del trabajo en procesos intensivos de producción. Las empresas de este sector no cuentan con mercados internos. Del mismo modo, tampoco tienen una posición monopolista, con lo que se enfrentan a dificultades al subir los salarios de sus trabajadores. Las condiciones de producción de este sector llevan a una fuerte presión a la baja de los salarios. El control sobre los trabajadores no puede depender de los incentivos de la escala laboral, ni estar basado en reglas impersonales. En lugar de esto, la disciplina se impone de forma directa y suele ser dura. El despido es una amenaza constante y una práctica común, debido a que la mayor parte de los empleados en estas empresas pueden ser reemplazados. Los salarios no solo son más bajos que en el sector oligopolista, sino que su distribución es plana y no mejora con el paso del tiempo.

Los trabajadores de este sector secundario no tienen garantía de que su antigüedad les suponga ni un mayor salario ni una mayor seguridad laboral. Los cambios constantes de empleo en estas empresas son una consecuencia tanto de los despidos como de la insatisfacción de los trabajadores. La viabilidad de estas relaciones de producción depende de la presencia de una fuerza de trabajo tan abundante como indefensa. Si no fuese así, los costes del trabajo se incrementarían y la existencia de estas empresas, tal y como están actualmente estructuradas, peligraría (Edwards, 1975; Portes y Bach, 1985; Massey *et al.*, 2005). Las condiciones del empleo en una economía dual no dependen de los requisitos del trabajo ni de las calificaciones de los trabajadores. Las ventajas en salario y seguridad que disfrutaban aquellos trabajadores del sector oligopolista son el resultado directo de un conjunto de conflictos de clase previos que tuvieron como consecuencia un eventual pacto: los trabajadores sindicados obtuvieron ventajas y

seguridad, al tiempo que las empresas ganaron el control del proceso de trabajo, de tal manera que se promoviera la estabilidad y se minimizaran las perturbaciones en la producción. Así, es posible que «empleos» con los mismos requisitos se retribuyan de forma desigual dependiendo del segmento de la economía en el que se sitúen.

Entrar o no en el mercado del trabajo oligopolista depende principalmente de los requisitos de las empresas y no de la cualificación de sus trabajadores. Como parte de su control sobre el proceso de trabajo, los gestores de las empresas han optado de forma sistemática por una tecnología intensiva en capital que reduce los costes laborales. La oferta de trabajadores cualificados para los puestos disponibles en el sector oligopólico se ve superada por la demanda sistemáticamente. Así, es posible que «individuos» con las mismas cualificaciones se retribuyan de forma desigual dependiendo del segmento de la economía en el que se sitúen.

Los conflictos de clase que llevaron a la bifurcación de las relaciones de producción hacia un doble mercado del trabajo en Estados Unidos tuvieron lugar cuando la mayoría de los trabajadores eran blancos. En ellos se vieron involucrados tanto estadounidenses blancos como inmigrantes europeos más antiguos. La consolidación de una fuerza de trabajo protegida y sindicada en este segmento de la economía tuvo lugar tras el *New Deal* y la Segunda Guerra Mundial. Quienes entraron más adelante en el mercado laboral se encontraron con un cierre progresivo de empresas oligopolistas y con restricciones en el empleo de los sectores competitivos. Estos nuevos trabajadores estaban poco organizados y eran, por tanto, vulnerables. Entre este colectivo se incluían: mujeres blancas, adolescentes blancos, migrantes rurales blancos, al igual que migrantes e inmigrantes africanos y de Puerto Rico (Bonacich, 1976; Bach, 1978; Sassen, 1980; Portes, 1978). Por ello, las mismas minorías que habían servido para mantener los regímenes coloniales y del trabajo segmentado se encontraron confinadas dentro del sector secundario del mercado de trabajo dual.

Los estudiosos de la inmigración en Estados Unidos pudieron apreciar cómo las empresas competitivas empezaban a considerar a los inmigrantes, especialmente a los que no tenían papeles, como una fuente de mano de obra. Este proceso se aceleró durante la mitad de los años sesenta, lo cual coincidió con el fin del «Programa Bracero», y adquirió importancia tanto numérica como simbólica durante los años setenta. Coincidió además con que otras fuentes de trabajadores se agotaron, como ocurrió con los adolescentes y los inmigrantes de las zonas rurales, y con que las mujeres rechazaban cada vez más las condiciones laborales de estas empresas. El análisis que ofrece la teoría de la economía dual y sus predicciones sobre el trabajo inmigrante

son más complejos que los de las teorías colonialistas y de la división del mercado de trabajo. Esta complejidad no es necesariamente una función de las deficiencias de las otras perspectivas, sino que deriva de un énfasis en la transformación más reciente de las economías avanzadas.

LOS AJUSTES DE LA TEORÍA DUAL A LA NUEVA ECONOMÍA GLOBAL

La tesis de la economía dual está de acuerdo con elementos que ya avanzaban las dos perspectivas anteriores, aunque las modifica ligeramente. Coincide con la teoría colonialista en que la incorporación de una minoría racial o cultural subordinada en el mercado del trabajo puede beneficiar tanto a empleadores como a trabajadores dentro del grupo dominante. Esta predicción solo es válida «si» limitamos la definición al mercado primario. Los trabajadores de este sector se benefician del trabajo de los grupos de inmigrantes subordinados siguiendo todas las razones que ya avanzaba la teoría colonialista: los menores costes en bienes y servicios, la posibilidad de compartir el excedente de la producción de los inmigrantes y los beneficios simbólicos de un mayor estatus.

El análisis de la economía dual también coincide con las teorías del mercado de trabajo dividido y con la caracterización de los inmigrantes como una fuerza de trabajo «preferida», frente a los esfuerzos sindicales de los trabajadores domésticos. Esta predicción solo es válida «si» limitamos la definición de trabajo doméstico al propio sector competitivo. El incremento en los flujos de inmigración ilegal en las últimas décadas del siglo XX y el empleo de estos inmigrantes en empresas competitivas fueron estrategias dirigidas contra la resistencia del grupo de trabajadores domésticos minoritarios, quienes se negaban a aceptar los bajos salarios y el duro trato que recibían y se esforzaban por mejorar su situación. En este caso, la situación difiere en cierta medida de la que describe Bonacich, ya que no enfrenta a la vulnerable fuerza de trabajo inmigrante contra la clase trabajadora sindicalizada en los principales sectores económicos. En su lugar, los inmigrantes se utilizan para «parar los pies» a los trabajadores locales, que a su vez son débiles y a menudo no están sindicados, y que son empleados por las empresas más atrasadas tecnológicamente. Los trabajadores oligopolistas, en su mayoría blancos, estaban en gran medida aislados de la competencia de los trabajadores extranjeros, y así pudieron realmente beneficiarse de su presencia.

La rápida desindustrialización de la economía estadounidense alteró significativamente la estructura del mercado del trabajo y los usos de los trabajadores inmigrantes que describe la teoría de economía dual. Desapare-

cieron grandes sectores de lo que anteriormente se consideraba el mercado del trabajo primario, ya que las empresas oligopolistas se vieron obligadas a enfrentarse a la creciente competitividad extranjera. Para ello abandonaron el «pacto histórico» con los sindicatos de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. El proceso de reestructuración industrial realmente acabó con una gran parte de la industria estadounidense al cerrar de forma masiva plantas y redistribuir la producción en fábricas extranjeras. Siguiendo esta tendencia, un enorme fragmento de la fuerza de trabajo primaria que anteriormente estaba protegida se acabó por disolver.

La economía emergente basada en los servicios que sustituyó al antiguo sistema industrial y el mercado laboral en forma de «reloj de arena» (Portes y Rumbaut, 2024, p. 30) han tenido efectos previsibles en los usos de la mano de obra inmigrante. La reestructuración industrial y la flexibilidad laboral abrieron el mercado en forma de «reloj de arena» a trabajadores extranjeros más cualificados. El Programa H1-B (véase la descripción en Portes y Rumbaut, 2024, cap. 1) se diseñó para facilitar su llegada. Los trabajos menos cualificados en el ámbito de los servicios y la agricultura que se encontraban en lo más bajo de este «reloj de arena» siguieron siendo atractivos para los trabajadores de México, América Central y el Caribe. De hecho, se convirtieron en la fuente de trabajadores preferida para este sector, dada su vulnerabilidad y su disposición para llevar a cabo trabajos arduos por salarios bajos (Cornelius, 1998; Massey *et al.*, 2003).

Puesto que no existían canales legales para su llegada al país, la mayor parte de estos inmigrantes llegaban de forma clandestina. En un momento más cercano, el Programa H2 se expande significativamente para atraer a Estados Unidos trabajadores inmigrantes de la agricultura y del sector servicios, que cada vez estaban menos dispuestos a afrontar los riesgos y los costes de la inmigración clandestina. La expansión de este programa es la semilla de la que surge un nuevo sistema de trabajo temporal que responde a las necesidades de las empresas de trabajo intensivo de forma estable.

EL CAMINO EMPRESARIAL

Las teorías sobre el empleo de la fuerza de trabajo inmigrante han detallado distintos aspectos de la experiencia histórica de los trabajadores migrantes. Sin embargo, no han incorporado una alternativa importante al trabajo asalariado: el trabajo autónomo. Desde finales del siglo XIX, los investigadores sobre la inmigración han apuntado lo propensos que son los migrantes a abrir sus propios pequeños negocios. Como muestran Portes

y Rumbaut (2024), los emprendedores representan uno de los principales tipos de inmigrantes contemporáneos en Estados Unidos. Los análisis de este camino alternativo dan lugar a algunas consecuencias importantes para el estudio de la inmigración.

Varias teorías han intentado explicar el fenómeno de la «empresarialidad» inmigrante. La más conocida es probablemente la de Ivan Light y Edna Bonachich, con su enfoque sobre las desventajas de las minorías extranjeras. Como inmigrantes, se encuentran en una posición obstaculizada por la discriminación generalizada y por el desconocimiento de la lengua y la cultura del país de destino. Es por esto por lo que los pequeños negocios se ven como un medio alternativo para la supervivencia económica. Las primeras experiencias de barrios chinos en California y de pequeños negocios japoneses en la costa oeste apoyan esta teoría (Light y Bonacich, 1991; Light, 1979). Sin embargo, también existen anomalías. Otros grupos de extranjeros, igualmente discriminados, no han sido capaces de reproducir las densas redes comerciales que construyeron los inmigrantes judíos y japoneses durante los primeros años del siglo XX o los inmigrantes coreanos, cubanos y chinos durante las últimas décadas.

Emprender de forma independiente ha resultado ser algo más que una alternativa para la supervivencia y un camino para conseguir una rápida movilidad económica. La creación de enclaves comerciales por parte de los judíos rusos en el Lower East Side de Manhattan, y por parte de japoneses en San Francisco, Los Ángeles y Seattle, permitió que estos grupos avanzaran rápidamente en la jerarquía económica, dejando atrás a otras minorías de inmigrantes, compuestas sobre todo por trabajadores asalariados. Como ejemplos más recientes podemos encontrar el enclave cubano en Miami, la pequeña Seúl de Los Ángeles, los barrios chinos de Nueva York y San Francisco y el pequeño Saigón del condado de Orange, en California, donde los resultados económicos han sido con mucho similares (Portes y Stepick, 1993; Light y Bonacich, 1991; Zhou y Bankston, 1999; Zhou, 1992).

Los conceptos de redes sociales y capital social que discutimos anteriormente, y que se relacionan con los orígenes de los flujos migratorios, también pueden emplearse aquí para explicar este fenómeno económico. Claramente, se observa cómo los grupos de extranjeros centrados en el trabajo empresarial utilizan las redes interétnicas y la solidaridad cultural para compensar las barreras que suponen la discriminación y la falta de contactos en la economía nativa. En esta tesitura, la comunidad étnica se puede convertir en una fuente de capital, de trabajadores y en un mercado de información que ayuda a fomentar el éxito de estos negocios. En cierta

medida, los emprendedores inmigrantes compensan su falta de capital monetario con un amplio capital social generado a través de la solidaridad étnica (Portes y Stepick, 1993; Light, 1984).

Sin embargo, esta teoría también se queda corta, ya que las redes sociales y la solidaridad son habituales entre los grupos minoritarios, tanto inmigrantes como no inmigrantes, pero solo algunos de ellos han conseguido construir enclaves económicos viables. Por ejemplo, una amplia revisión de la literatura sobre los barrios de afroamericanos demostró que existen las redes y el capital social, y que tienen un rol fundamental para la supervivencia personal y familiar. Sin embargo, el funcionamiento de estos mecanismos nunca ha conseguido sacar a las minorías nativas de la pobreza y la marginación social permanentes. Las áreas en las que se concentran estos grupos, al igual que las que crean la mayoría de las minorías inmigrantes, se convierten en barrios étnicos y no en enclaves económicos (Fernandez-Kelly, 1995; Stack, 1975; Wilson, 2012).

El elemento fundamental para el avance de las empresas se encuentra en que exista una masa crítica de migrantes con habilidades empresariales obtenidas en sus países de origen y traídas a la sociedad huésped. Cada experiencia emprendedora que ha resultado en un enclave viable ha sido construida por individuos experimentados en el comercio industrial y comercial (Frazier, 1951; Light, 1972). Un amplio capital humano, que parta de disponer de una educación generalizada y liberal, no es suficiente. El factor fundamental se encuentra en una serie de habilidades para la organización y el funcionamiento de los distintos tipos de negocios. Cuando existe este tipo de perfil dentro de una comunidad étnica, los negocios surgen en una cantidad lo suficientemente alta como para convertirse en una alternativa al trabajo asalariado en la economía exterior. Con el tiempo, el conocimiento empresarial pasa de los primeros emprendedores a otros miembros del mismo grupo étnico, lo cual sirve de base a una movilidad económica sostenida. Zhou concluye su conocida revisión sobre las empresas étnicas en Estados Unidos con el siguiente apunte:

La idea central en el concepto de enclave económico es que es mucho más que un mero paraguas para los desfavorecidos que se ven forzados a trabajar de forma autónoma o a permanecer en pequeños negocios con trabajos marginales. Realmente, el enclave étnico tiene el potencial de desarrollar una estructura distintiva de oportunidades económicas, como un camino alternativo y efectivo de movilidad social (2004).

Este camino también tiene un efecto significativo en los logros educativos y ocupacionales de los descendientes de estos inmigrantes, en la segunda generación. Aunque el camino del enclave económico es excepcional, tiene suficientes implicaciones teóricas como vía de escape al mercado de trabajo secundario y a la parte inferior de la actual economía en forma de «reloj de arena».

LA ADAPTACIÓN DE LOS INMIGRANTES

El último grupo de teorías se centra en las relaciones sociales entre los inmigrantes y los nativos que constituyen la mayoría, así como en sus interacciones culturales. Las distintas perspectivas sobre la adaptación sociocultural de los inmigrantes están relacionadas con las referidas al empleo. De este modo, la teoría que considera a los inmigrantes como un suplemento a la fuerza de trabajo nativa se complementa con una primera perspectiva sobre la adaptación en términos de asimilación social y cultural.

PERSPECTIVAS SOBRE LA ASIMILACIÓN

La «escuela de la asimilación», como se conoce habitualmente a esta corriente de pensamiento, comprende la mayor parte de los estudios clásicos sobre inmigración en Estados Unidos. Incluyen el trabajo de sociólogos e historiadores como Handlin, que estudió a los irlandeses en zonas urbanas, Child y su estudio sobre los italianos de segunda generación, Wittke y su análisis sobre los alemanes y Blegen en su estudio sobre los noruegos. También se incluyen aquí un conjunto de autores posteriores que van desde Milton Gordon a Thomas Sowell (Handlin, 1973; Child, 1970; Wittke, 1952; Blegen, 1969; Gordon, 1964; Sowell, 2008).

Para la perspectiva de la asimilación, la situación de los inmigrantes lleva consigo un choque entre valores culturales y normas distintas. La mayoría nativa representa el «centro», mientras que los inmigrantes son la «periferia». La asimilación ocurre cuando se traspasan los valores y las normas desde el centro a la periferia. Como si de un proceso de ósmosis se tratase, los inmigrantes absorben gradualmente las nuevas formas culturales, de tal forma que se acercan a la mayoría. El proceso ha sido denominado en ocasiones «aculturación» y suele verse como un cambio irreversible, aunque dependiendo de los grupos puede ocurrir a distintos ritmos (Gordon, 1961).

Milton Gordon, en el trabajo más extenso realizado hasta la fecha sobre la asimilación, define la aculturación como una condición previa para otras formas de asimilación. En un siguiente nivel aparece la asimilación estructural o la participación extensiva de los inmigrantes en los grupos de la sociedad «central». Posteriormente se desarrolla una identidad nacional común basada en los símbolos del grupo central. Esto tiene lugar a un ritmo menos preciso y está relacionado con la amalgama. Es decir, los matrimonios entre inmigrantes y nativos y la asimilación de nuevas identidades. La asimilación actitudinal refleja la ausencia de prejuicios hacia los inmigrantes, mientras que la asimilación de la conducta representa la ausencia de discriminación (*ibid.*).

Según Gordon, no hay una relación necesariamente lineal entre los distintos tipos de asimilación una vez superado el proceso de aculturación. Al asimilar las normas y valores de la sociedad central, se pueden reducir los prejuicios y la discriminación al mismo tiempo que la minoría y la mayoría deciden permanecer separados en lo que a interacciones sociales se refiere. La asimilación por identificación también puede ocurrir sin que se produzcan ni la amalgama ni la asimilación estructural extensiva. En cualquier caso, este último proceso de amplia interacción a nivel de grupos primarios entre inmigrantes y miembros de la mayoría nativa es el fundamental para el éxito de la asimilación según Gordon (*ibid.*; Geschwender, 1978).

Otros sociólogos como Warner y Srole también comparten la perspectiva de esta escuela. Para ellos, la asimilación es un proceso lineal, pero existen tres variables que determinan la velocidad con la que los inmigrantes acceden a las relaciones más cercanas con los miembros del grupo dominante: la raza, la religión y la lengua. Cuanto más cercano sea el grupo inmigrante a la mayoría blanca, protestante y angloparlante en Estados Unidos, más sencilla será su asimilación. En cambio, la asimilación puede tardar generaciones si el grupo de inmigrantes está mucho más alejado en estas tres variables. Para Warner y Srole (1976), la raza es la variable principal, por lo que los grupos de inmigrantes no blancos se enfrentan a una asimilación mucho más lenta y complicada.

Gordon analiza tres tendencias ideológicas o perspectivas alternativas para la asimilación: la «angloconformidad»⁶, el crisol de las razas y el pluralismo cultural. Como su propio nombre indica, la «angloconformidad» hace referencia al abandono total de los símbolos y valores inmigrantes para que la cultura principal los absorba. Este proceso culmina con la asimilación por

6 N. de T. El término original es *anglo-conformity*.

identificación, aunque no necesariamente lleva a la asimilación estructural o a la eliminación de la discriminación y los prejuicios. La teoría del crisol de las razas mantiene que la asimilación resulta de una mezcla de valores, normas, estilos de vida e instituciones de los grupos, tanto nucleares como periféricos. En Estados Unidos esto puede verse, por ejemplo, en la incorporación de cocinas extranjeras en la gastronomía estadounidense, en la adopción de expresiones extranjeras en la lengua inglesa, y en la integración de símbolos y festividades de distintos grupos de inmigrantes en la cultura del país.

El pluralismo cultural hace referencia a lo que sucede cuando los inmigrantes pueden preservar su propia cultura con su carácter distintivo, aunque con ciertas modificaciones asociadas al contacto con el grupo cultural principal. En una situación plural, las diferencias no suponen prejuicios y discriminación. Cada grupo puede funcionar en un plano relativamente igualitario con asimilación estructural y amalgama limitada entre ellos. Aunque la mayoría de los inmigrantes prefieren el pluralismo cultural, Gordon asegura que este nunca ha existido en Estados Unidos. Bajo su punto de vista, el proceso de aculturación ha llevado más bien a situaciones como las que define la tesis de la «angloconformidad», donde los valores fundamentales, las normas y los símbolos que se enseñan a los inmigrantes, y que absorbe la segunda generación, son realmente los de la cultura estadounidense dominante (Gordon, 1961).

Otros teóricos de la asimilación, como por ejemplo Sowell, afirman que la teoría del crisol de culturas es más realista. La sociedad y la cultura estadounidenses son un destilado de diferentes contribuciones nacionales. La angloprotestante es una de las más prominentes, pero no la única. Sowell afirma que:

La cultura estadounidense se ha formado mediante la gastronomía, la lengua, las actitudes y las habilidades de muchos grupos distintos... Las características de la cultura estadounidense son una herencia común a pesar de la diversidad étnica que existe. La cerveza Budweiser se bebe en Harlem, los judíos comen pizza y los restaurantes chinos se llenan de clientes que obviamente no son chinos (2008).

Aunque algunos escritores reniegan de estas afirmaciones por ser demasiado superficiales, otros, en cambio, consideran que el concepto del crisol de culturas es muy útil para describir una serie de procesos mucho más fundamentales para los inmigrantes de segunda y tercera generación. Al ser rechazados al intentar traducir la aculturación en asimila-

ción estructural, estos inmigrantes de segunda y tercera generación han desarrollado su propio crisol de culturas organizado según la religión. Kennedy y, posteriormente, Herberg desarrollaron el concepto del triple crisol de culturas, en el que las relaciones primarias y los matrimonios mixtos ocurren dentro de los grupos más amplios organizados por la religión: protestantes, católicos y judíos. Mientras que la identidad étnica persiste dentro de cada uno de estos segmentos, la tendencia general está dirigida hacia una población estadounidense no diferenciada entre cada uno de ellos (Reeves Jennedy, 1944; Herberg, 1983; Hirschman, 2004; Portes y DeWind, 2007).

Gordon apoyó esta tipología y concluyó que la «angloconformidad» en la cultura y el crisol segmentado en la estructura social eran las tendencias principales en la asimilación de inmigrantes en Estados Unidos. Otros autores, como Glazer y Moynihan, han añadido un segmento más a este triple crisol de culturas, separado no por la religión, sino por la raza. La población negra y quizá otras poblaciones no blancas no se «funden» directamente con la sociedad principal ni con ninguno de sus subsegmentos religiosos, aunque también son aculturados en los valores dominantes (Glazer y Moynihan, 1970).

A pesar de las variantes y tipologías de la literatura basada en la asimilación, la idea fundamental es que el contacto entre minoría y mayoría lleva a la fusión de valores, símbolos e identidades a lo largo del tiempo. Esta integración hacia una sociedad y cultura únicas, o hacia subsegmentos, se ve como algo positivo. Para la mayoría, esta unión representa una garantía de estabilidad social y de enriquecimiento, que proviene de una selección de elementos de las culturas extranjeras. Para la minoría, ofrece la posibilidad de acceder a puestos de mayor prestigio y poder, así como la promesa de un mejor futuro para sus hijos.

El modelo de asimilación refleja una perspectiva de la sociedad como integrada por consenso estructural. El cambio social consiste en intentos para restaurar el equilibrio que ha sido roto por fuerzas externas. La llegada masiva de individuos con lenguas y culturas extranjeras es un ejemplo de esta ruptura del equilibrio. La asimilación permite restaurar este equilibrio. Al aprender la lengua y la cultura, los inmigrantes se desprenden de sus prejuicios tradicionales y de los primeros sentimientos de alienación. Cuando conocen y entienden a los miembros de la mayoría, su actitud hacia ellos se vuelve más positiva. Este proceso de aprendizaje se ve recompensado en el tiempo con una mayor apertura de la sociedad huésped y con un mayor número de oportunidades para avanzar social y económicamente (Gordon, 1961).

Las perspectivas sobre el trabajo inmigrante del colonialismo interno, el mercado dividido y la economía dual se corresponden con un análisis bien distinto de la adaptación de los inmigrantes. Para estas perspectivas alternativas, que el grupo de inmigrantes tenga un mayor conocimiento sobre la lengua y la cultura dominante, y que esté más familiarizado con los miembros de esta, no siempre tiene que llevar a actitudes más positivas y a una asimilación más rápida. De hecho, estas condiciones pueden tener el efecto contrario, ya que los inmigrantes se dan cuenta de su posición económica inferior y se ven expuestos a ideologías racistas que van en su contra y que se emplean como instrumentos de dominación. Esta perspectiva sobre la adaptación de los inmigrantes pone el foco en la «resiliencia étnica» como una herramienta de resistencia por parte de minorías oprimidas.

PERSPECTIVAS SOBRE LA RESILIENCIA ÉTNICA

Los estudios sobre etnicidad suelen empezar mencionando la persistencia de los rasgos culturales distintivos entre los descendientes de grupos de inmigrantes, a pesar de llevar un largo tiempo en la sociedad huésped. Esta situación solo puede explicarse desde la perspectiva de la asimilación aduciendo una insuficiente difusión de la cultura dominante hacia los grupos periféricos. En cualquier caso, este tipo de explicación choca con la experiencia real de muchos extranjeros que llevan en el país de destino varias generaciones. Estos grupos han aprendido a hablar inglés (en el caso estadounidense), están muy familiarizados con los valores y los estilos de vida de la mayoría, y están totalmente integrados en la estructura económica. Pero, aun así, no han abandonado sus rasgos culturales distintivos y sus propias identidades. De hecho, habitualmente se resisten a una mayor asimilación (Geschwender, 1978; Greeley, 1971; Hechter, 1999).

Llegados a este punto, la literatura sobre la resiliencia étnica se divide en dos ramas. Una de ellas se centra en las ventajas funcionales de la etnicidad que van desde el apoyo moral y material que suponen las redes étnicas hasta las ventajas políticas que se consiguen con la participación electoral de los grupos étnicos. Sale «rentable» preservar la solidaridad étnica, que en muchos casos es la única ventaja que tienen los inmigrantes y sus descendientes para prosperar en la sociedad. En Estados Unidos, esta línea de pensamiento está asociada con los trabajos de Greeley, Suttles y Glazer y Moynihan. Las investigaciones que apoyan esta teoría se han centrado principalmente en la experiencia de las «etnias blancas»,

los descendientes de los grupos de inmigrantes europeos, aunque también se ha extendido a minorías no blancas (Suttles, 1970; Glazer y Moynihan, 1970; Greeley, 1970).

Glazer y Moynihan (1970) concluyeron, de forma casi dolorosa, que «el crisol de culturas realmente no existió». Para Greeley, la resiliencia étnica no es un desfase cultural de los tiempos premodernos, sino una base común sobre la que se apoyan las estructuras sociales modernas. En lugar de suponer un «problema social», los lazos étnicos representan una de las pocas fuentes de apoyo moral y de solidaridad social que quedan en los contextos urbanos modernos:

Los grupos étnicos [...] surgieron para que los lazos primordiales de las comunidades de campesinos pudieran salvarse de algún modo [...]. Pero que los lazos primordiales hayan cambiado no significa que se hayan eliminado [...] son tan decisivos para las relaciones humanas como lo fueron en el pasado [...]. (Greeley, 1971).

Las consecuencias positivas de la resiliencia étnica y la solidaridad también se apoyan en la literatura sobre los enclaves y otras formas de emprendimiento económico. Tal y como hemos visto anteriormente, esta opción no existiría sin el capital social que surge de las redes sociales y la solidaridad étnica. Partiendo de esta postura, la rápida aculturación y la asimilación estructural por las que abogaban Gordon, Warner, Srole y otros autores de la misma escuela no son necesariamente una ayuda a las oportunidades de movilidad de los inmigrantes y su descendencia, ya que estos procesos debilitan las relaciones que sostienen el capital social coétnico. En cambio, la «aculturación selectiva» que combina el aprendizaje instrumental de la lengua y la cultura de destino, a la vez que se mantienen las tradiciones culturales del país de origen, resulta el camino más efectivo para los inmigrantes orientados hacia el emprendimiento (Portes y Zhou, 1993; Rumbaut, 2005; Portes y Stepick, 1993).

Una segunda corriente en la literatura sobre la resiliencia étnica suele coincidir con estas afirmaciones, pero se centra en los orígenes de la solidaridad étnica en minorías oprimidas. Enfatiza la experiencia de los grupos de inmigrantes, que pese a una aculturación extensa en los valores y normas dominantes han sido rechazados en sus intentos por entrar en la sociedad. Como vimos anteriormente, las teorías sobre asimilación también se han hecho eco de estas experiencias, pero no sacan de ellas ninguna implicación más allá de la «triple segmentación» del crisol de culturas. Para esta segunda corriente sobre el modelo de resiliencia étnica, el rechazo es una consecuencia necesaria de la posición subordinada

de ciertas minorías inmigrantes en el mercado del trabajo, así como de las ideologías que se emplean para legitimarla.

Africanos y mexicanos, al igual que chinos, japoneses, polacos e italianos antes que ellos, han sido mantenidos «a raya» porque han constituido, cada uno en su momento, el pilar de un mercado laboral segmentado (Blauner, 1972; Barrera, 1979; Telles y Ortiz, 2009). Han formado un componente indispensable para la estructura económica, tanto como minorías colonizadas o como fuente de trabajadores frescos para el sector secundario. Que estos grupos entren a la sociedad mayoritaria por sus méritos pondría en peligro su utilidad para los empleadores y para la totalidad del grupo étnico dominante. Por tanto, que estas minorías aprendan los valores «correctos» y los patrones de comportamiento no es suficiente para que puedan acceder a la sociedad blanca (Hechter, 1999; Barrera, 1979; Cox, 1948).

El rechazo que experimentan los inmigrantes y sus descendientes cuando intentan asimilarse de forma completa constituye un elemento central para la reconstrucción de su cultura étnica. Tal y como han apuntado varios autores, esta cultura no es una mera continuación de la que trajeron los primeros inmigrantes, sino un producto distinto y emergente. Surge de la interacción del grupo con la mayoría dominante, incluye algunos aspectos de la cultura central y se benefician del conocimiento de sus mayores, formados en la lucha por la dignidad y el ascenso económico. Pueden surgir «nacionalismos» entre los inmigrantes y sus descendientes que solo compartían lazos muy ligeros con el país de origen. Los une la asignación de una etnia común que les ha dado la sociedad receptora y que se utiliza para justificar su explotación (Blauner, 1972; Portes *et al.*, 1980).

La perspectiva sobre resiliencia étnica sostiene que la ideología racial empleada para justificar la subordinación de los grupos colonizados puede convertirse en un instrumento de solidaridad. Cuando las minorías descubren que la asimilación es un camino engañoso, se apoyan en la cohesión interna del grupo y en la reafirmación cultural como una forma efectiva para salir de su situación. La emergencia de la etnia como «la» identidad central de estas minorías también se ve apoyada por la suerte que corren sus integrantes, tanto dentro como fuera del lugar de trabajo. Suelen trabajar en las mismas empresas y empleos y suelen vivir en las mismas zonas. En ambas esferas se enfrentan a los efectos continuos de la discriminación. La unión del trabajo y la vida diaria, de la producción y el consumo, facilita mucho las interacciones dentro del grupo. Por este motivo, cuando el descontento se convierte en movilización política, los estandartes de estos grupos son la raza y la cultura, en lugar de los emblemas universales en la clase proletaria (*ibid*; Cox, 1948; Bonacich y Modell, 1980).

ENTRE LA ASIMILACIÓN Y LA RESILIENCIA

Las críticas que avanzaron las distintas ramas de la teoría sobre resiliencia étnica debilitaron considerablemente la perspectiva de la asimilación, relegándola casi al olvido. Recientemente se ha intentado revivir la asimilación en forma de «concepto clave» fundamentándolo en los primeros trabajos de la escuela de Chicago, en lugar de en las ideas de Gordon o Warner y Srole. Este intento ha sido dirigido por los sociólogos Richard Alba y Victor Nee, que sostienen que la asimilación cultural y lingüística ha sido la experiencia dominante para los grupos de inmigrantes en Estados Unidos, lo que ha llevado a su incorporación a las corrientes principales, las cuales ha modificado a su vez (Alba y Nee, 2005). Para fundamentar su intento, Alba y Nee han revisitado la historia de los grupos de inmigrantes europeos y sus descendientes, para ver cómo abandonaron gradualmente su lengua y su cultura, uniéndose así a una sociedad estadounidense con mayor apertura. Para estos autores, la asimilación es «lo que le pasa» a las personas mientras se embarcan en otros objetivos. Esta nueva teoría sobre la asimilación sigue los pasos de Robert Park y otros autores clásicos de la escuela de Chicago y acepta que el proceso puede ocurrir de formas muy distintas o incluso puede no llegar a suceder. Sin embargo, la fuerza de este argumento es que, en general, la asimilación cultural y social a la sociedad estadounidense ha sido el camino «canónico» (*ibid.*).

Por el contrario, otros autores han apoyado la teoría de la resiliencia étnica documentando las experiencias de grupos que, aunque pasaron por un proceso exhaustivo de aculturación, han continuado estando confinados a un estatus económico y ocupacional subordinado durante generaciones. Telles y Ortiz, basándose en un estudio detallado de los mexicano-estadounidenses a lo largo de generaciones, avanzaron una tesis sobre la racialización que reproduce en sus argumentos más esenciales el tema previo sobre la resiliencia étnica: los jóvenes mexicano-estadounidenses están racializados por una sociedad predominantemente blanca que asocia sus características fenotípicas con un potencial educativo inferior y un estatus subordinado en el mercado laboral. Estos jóvenes reaccionan contra estos estereotipos rechazando el camino convencional para la movilidad social mediante la educación y apoyan, en cambio, los símbolos de una dañada etnicidad común (Telles y Ortiz, 2009).

En el fondo, las controversias entre estas perspectivas opuestas se centran en el distinto énfasis en los indicadores culturales, frente a los estructurales del proceso de asimilación. La importancia básica del «neomasimilacionismo» de Alba y Nee pone el foco en las abrumadoras pruebas de la aculturación lingüística en los grupos de descendientes de inmigrantes. En

cambio, son menos conscientes de que este proceso puede no traducirse necesariamente en una movilidad estructural dentro de las jerarquías de riqueza y poder. Por tanto, pese a ser minorías muy aculturadas, como los descendientes de los primeros inmigrantes mexicanos, puertorriqueños y caribeños, siguen confinados a una posición socioeconómica inferior y son racializados por una sociedad mayormente blanca (*ibid.*; Portes *et al.*, 1980; Barrera, 1979; Rumbaut, 1997).

Las experiencias de los grupos de inmigrantes exitosos, es decir, aquellos que han desarrollado enclaves económicos, también minan el modelo neosimilacionista, puesto que estos grupos muestran la relevancia de la solidaridad étnica para la movilidad estructural. En estos grupos exitosos, la solidaridad coétnica no ha sido tanto una reacción a la discriminación externa como una forma proactiva de conseguir un nicho económico ventajoso. Para Alba y Nee, la «cultura predominante» estadounidense puede aunar todas estas opciones, tanto positivas como negativas, pero desde el punto de vista de los inmigrantes hay una gran diferencia entre las diversas vías de asimilación que siguen ellos y sus descendientes. Algunos han sido capaces de subir escalones en lo que se refiere a la educación y el empleo, y unirse rápidamente a la clase media, mientras que otras minorías racializadas se ven confinadas a un estatus socioeconómico inferior durante generaciones. El contraste entre las experiencias de los hijos de profesionales y emprendedores inmigrantes en el pasado y el presente, y los descendientes de minorías colonizadas, proporcionan un apoyo adicional a esta perspectiva alternativa (Rischin, 1977; Zhou, 1992; Portes y Shafer, 2007; Telles y Ortiz, 2008; Wacquant y Wilson, 1989).

CONCLUSIÓN: TRANSNACIONALISMO Y ASIMILACIÓN

El modelo transnacional, descrito anteriormente como la más reciente aproximación a la direccionalidad de los movimientos migratorios, también incide en la adaptación de los inmigrantes. El hecho de que los inmigrantes adopten un patrón de movimientos regulares a través de las fronteras internacionales arroja una nueva perspectiva al debate entre la asimilación y la resiliencia étnica. En principio, el transnacionalismo puede verse como una vía hacia una asimilación tardía, en la medida en que mantiene el contacto y la memoria del país de origen. Curiosamente, la realidad es más compleja: la investigación sobre este tema ha mostrado que los participantes que colaboran en actividades y organizaciones transnacionales son habitualmente los inmigrantes más asentados y mejor educados (Portes *et al.*, 1980; Guarnizo *et al.*, 2003). Estos son precisamente los candidatos para una integración más rápida y exitosa en la sociedad receptora.

Lo que parece suceder es que los inmigrantes recién llegados se concentran en buscar un nicho para establecerse y no tienen apenas tiempo de prestar atención a lo que ocurre en sus países de origen. Solo cuando han conseguido una relativa seguridad y un cierto éxito ocupacional consideran involucrarse en actividades transnacionales o en organizaciones transnacionales. Estos descubrimientos redefinen, entre otras cosas, el significado que tiene adquirir la ciudadanía del país receptor. Desde la perspectiva de la asimilación, conseguir la ciudadanía en el país huésped representa un paso decisivo en el proceso de aculturación e integración. En cambio, desde el modelo transnacional, la mayor seguridad legal que se deriva de conseguir la ciudadanía y el pasaporte sirven para facilitar los viajes entre fronteras y los contactos en el extranjero (Levitt, 2001; Guarnizo, 2003; Vertovec, 2008).

El transnacionalismo resalta la posibilidad de que preservar los lazos con la cultura y la lengua de origen no tiene por qué ser incompatible con la aculturación. De hecho, los inmigrantes económicamente más exitosos suelen ser quienes han mantenido esta mezcla de lo antiguo y lo nuevo a lo largo de sus vidas. Practicar la aculturación selectiva no les ha supuesto un impedimento para avanzar en la estructura económica. De hecho, les ha supuesto un apoyo. Para los inmigrantes de primera generación, el contacto frecuente con sus países de origen se traduce habitualmente en la posibilidad de acceder a recursos económicos únicos. Tal y como muestran los estudios más recientes, los negocios más exitosos establecidos por inmigrantes tienen un componente transnacional (Saxenian, 2007; Portes *et al.*, 1980).

Esta nueva perspectiva sugiere que la oposición entre asimilación y resiliencia étnica que ha dominado los debates académicos en el pasado puede estar desfasada. En ciertas circunstancias, la resiliencia étnica en las generaciones primera y segunda puede llevar a una asimilación exitosa. Cuando esto ocurre, la consecuencia más probable es la pérdida de los marcadores étnicos más característicos en las futuras generaciones. Precisamente este resultado es el contrario a la etnicidad reactiva entre minorías permanentemente subordinadas. Debería quedar claro que el transnacionalismo y su pariente conceptual, la aculturación selectiva, no son equivalentes al multiculturalismo, si este último se entiende como la preservación de comunidades culturalmente diferenciadas e institucionalmente completas de generación en generación. Todo lo contrario, el transnacionalismo ofrece un puente y una plataforma viables para una integración exitosa. El destino de los grupos de inmigrantes que no han podido usar los recursos que ofrece este camino aparece como un contraste bastante evidente que muestra los peligros de una asimilación prematura sin medios para lograr el progreso educativo y económico.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alba, R. (1978). Mexico's international migration as a manifestation of its development pattern. *International Migration Review*, 12(4), 502-513.
- Alba, R. y Nee, V. (2005). *Remaking the American mainstream: Assimilation and contemporary immigration*. Harvard University Press.
- Bach, R. L. (1978). Mexican immigration and the American state. *International Migration Review*, 12(4), 536-558.
- Barrera, M. (1979). *Race and class in the Southwest: A theory of racial inequality*. University of Notre Dame Press.
- Blauner, R. (1972). *Racial oppression in America*. Harper and Row.
- Blegen, V. (1969). *Norwegian migration to America*. University of Minnesota Press.
- Bonacich, E. (1976). Advanced capitalism and black/white relations. *Social Problems*, 24(4), 356-373.
- Bonacich, E. y Modell, J. (1980). *The economic basis of ethnic solidarity: Small business in the Japanese American community*. University of California Press.
- Borjas, G. J. (1989). Economic theory and international migration. *International Migration Review*, 23(3), 457-485.
- Castells, M. (1975). Immigrant worker and class struggles in advanced capitalism. *Sociology of Work and Occupations*, 2(3), 239-260.
- Child, I. (1970). *Italian or American?* University of Chicago Press.
- Cornelius, W. A. (1998). The structural embeddedness of demand for Mexican labor. *International Migration Review*, 32(4), 1062-1090.
- Cox, O. (1948). *Caste, class, and race: A study in social dynamics*. Doubleday.
- De Haas, H. (2010). The internal dynamics of migration processes. *The International Migration Review*, 44(2), 236-265.

Edwards, R. (1975). The social relations of production in the firm and labor market structures. *Journal of Economic Issues*, 9(1), 1-14.

Fernandez-Kelly, M. P. (1995). Social and cultural capital in the urban ghetto. En C. Hirschman, P. Kasinitz, y J. DeWind (Eds.), *The economic sociology of immigration* (pp. 118-143). Russell Sage Foundation Press.

Frazier, E. F. (1951). *The negro in the United States*. Macmillan.

Galarza, E. (1973). *Farmworkers and agribusiness in California*. University of Notre Dame Press.

Gans, H. J. (1972). The positive functions of poverty. *American Journal of Sociology*, 78(2), 272-281.

Geschwender, J. (1978). *Racial stratification: The interplay of social systems and the structure of race relations*. University of Pittsburgh Press.

Glazer, N. y Moynihan, D. P. (1970). *Beyond the melting pot: The Negroes, Puerto Ricans, Jews, Italians, and Irish of New York City*. MIT Press.

Glick-Schiller, N. y Basch, L. (1992). Towards a transnationalization of migration. *International Migration Review*, 26(1), 1-3.

Gordon, M. M. (1961). *Assimilation in American life: The role of race, religion, and national origins*. Oxford University Press.

Gordon, M. M. (1964). *Assimilation in American life*. Oxford University Press.

Gordon, M. M. (1972). *Theories of poverty and unemployment*. Basic Books.

Greeley, A. M. (1971). *Why can't they be like us?* University of Chicago Press.

Guarnizo, L. E. (2003). The economics of transnational living. *International Migration Review*, 37(3), 665-689.

Guarnizo, L. E., Portes, A. y Haller, W. (2003). Assimilation and transnationalism: Determinants of transnational political action among contemporary migrants. *American Journal of Sociology*, 108(6), 1211-1248.

Handlin, O. (1973). *The uprooted*. University of Pennsylvania Press.

- Hechter, M. (1999). *Internal colonialism: The Celtic fringe in British national development*. Routledge.
- Herberg, W. (1983). *Protestant, Catholic, Jew: An essay in American religious sociology*. University of Chicago Press.
- Hirschman, C. (2004). The role of religion in the origins and adaptation of immigrant groups. *International Migration Review*, 38(4), 1205-1226.
- Irving, C. (1970). *Italian or American?* University of Chicago Press.
- Itzigsohn, J. y Saucedo, S. (2006). Immigrant incorporation and socio-cultural transnationalism. *International Migration Review*, 40(3), 566-595.
- Jerome, H. (1926). Migration and business cycles. *The Quarterly Journal of Economics*, 41(2), 337-366.
- Kyle, D. (2001). *Transnational peasants: Migrations in local and global contexts*. Johns Hopkins University Press.
- Landolt, P. (2000). Salvadoran economic transnationalism: The consequences of transnational activities for local development. *Economic Geography*, 76(1), 40-66.
- Lebergott, S. (1964). *Manpower in economic growth: The American employment experience*. Princeton University Press.
- Levitt, P. (2001). *The transnational villagers*. University of California Press.
- Lewis, A. (2003). *The theory of economic growth*. Routledge.
- Light, I. (1972). *Ethnic enterprises in America: Business and welfare among Chinese, Japanese, and black Americans*. University of California Press.
- Light, I. (1979). Disadvantaged minorities. *Social Problems*, 27(3), 308-324.
- Light, I. (1984). Immigrant and ethnic enterprise in North America: A reappraisal. *Sociological Perspectives*, 27(4), 547-564.
- Light, I. y Bonacich, E. (1991). *Immigrant entrepreneurs: Koreans in Los Angeles, 1965-1982*. University of California Press.

Massey, D. S. (1987). Understanding Mexican migration to the United States. *American Journal of Sociology*, 92(6), 1183-1213.

Massey, D. S., Arango, J., Hugo, G., Kouaouci, A., Pellegrino, A. y Taylor, E. J. (2005). *Worlds in motion: Understanding international migration at the end of the millennium*. Oxford University Press.

Massey, D. S., Durand, J. y Malone, N. (2003). *Beyond smoke and mirrors: Mexican immigration in an era of economic integration*. Russell Sage Foundation.

Massey, D. S. y García España, F. (1987). The social process of international migration. *Science*, 237(4813), 279-285.

Mills, C. W. (1848). *Principles of political economy* (cap. XI). A. M. Kelley.

O'Connor, J. (1973). *The fiscal crisis of the state*. St. Martin's Press.

Oberoi, S. y Lin, C. (2006). Brain drain of doctors: The role of demand-side factors in migration decisions. *International Migration Review*, 40(3), 531-548.

Passel, J. S. (2012). Migration patterns, 2012. *Pew Research Center*.

Piore, M. J. (1979). *Birds of passage: Migrant labor and industrial societies*. Cambridge University Press.

Portes, A. (1976). Determinants of the brain drain: The case of the Dominican Republic. *International Migration Review*, 10(1), 74-93.

Portes, A. (1978). Towards a structural analysis of undocumented immigration. *International Migration Review*, 12(4), 581-591.

Portes, A., Escobar, C. y Arana, A. (2008). Bridging the gap: Transnational and ethnic organizations in migration. *International Migration Review*, 42(1), 35-67.

Portes, A., Parker, R. N. y Cobas, J. A. (1980). Assimilation or consciousness: Perceptions of U.S. society among recent Latin American immigrants to the United States. *Social Forces*, 59(1), 200-224.

Portes, A. y Bach, R. L. (1985). *Latin journey: Cuban and Mexican immigrants in the United States*. University of California Press.

Portes, A. y Celaya, S. (2013). Modernization for emigration: A reconsideration of the role of the state. *International Migration Review*, 47(2), 268-292.

Portes, A. y DeWind, J. (2007). A North-Atlantic dialogue: Migration and economic integration. En A. Portes y J. DeWind (Eds.), *Rethinking migration: New theoretical and empirical perspectives* (pp. 137-155). Rowman and Littlefield Publishers.

Portes, A. y Rimbaut, R. (2024). *Immigrant America: A portrait* (5.^a ed.). University of California Press.

Portes, A. y Shafer, S. (2007). Revisiting the enclave hypothesis: A transnational approach to immigrant entrepreneurship. *International Migration Review*, 41(2), 228-253.

Portes, A. y Stepick, A. (1993). *City on the edge: The transformation of Miami*. University of California Press.

Portes, A. y Walton, J. (1981). *Labor, class, and the international system*. Academic Press.

Portes, A. y Zhou, M. (1993). The new second generation: Segmented assimilation and its determinants. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 530(1), 74-96.

Reeves Kennedy, M. (1944). Single or triple melting pot? *American Journal of Sociology*, 49(4), 331-339.

Riosmena, F. y Massey, D. S. (2012). Pathways to El Norte: Why do Mexicans migrate to the United States? *The International Migration Review*, 46(2), 358-383.

Rischin, M. (1977). *The promised city: New York's immigrants from the turn of the century to the 1940s*. Harper and Row.

Roberts, K. (1995). Socially expected durations and the economic adjustment of migrants. En C. Hirschman, P. Kasinitz, y J. DeWind (Eds.), *The economic sociology of immigration* (pp. 118-143). Russell Sage Foundation Press.

Rosenblum, G. (1974). Immigrant workers: Their impact on American labor radicalism. *Science and Society*, 38(4), 503-505.

Rumbaut, R. G. (1997). Assimilation and its discontents: Irony and paradox in the immigrant experience. *Sociological Forum*, 12(4), 536-559.

Rumbaut, R. G. (2005). Turning points in the life course of immigrant youth: The role of agency and social context. *International Migration Review*, 39(4), 1002-1037.

Sassen, S. (1980). Immigrant and minority workers in the organization of the labor process. *Journal of Ethnic Studies*, 8(1), 1-31.

Sassen, S. (1988). *The mobility of labor and capital: A study in international investment and labor flow*. Cambridge University Press.

Saxenian, A. (2007). *The new argonauts: Regional advantage in a global economy*. Harvard University Press.

Sowell, T. (2008). *Ethnic America: A history*. Basic Books.

Stack, C. (1975). *All our kin: Strategies for survival in a black community*. Harper and Row.

Stark, O. (1981). *Migration decision-making: A theoretical analysis*. Pergamon Press.

Stark, O. (1991). *The migration of labor*. Blackwell.

Stone, R. (1973). The origins of job structures in the steel industry. *Social Problems*, 20(2), 150-167.

Straubhaar, T. y Wolburg, J. (1999). Brain drain and brain gain in Europe. *International Migration*, 37(4), 35-59.

Suttles, G. D. (1970). *The social order of the slum: Ethnicity and territory in the inner city*. University of Chicago Press.

Telles, E. E. y Ortiz, V. (2009). *Generations of exclusion: Mexican-Americans, African-Americans, and the politics of difference*. Russell Sage Foundation.

Thomas, W. I. y Znaniecki, F. (1918-1929). *The Polish peasant in Europe and America* (vols. 1-2). The University of Chicago Press.

Thomas, W. L. (1954). *Migration and economic growth: Part III: The role of migration in the economic development of countries*. Harvard University Press.

- Thompson, S. (2012). *The plantation economy and its consequences*. Palgrave Macmillan.
- Tilly, C. (1990). *Transplanted networks*. Cambridge University Press.
- Vertovec, S. (2004). Migrant transnationalism and modes of transformation. *International Migration Review*, 38(4), 1122-1154.
- Wacquant, L. y Wilson, W. J. (1989). The cost of racial and social exclusion. *Social Problems*, 36(4), 325-345.
- Warner, W. L. y Srole, L. (1976). *The social systems of American ethnic groups*. Yale University Press.
- Wilson, W. J. (1974). Motivations underlying the brain drain. *The Economic Journal*, 84(335), 563-580.
- Wilson, W. J. (2012). *The truly disadvantaged: The inner city, the underclass, and public policy* (20ª ed.). University of Chicago Press.
- Wittke, C. M. (1952). *Refugees of revolution: The German Forty-Eighters in America*. American Historical Association.
- Zhou, M. (1992). *Chinatown: The socio-economic life of an urban community*. Temple University Press.
- Zhou, M. (2004). Revisiting ethnic entrepreneurship. *The Sociological Quarterly*, 45(1), 225-249.
- Zhou, M. y Bankston, C. L. (1999). *Growing up American: How Vietnamese children adapt to life in the United States*. Russell Sage Foundation.
- Zolberg, A. R. y Suhrke, A. (1986). International factors in the formation of refugee movements. *International Migration Review*, 20(2), 240-261.

CIEN AÑOS DE WEBER: LA CIENCIA COMO VOCACIÓN Y EL RESURGIMIENTO DEL NACIONAL-POPULISMO¹

INTRODUCCIÓN

Han pasado cien años desde la muerte de Max Weber y ciento dos desde la publicación de sus conferencias «La ciencia como vocación» y «La política como vocación». Ambas fueron pronunciadas en la Universidad de Múnich en medio de la gran inestabilidad y la confusión generadas por la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial. Los ensayos son muy diferentes, porque tratan temas diversos, pero ambos están influidos por los eventos de su tiempo y contienen muchas disquisiciones y argumentos que hoy no parecen relevantes. Sin embargo, hay en ellos muchas ideas brillantes y perdurables que vale la pena recordar, particularmente en «La ciencia como vocación». Transcurrido un siglo, podemos preguntarnos cómo les ha ido a estas ideas y cómo la noción weberiana de la ciencia como vocación y la metodología asociada a ella han resistido el paso del tiempo.

1 Este texto surge a partir del Discurso presidencial pronunciado en el congreso de la Eastern Sociological Society, Filadelfia, el 29 de febrero de 2020. Ha sido publicado como artículo en *Sociological Forum* (83, 4, 2020) y traducido al español en la *Revista Mexicana de Sociología* (83, 3, 2021) por el doctor José Luis Velasco. Este capítulo utiliza la traducción del doctor Velasco con algunos cambios de estilo para adaptarlo al formato del libro.

Desde una perspectiva contemporánea, las conferencias son divagaciones, con una serie de descripciones de la política en la era del Káiser y de la forma en que los jóvenes científicos alemanes y estadounidenses respondían a diferentes desafíos. Pero insertos en el análisis de Weber sobre la ciencia de su tiempo hay al menos cuatro puntos que merece la pena recordar:

1. La naturaleza provisional de la ciencia. Al comparar al conjunto de artistas y científicos, Weber contrasta el carácter duradero de los trabajos producidos por los primeros y la naturaleza perecedera de los hechos y las verdades descubiertos por los segundos:

El trabajo científico, en efecto, está inmerso en la corriente del progreso, mientras que, en el terreno del arte, por el contrario, no cabe hablar de progreso en este sentido.

Una obra de arte que sea realmente «acabada» no será nunca superada ni envejecerá jamás [...]. En la ciencia, por el contrario, todos sabemos que lo que hemos producido habrá quedado anticuado dentro de diez o de veinte o de cincuenta años [...]. Todo «logro» científico implica nuevas «cuestiones», ha de ser superado y ha de envejecer (Weber, [1919] 1979, pp. 196-197).

Tal es la naturaleza de nuestra vocación y quienes se identifican como científicos tendrán que resignarse a ese hecho. Ningún descubrimiento imperecedero; ningún concepto inmutable. Los descubrimientos y los conceptos evolucionan y son superados por ideas contrarias y porque absorben el discurso general de la disciplina, y sus creadores caen en el olvido. Décadas después, Robert Merton observó el mismo proceso, al que denominó «destrucción por incorporación»². En ningún lado es más evidente el carácter colectivo de la empresa que llamamos ciencia que en este proceso donde los frutos del trabajo personal y los logros de la mente individual se vuelven tan solo peldaños para que otros avancen, absorbiendo, modificando y muchas veces rechazando lo que se había descubierto antes.

2. El papel de los conceptos en la ciencia y su progreso. Los conceptos son lo que realmente sabemos y usamos para analizar la realidad, tanto en la física como en las ciencias sociales. Weber sostiene que fue en

2 N. de T. Robert Merton utiliza el término inglés «obliteration by incorporation». En ocasiones también se traduce como idea «anulada» o «borrada».

La República de Platón donde se descubrió el papel de los conceptos en el avance del conocimiento ([1919] 1979, p. 203). A partir de ahí, procede a refinar el punto con su propia elaboración del «tipo ideal». No se dice mucho sobre los tipos ideales en «La ciencia como vocación»; para ese análisis, debemos acudir a otro ensayo de Weber, «La objetividad en las ciencias sociales». Sin embargo, la conferencia de 1918 contiene otra clave sobre el carácter de los conceptos y las ideas que los sostienen: «La idea viene cuando ella quiere y no cuando queremos nosotros» ([1919] 1979, p. 193). Muchas veces viene cuando no la esperamos, no mientras la buscamos y cavilamos en nuestros escritorios.

Quienes quieran hacer una carrera científica también tendrán que resignarse a que las ideas pueden o no venir a ellos. «Se puede ser un destacado trabajador y no haber tenido jamás una ocurrencia valiosa» (Weber, [1919] 1979, p. 193). Cuando las ideas sí llegan, son formuladas en conceptos que, con el tiempo, se vuelven tipos ideales. En la sociología y otras ciencias sociales, los tipos ideales —burocracia, carisma, libre competencia, asimilación, transnacionalismo, etc.— tienen por función no solo englobar el conocimiento original, sino también «restregarlo contra la realidad» para examinar si sus propiedades se sostienen o no en diversas circunstancias. Al comparar el tipo ideal con la realidad, podemos confirmarlo, modificarlo, descomponerlo o abandonarlo. Del propio trabajo de Weber se pueden extraer los usos de los tipos ideales «carisma», «burocracia», «ascesismo intramundano» y «racionalidad burguesa», entre varios otros.

3. La estricta distinción entre análisis científico e ideología. Decía Weber en «La ciencia como vocación» que «las tomas de posición política y el análisis científico de los fenómenos y de los partidos políticos son dos cosas bien distintas» ([1919] 1979, p. 211). Así, yo tengo derecho como ciudadano a expresar mis opiniones en una asamblea política, pero no como científico en un aula. Si el tema es la «democracia», se considerarán sus varias formas, se analizará cómo funcionan, se determinarán los resultados de cada una de ellas y se compararán unas con otras y con las formas no democráticas:

Lo único que se le puede exigir [al maestro] es que tenga la probidad intelectual necesaria para comprender que existen dos tipos de problemas perfectamente heterogéneos: de una parte, la constatación de los hechos [...] de la otra, la respuesta a la pregunta por el *valor* de la cultura y [...] cuál debe ser el *comportamiento* del hombre en la comunidad cultural y en las asociaciones políticas ([1919] 1979, pp. 212-213).

La fuerte distinción que hace Weber en «La ciencia como vocación» entre los reinos de la ideología y el activismo, por un lado, y el de la práctica científica y el conocimiento fáctico, por el otro, es notable porque, entre los clásicos, fue él quien con más convicción sostuvo que es imposible una ciencia social libre de valores³. A diferencia de Émile Durkheim, él se dio cuenta de que los hechos objetivos tienen «significado» solo bajo el prisma de la cultura, de la que los valores son un componente principal.

Entonces, ¿cómo resolvemos esta contradicción? Bien analizada, la contradicción resulta más aparente que real. Aunque consciente del rol indispensable de la cultura y el significado en la interpretación científica de los hechos sociales, Weber completa su análisis exigiendo que esas interpretaciones se verifiquen continuamente por otros que trabajan en el mismo campo. De nuevo aparece el carácter colectivo de la empresa científica, y la función de los tipos ideales, repetidamente «contrastados con la realidad», se vuelve aún más clara. De hecho, uno de los resultados frecuentes de este proceso es desenterrar el «hecho incómodo» que desafía tanto las teorías científicas existentes como la ideología política. Un escepticismo cultivado es así la marca distintiva del verdadero científico:

La primera tarea de un profesor es enseñar a sus alumnos a aceptar los hechos incómodos; es decir, aquellos que molestan a la corriente de opinión que los alumnos comparten (Weber, [1919] 1979, p. 215).

4. El «desencantamiento del mundo». El ensayo de Weber también explora ampliamente cómo ha sido definida la «ciencia» y cómo se han descrito sus promesas desde el fin de la Edad Media y el Renacimiento. Para algunos autores inspirados por la religión, la ciencia abría el camino seguro a Dios; para otros, marcaba el camino al Arte verdadero; para otros más, entre ellos los fundadores de la economía y la sociología modernas, el conocimiento de los hechos reales era una precondition para la felicidad humana. Todas estas grandes promesas fueron evaluadas y descartadas en su momento, lo que condujo a la tajante conclusión de Lev Tolstoi: «La ciencia carece de sentido puesto que no tiene respuesta para las únicas cuestiones que nos importan, las de qué debemos hacer y cómo debemos vivir» (citado en Weber, [1919] 1979, p. 207).

3 Para más detalles puede verse su ensayo «La objetividad en las ciencias sociales».

Esta afirmación cuadra bien con el «desencantamiento del mundo», una de las expresiones favoritas de Weber. Pero si la ciencia no conduce a Dios, al Arte, a la Autorrealización o a la Felicidad, ¿cuál es su función? Weber, que no comparte el rechazo de Tolstoi, propone que lo que el trabajo científico produce es significativo porque es «digno de ser sabido» ([1919] 1979, p. 208).

Y esto no solo porque con estos conocimientos pueden conseguirse éxitos técnicos, sino también en quien las cultiva por «vocación», «por el conocimiento mismo» (*ibid.*).

Cuando yo cursaba el primer grado de Sociología en la Universidad Católica de Argentina, no leíamos a Weber, sino a Durkheim. Sin embargo, la seguridad con la que Durkheim describía el hecho social como general y coercitivo para los individuos, sus elocuentes ejemplos y, más tarde, la brillante colección de ensayos que se nos requería leer en el libro *Contemporary Social Problems*, de Robert K. Merton y Robert Nisbet (1961), me persuadieron de que la sociología era una empresa intelectual seria.

Viviendo en ese «mundo desencantado», una expresión que todavía no conocía, yo no buscaba, a los 20 años, el camino a Dios, al Arte o la Felicidad Verdadera. En cambio, buscaba un camino al conocimiento, especialmente el conocimiento oculto detrás de las apariencias, los discursos elocuentes y las obviedades. La lectura de «Las consecuencias imprevistas de la acción social» y «Las funciones manifiestas y latentes», de Merton, cerró el trato: la sociología iba a ser mi vocación.

El subtítulo del congreso de 2020 de la Eastern Sociological Society que dio origen a este trabajo fue «En la era del nacional-populismo». En él, dos conferencias plenarias analizaron este fenómeno social: uno, sus causas y consecuencias, el otro, sus repercusiones para la política migratoria y para los migrantes. En la segunda parte de este texto, me gustaría presentar mi propia posición sobre este fenómeno social, anclándola en la perspectiva weberiana.

UN MUNDO DESENCANTADO: EL POPULISMO EN EL SIGLO XXI

El concepto de Weber de «desencantamiento del mundo» no podría encontrar ejemplos más conmovedores que el espectáculo de hombres armados que buscan escapar de su soledad y tristeza disparando al azar contra sus

congéneres y las numerosas muertes por sobredosis de opioides que han puesto en crisis a amplias regiones de Estados Unidos e incluso han disminuido su población trabajadora. Estos signos de desesperación masiva tienen su contraparte en el surgimiento de movimientos políticos iracundos que se envuelven en su bandera, culpan a otros por el declive de su nación y buscan revertir la situación afirmando valores tradicionales. Para analizar el nacionalismo populista es necesaria, en mi opinión, una doble perspectiva que da lugar a dos preguntas: primero, qué fuerzas históricas han conducido a la situación actual; segundo, cómo los actores sociales interpretan, desde su punto de vista personal, las consecuencias de esos cambios, es decir, el «significado» que esas consecuencias tienen para ellos. Este segundo ejercicio de *Verstehende* —sociología interpretativa— weberiana se puede realizar gracias al trabajo de numerosos sociólogos que han ido al campo a investigar qué piensan realmente los partidarios del movimiento nacionalista.

Pero primero la historia. La perspectiva del sistema-mundo, iniciada en la sociología moderna por Immanuel Wallerstein (1974) y Giovanni Arrighi (1994), ofrece el marco más comprehensivo para entender las fuerzas en juego. La extensión del sistema capitalista a los confines más remotos del mundo, gracias a los desarrollos tecnológicos en transporte e información, ha tenido dos grandes consecuencias, ya conocidas. Primero, ha promovido la masiva desindustrialización del mundo avanzado, al permitir que las corporaciones manufactureras se reubiquen en regiones baratas y propicias del Sur Global, neutralizando de ese modo los esfuerzos sindicales en las antiguas áreas industriales y aprovechando los salarios mucho más bajos en sus nuevas ubicaciones (Fernandez-Kelly, 1983; Bluestone y Harrison, 1982). Segundo, ha difundido los patrones de consumo de las clases medias y altas de los países avanzados al resto del mundo. Las mismas corporaciones que reubicaron la manufactura y los empleos rutinarios de cuello blanco al Sur Global contribuyeron decisivamente, mediante sus propias campañas publicitarias, a esta difusión de expectativas crecientes. A través de ellas, los habitantes de los países pobres fueron expuestos a patrones deseables de consumo fuera de su alcance, lo que provocó un inexorable aumento de la privación relativa (Sunkel, 2001; Prebisch, 1950, 1986; Portes y Roberts, 2005).

Este doble desarrollo, por su parte, ha tenido tres consecuencias principales. Primero, se dismantelaron las regiones industriales del mundo desarrollado, lo que condujo a la rápida desaparición de la clase trabajadora local. El proceso ocurrió en todos los países industriales avanzados, pero fue más profundo en el Reino Unido y en Estados Unidos, donde las relaciones obrero-patronales en la industria han sido tradicionalmente contenciosas (Standing, 1989; Bluestone y Harrison, 1982; Tavernise, 2019). Este proceso dejó en el abandono a cientos de pueblos del cinturón industrial de Estados

Unidos, cuya población mayoritariamente blanca, acostumbrada a buenos salarios y a un estilo de vida de clase media, se quedó sin medios evidentes para reconstruir sus vidas.

El empleo industrial en Estados Unidos se hundió: pasó de representar más de una tercera parte de la fuerza laboral en 1950 a menos del 15 % al final del siglo. Muchos trabajadores, supervisores y mandos medios desplazados se volvieron no solo desempleados sino incontratables, debido a sus habilidades anticuadas, su edad o su antigua vinculación con actividades sindicales (Storper y Scott, 1989; Bluestone y Harrison, 1982; Block, 1990). Con la desindustrialización y la reestructuración industrial, el mercado de trabajo estadounidense dejó de parecer una pirámide donde las oportunidades de movilidad económica se distribuían homogéneamente en un gradiente, para volverse más como un «reloj de arena», con abruptas divisiones entre las posiciones de élite en la economía de servicios, que requieren credenciales avanzadas, y los mal pagados empleos manuales en servicios personales, agricultura y construcción (Portes, 2010; Hill, 1988). Muchos trabajadores industriales blancos desplazados aborrecen estos empleos, que por lo tanto fueron ocupados por minorías e inmigrantes.

La segunda consecuencia de la reestructuración industrial fue el crecimiento sostenido de la desigualdad económica. Aunque la desigualdad económica global se explica principalmente por las diferencias entre países (Firebaugh, 1999), el incremento más notable y doloroso ocurrió *dentro* de los propios países avanzados. Mientras capas enteras de la antigua clase trabajadora se volvían redundantes por el desplazamiento de la manufactura, los beneficiarios de la globalización en los sectores financieros y la alta tecnología lograban ganancias extraordinarias, lo cual condujo a una rápida concentración de la riqueza en el 5 y el 10 % más altos de la población (Massey, 2007; Galbraith, 2002; Fligstein, 2006).

El enriquecimiento de las élites financieras y de las tecnológicas ha estado acompañado por la creciente precarización del empleo en vastos sectores de la población nativa, lo que inevitablemente ha producido rabia y desesperación. La crisis de la droga en las antiguas áreas industriales y mineras de Estados Unidos, que ha reducido la población en edad de trabajar y, según algunos autores, incluso ha disminuido la esperanza de vida entre los menos educados, es una clara manifestación de esta tendencia (Case y Deaton, 2015)⁴.

4 El hallazgo de una esperanza de vida decreciente entre los blancos con menor escolarización ha sido cuestionado por otros investigadores, pero sigue firme la conclusión de Case y Deaton de que la mortalidad por envenenamiento se concentra en ese segmento de la población (Hendi, 2017; Ho, 2017).

De acuerdo con Douglas S. Massey (2007), Richard Freeman (2007) y otros, la desigualdad en Estados Unidos ha alcanzado niveles del tercer mundo. Este proceso ha beneficiado mucho a los propietarios de capital, administradores financieros y trabajadores de élite asociados a los sectores de alta tecnología, marginando a casi todos los demás. Quedaron excluidos, en particular, los antiguos trabajadores industriales con educación secundaria o menos, quienes no encuentran un lugar en esta nueva economía (Portes, 2010). A menos de 21 kilómetros de la Universidad de Princeton se encuentra la ciudad de Trenton, antigua capital de la cerámica industrial, cuyo orgulloso lema en la década de los cincuenta era: «Lo que Trenton hace, el mundo lo usa». Ahora, con toda su planta industrial desmantelada, la ciudad es habitada en un 90% por personas pertenecientes a alguna minoría. Los migrantes mexicanos y centroamericanos la usan como dormitorio barato, desde donde se despliegan hacia sus mal pagados empleos en agricultura y servicios por todo el este de Pensilvania y Nueva Jersey (Fernandez-Kelly, 2020).

La tercera consecuencia de la globalización capitalista se relaciona con la creciente privación relativa en los países más pobres y la emigración de su población en busca de una vida mejor en el Norte Global. En etapas previas del desarrollo de la economía capitalista mundial, los trabajadores de los países pobres tenían que ser deliberadamente reclutados para la industria y la agricultura del mundo avanzado que se expandían rápidamente (Portes y Walton, 1981; Rosenblum, 1973; Thomas, 1973). Ahora, tal reclutamiento es innecesario, puesto que los migrantes de países pobres viajan por sí mismos, asumiendo los riesgos del viaje. Tan numerosos son, de hecho, que, uno a uno, los países receptores han tenido que implantar medidas administrativas y policiales para controlar y, a veces, parar esas olas migratorias (Massey, 2020; Massey y Pren, 2012; Portes y Rumbaut, 2014, cap. 1).

Es cierto que una razón importante para la migración continua ha sido la fuerte demanda de trabajadores en los países avanzados en sectores como la agricultura, el empaquetado de carnes, la pesca, la construcción y los servicios personales (Griffith, 2020). Paradójicamente, mientras que la clase industrial originaria en Estados Unidos era desplazada hacia la redundancia, otros sectores de la economía generaron una demanda masiva de trabajo barato y flexible. Los trabajadores nativos han sido reacios a ocupar esos empleos, que ellos consideran demasiado duros, humillantes o mal pagados. Los inmigrantes han llenado esos espacios, creando comunidades grandes y visibles en toda Norteamérica (Marrow, 2020; Hernández-León y Zúñiga, 2020; Portes, 2020). Procesos paralelos han ocurrido en varios países europeos, como Francia, los Países Bajos y el Reino Unido (Lacroix y Dumont, 2015; Schneider, 2008; Nijenhuis y Zoomers, 2015; Heath y Demireva, 2014).

La presencia de comunidades visibles de inmigrantes, que hablan lenguas extranjeras y tienen prácticas culturales exóticas, ha incitado una reacción nativista vigorosa y, a veces, feroz. Esta se ha dirigido principalmente contra los inmigrantes sin estatus legal, pero se ha extendido a otros, incluso a los nacidos en Estados Unidos de padres migrantes no autorizados (Marrow, 2020; Hernández-León y Zúñiga, 2020). «¿De quién es este país realmente?» y «¿qué es lo que no entiendes de ser ilegal?» son mantras del movimiento nativista que ha logrado arrinconar a la población inmigrante en varios estados y localidades mediante numerosas medidas hostiles. Incluso los inmigrantes legales viven amenazados, puesto que hasta las infracciones menores pueden provocar la pérdida del estatus legal y la consecuente deportación (Feliciano y Rumbaut, 2020; Massey y Pren, 2012).

Movimientos nativistas paralelos incitados por la ira antiinmigrante alimentaron el voto nacionalista que condujo a la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea y al surgimiento de un partido de extrema derecha en Francia. Británicos furibundos exigieron la salida de la Unión Europea de la manera que fuese solo para impedir la entrada de migrantes del este y sur de Europa. Por la misma razón, Agrupación Nacional, de Marine Le Pen, se convirtió en el partido más votado en las elecciones parlamentarias europeas en Francia en 2019 (Horowitz, 2019).

Helen B. Marrow (2020) data el origen de la actual ola de nacionalismo antiinmigrante estadounidense en 2005. En ese año, las movilizaciones masivas de migrantes no autorizados, en contra de un proyecto de ley federal que amenazaba con criminalizarlos, provocó una airada contraofensiva de nativistas que demandaban la pronta expulsión de los manifestantes y, de paso, de todos los ilegales. Desde ese año, una nueva agencia federal, la Administración de Inmigración y Aduanas (ICE, por sus siglas en inglés), se dedicó a deportar a cientos de miles de inmigrantes, sembrando la desesperación en todos los demás (Massey y Pren, 2012; Perreira, Potochnick y Breetzke, 2020).

David Griffith (2020) ha discernido que el giro hacia el nativismo en muchas comunidades estadounidenses se relaciona con la percepción de cómo evoluciona la población extranjera: de hombres solos que llegaban a trabajar temporalmente, a familias enteras que quieren cambiar de residencia y acceder a las escuelas, el servicio médico y los beneficios sociales de las ciudades y pueblos de destino. Este cambio del «trabajo productivo al reproductivo» ha sido ampliamente rechazado por la clase trabajadora nativa, lo que ha provocado un creciente apoyo a la campaña de deportación. El mismo amplio sector del electorado estadounidense se movilizó en 2016 para elegir a un presidente populista que prometía medidas cada vez más estrictas contra migrantes no autorizados y futuros solicitantes de asilo.

La llegada de caravanas de solicitantes de asilo, procedentes de los desgarrados países de América Central, creó un blanco ideal para las frustraciones de un amplio segmento de la ciudadanía estadounidense. Aunque los seguidores del «Tea Party»⁵ también han exhibido su desprecio por las «élites de las dos costas», a las que asocian con la globalización y la creciente desigualdad, han concentrado sus energías en bloquear cualquier intento de reforma migratoria comprehensiva en el Congreso (Kennedy, 2019), cosa que lograron en cuatro ocasiones sucesivas durante las Administraciones de los presidentes Bush y Obama.

Este es el momento que estamos viviendo. La expansión del capitalismo global ha producido una masiva desindustrialización y una desigualdad económica galopante en Estados Unidos y otras partes del Norte desarrollado, a la vez que la creciente privación relativa en el Sur Global ha incentivado el desplazamiento masivo. Los migrantes que logran llegar al mundo rico se encuentran a una ciudadanía furiosa y frustrada que se ha movilizado cada vez más a favor del nacionalismo populista.

A los líderes populistas que se han beneficiado de esta movilización no les será fácil hacer regresar los empleos industriales a Estados Unidos o reducir las desigualdades económicas. Sin embargo, pueden tomar a la población migrante como un blanco fácil para la ira nativista. Aunque las causas de la inmigración continua en tales circunstancias son complejas (Portes, 2020; Massey, 2020), este es el momento propicio para revisar un conjunto de estudios empíricos recientes que ofrecen una base para entender, en un ejercicio interpretativo weberiano, los motivos de esta ola populista.

EL SIGNIFICADO DEL NACIONAL-POPULISMO

Para comprender lo que ocurre en el corazón de Estados Unidos, varios sociólogos han ido a lugares donde el nacional-populismo parece más fuerte a observar y hablar con sus habitantes. La sensación de ser *Extraños en su propia tierra*, en los términos de Arlie R. Hochschild (2016), es omnipresente. Lo que revelan estas conversaciones y entrevistas en profundidad es una mezcla de afirmación patriótica e indignación ante los posibles cambios y la diversidad étnica. Los blancos de mediana edad sienten que

5 N. de T. El «Tea Party» es un movimiento formado por una constelación de agrupaciones locales de ciudadanos unidos por su oposición a la agenda del presidente Obama, frente al temor de que se eliminasen algunos principios y valores básicos de los Estados Unidos.

el país les pertenece, pero que una mezcla maligna de globalismo, secularismo e inmigración se lo está arrebatando. Un líder de los voluntarios «Minutemen»⁶ que patrullan la frontera le dijo a Harel Shapira:

Lo que está ocurriendo es nada menos que una invasión. Ya perdimos California. Camino por Los Ángeles y nadie habla inglés, todos los anuncios están en español. Me siento un completo extraño en mi país (2013, p. 2).

¿Y qué se decía del presidente Obama? Robert Wuthnow (2018, p. 158) concluye su extensa serie de entrevistas en el Sur rural observando que:

La rabia con que la población rural de Estados Unidos arremete contra Washington es también una fuente de fanatismo. La distancia puede ser corta entre sostener que Washington no funciona y decir que el presidente Obama era ilegal, estúpido e indigno de confianza porque era afroamericano.

Según todos los informes de investigadores que han penetrado en el corazón del país, el nacional-populismo es racista. Arremete contra los inmigrantes y los mexicanos, pero se dirige principalmente contra los afroamericanos. Según el cuento de «los que producen» contra los que «se aprovechan», preferido por los líderes ideológicos del movimiento, los negros son el principal bloque en la segunda categoría. La nación imaginaria preferida en las entrañas del país es blanca, protestante, temerosa de Dios, asistente regular a la iglesia y autosuficiente; en el mejor de los casos, las minorías son relegadas a los márgenes, como fuentes de mano de obra barata (Hoshschild, 2016, p. 9). Aunque los programas federales de seguridad social y atención médica, así como el financiamiento para la construcción de carreteras y escuelas, han contribuido a salvar a muchas comunidades del «corazón» de Estados Unidos, no han logrado vencer la generalizada hostilidad hacia el gobierno y las «élites del Este» que lo dirigen. Como lo resume Wuthnow (2018, p. 160): «[...] viven en un mundo construido por Rush Limbaugh⁷, Fox News y Donald Trump [...]. Su indignación es más silenciosa [...]. Está implícita en las conversaciones de los cafés y las corporaciones».

6 N. de T. Un grupo de ciudadanos estadounidenses concibieron el «Proyecto Minutemen», en abril de 2005, para disuadir y bloquear las travesías de indocumentados por la frontera de Estados Unidos y México (véase Shapira, 2013).

7 N. de T. El comentarista radiofónico Rush Limbaugh fue una de las voces conservadoras más influyentes en los medios de comunicación de los Estados Unidos.

Los oyentes de Limbaugh y los simpatizantes de Trump se ven a sí mismos como parte de una comunidad moral que busca devolver a la nación sus glorias pasadas mediante la construcción de un muro en la frontera y el «deseccamiento del pantano» en que se ha convertido Washington. Además de votar por los republicanos y participar en las marchas contra el aborto, las expresiones de esta ideología asumen las formas más peculiares; una de ellas es ofrecerse para el patrullaje voluntario de la frontera sur. Así concluye Shapira su estudio de esa práctica:

¿Qué papel desempeña la frontera México-Estados Unidos en la vida de los Minutemen? Para ellos, la frontera se ha vuelto un recurso para restaurar las condiciones de vida que han luchado por mantener: patrullar, defender a la nación, proteger a sus familias... Al patrullar la frontera, escapan del sinsentido que define su vida actual (2013, p. 152).

Aunque son conocidas las fuerzas históricas y estructurales del populismo, tal y como las acabo de sintetizar, en las mentes de estos millones de estadounidenses blancos las fuentes del descontento son menos claras. Hoshchild resume sus propios esfuerzos por entenderlos después de meses de trabajo de campo en Louisiana:

Haciendo cola:

Justo sobre la cima de la colina está el Sueño Americano, la meta de todos los que esperan en la fila. Muchos son gente de color; da miedo mirarlos. Aun así, has esperado largo tiempo, has trabajado duro y la cola apenas se mueve. Mira: la gente está saltándose la fila, adelantándose a ti. Tú sí estás siguiendo las reglas. Ellos no. Al saltarse ellos la cola sientes que te van mandando hacia atrás. ¿Quiénes son? Unos son negros; les dan preferencia en los colegios y universidades, en las prácticas que ofrecen las empresas, en los trabajos, en los pagos de seguridad social y en los alimentos gratuitos. Mujeres, inmigrantes, refugiados... ¿Hasta dónde vamos a llegar? (2016, pp. 136-137).

Así, los verdaderos estadounidenses, los que más merecen, son relegados por las preferencias que se les dan a otros. Esto es lo que motiva su frustración y rabia. Aunque ya hayamos entendido el significado que la situación tiene para ellos, también sabemos que su visión de las cosas tiene dos defectos clave. Primero, no es cierto que no hay oportunidades en Estados Unidos, pero para acceder a ellas se necesita una educación avanzada. Eso lo sabe toda familia asiática inmigrante y por eso sus hijos suben tan rápido

en la escalera social (Lee y Zhou, 2015). Incluso una carrera universitaria corta puede ayudar. El Colegio Comunitario de Miami-Dade, en el sur de Florida, ha sido durante décadas una verdadera máquina de movilidad social para miles de cubanos y otros inmigrantes latinoamericanos que empezaron de cero (Portes y Fernandez-Kelly, 2008). Pero muchos defensores del Tea Party en Louisiana y en otras partes prefieren quejarse y culpar a los demás que buscar incluso un nivel modesto de educación.

Segundo, denunciar a los que se saltan la cola encubre y absuelve a los que están en la cima de la colina: los financieros y grandes ejecutivos que realmente han prosperado y se benefician del actual orden nacional y global. Esas élites tienen pase directo, a pesar de ser la clase responsable de la desindustrialización del país. Esto se debe tal vez a que son mayoritariamente blancos; los populistas en Louisiana y otras partes prefieren identificarse con ellos y seguir denunciando a los «tramposos» de color que se saltan la cola. Lo que es aún más importante, esta forma de ver la situación es útil políticamente para las élites porque no solo desvía la culpa de la creciente desigualdad, sino que moviliza a los miembros de la antigua clase blanca trabajadora a favor del orden de clases prevaleciente. Así, un multimillonario blanco que ha contribuido a incrementar la desigualdad puede ser electo presidente con el apoyo de esa misma población.

La metodología de Weber, su sociología interpretativa, nos ayuda así a entender el surgimiento del nacional-populismo, no solo identificando sus fuentes históricas, sino también comprendiendo lo que está en la mente de quienes lo apoyan con tanto fervor. No debería sorprendernos demasiado la contradicción patente entre sus intereses materiales reales y su ideología, porque eso ha sucedido demasiadas veces en la historia. Hace casi un siglo, Antonio Gramsci (1971, parte I) se desesperaba al ver cómo la «falsa conciencia» había llevado a las clases trabajadoras europeas a apoyar, incluso con sus vidas, a los líderes fascistas que terminaron por destruir sus países. Tanto Hitler como Mussolini fueron electos por voto popular.

CONSECUENCIAS DEL NACIONAL-POPULISMO

No todas las consecuencias del surgimiento del nacional-populismo son negativas. Ha alentado la participación política de grupos que se sentían marginados, dándoles una nueva sensación de oportunidad. Militar en el Tea Party da una sensación de orientación e importancia a gente desorientada por el fin de la era industrial. El patriotismo renovado y la reafirmación de la identidad nacional pueden, en ciertas circunstancias, contarse como positivos.

Con estas advertencias, hay que notar que el nacional-populismo tiene consecuencias amenazantes e importantes, tanto para las sociedades nacionales como para el mundo entero. La primera es la indiferencia hacia la ciencia y la evidencia científica. Mientras los líderes populistas aprovechan las innovaciones tecnológicas recientes, tuiteando y volando de un extremo del mundo a otro, usan esas maravillas tecnológicas para cuestionar la ciencia que las hizo posible y levantar sospechas sobre ella. Los negacionistas del cambio climático y los escépticos del calentamiento global difunden sus opiniones usando tecnología punta, a la vez que asocian esos datos científicos con las élites intelectuales que aborrecen. En la medida en que los líderes populistas de derecha lleguen al poder, sus actitudes pueden tener consecuencias graves para el mundo. La retirada de Estados Unidos del Acuerdo Climático de París de 2017 puede interpretarse como el primer paso en la implantación de esa agenda.

La segunda consecuencia es el debilitamiento de la democracia y las instituciones democráticas. Como señala Jan-Werner Müller:

Los populistas siempre son antipluralistas. Pretenden que ellos y *solo ellos* representan al pueblo y que cualquier otra competencia política es parte de la élite inmoral y corrupta (2016, p. 20).

La democracia se construye sobre la protección de las minorías, no sobre el gobierno de la multitud. Para los populistas, sin embargo, si tienes los números tienes el poder, pasando por encima del Estado de derecho si es necesario. Es lo que sucedió en países como Italia y Alemania, que eligieron democráticamente a líderes fascistas, solo para verlos socavar y finalmente destruir las mismas instituciones que los llevaron al poder. La multitud gritando «devuélvela a su país», dirigida a una congresista estadounidense de familia somalí, en un mitin de Donald Trump en 2019, es un indicador de ese sentimiento y un signo de los tiempos. Al confrontar al gobierno de la multitud y las nuevas banderas populistas, las instituciones democráticas de Estados Unidos están luchando por su propia vida.

El tercer peligro, y el más serio, es la confrontación y la guerra internacional. El orden mundial construido tan arduamente después de la Segunda Guerra Mundial es un mecanismo delicado que depende, ante todo, de la madurez de los líderes de las potencias mundiales y de su respeto a los acuerdos internacionales. Cuando esos mismos líderes reemplazan la búsqueda de acuerdos y la cooperación pacífica por gritos de «América primero» o «Brexit a cualquier coste», nos estamos acercando a la confrontación. Cuando Estados Unidos denuncia un tratado con Irán, tan laboriosamente construido por muchos países, y busca estrangular económicamente a esa nación, el mundo no se vuelve más seguro sino más peligroso.

Deutschland uber alles, «Alemania por encima de todo», fue el eslogan con el que Hitler comenzó, y todos sabemos dónde terminó. Los líderes populistas se inclinan naturalmente a la confrontación internacional porque es un método probado para energizar su base social y consolidar su control del poder. Para los defensores de la ciencia y los partidarios de las minorías étnicas y de las instituciones democráticas amenazadas, es más difícil luchar cuando la nación está en guerra o movilizándose para la guerra. En tiempos como esos, es mucho más fácil silenciarlos.

En «La ciencia como vocación», como ya vimos, Weber advertía a los científicos que no debían transformar la cátedra en un púlpito. Pero comprender claramente las causas de una situación crítica y los motivos de sus actores clave ayuda a identificar algunas líneas de acción para superarla. Este ejercicio de sociología interpretativa weberiana, anclado en el trabajo de investigadores que han ido a las raíces profundas del nacional-populismo, nos permite identificar las actitudes y motivaciones de sus simpatizantes. Una cosa es cierta: los números cuentan y los populistas estadounidenses, británicos y de otras zonas se han vuelto suficientemente numerosos para ganar elecciones.

Hay, en mi opinión, tres posibles líneas de acción. Por su horizonte temporal, las podemos clasificar en corto, mediano y largo plazo. En el futuro inmediato, no hay más alternativa que confrontar decididamente al populismo en la arena política. Ya es obvio que los partidarios de esa ideología no abandonan fácilmente sus opiniones; cada dato adverso es eficientemente reinterpretado por sus líderes y los comentaristas políticos cercanos a ellos. Así fue como el presidente Trump logró mantener el férreo apoyo de más del 40% del electorado, hiciera lo que hiciera. Los partidarios de la democracia, la racionalidad y la cooperación en asuntos globales deben unirse en la defensa resuelta de sus valores y en la oposición a los valores del populismo antes de que sea demasiado tarde.

La segunda línea de acción, de mediano plazo, requiere esfuerzos educativos y un contradiscurso dirigido a las bases populistas. Conociendo ya por qué las diatribas de personajes como Limbaugh y Trump logran tal receptividad, esta segunda línea de acción implica llevar la controversia a las raíces, mostrando a los partidarios del populismo las verdaderas causas de sus aflicciones. Quienes desindustrializaron a Estados Unidos no fueron los afroamericanos ni los inmigrantes, sino las corporaciones. La devastadora experiencia de perder los empleos de clase media en la manufactura, y de tener que escoger entre un trabajo de salario mínimo en la cadena de supermercados Walmart o buscar el seguro de desempleo, no fueron producto de una conspiración de liberales e izquierdistas, sino

de una decisión tomada por los muy bien remunerados ejecutivos de las corporaciones, preocupados por reducir costos y promover las ganancias de los accionistas (Fligstein, 2006).

Así como los estudiantes universitarios fueron al sur para apoyar el Movimiento por los Derechos Civiles en la década de los años sesenta, los partidos democráticos y las organizaciones cívicas deberían reclutar y formar cuadros de voluntarios y enviarlos a los lugares donde el Tea Party es fuerte para hablar en iglesias, cafeterías y centros comunitarios, y confrontar las explicaciones falsas con las verdaderas causas del sufrimiento de esos estadounidenses. Los sectores populares que escuchan a Limbaugh y apoyan al Tea Party se quejan a menudo de ser excluidos del diálogo nacional y de ser vistos con desprecio por las élites de las regiones costeras. Aquí hay una oportunidad de contrarrestar esa queja, enviándoles a gente que vaya a escucharlos, a reconocer su situación y a proponer soluciones diferentes.

La tercera línea de acción, a largo plazo, requiere el retorno al poder de una coalición de centroizquierda y la formulación de políticas mucho más consistentes y decisivas que las del pasado. Si la polarización económica y la desindustrialización son las raíces del malestar social que ha nutrido al nacional-populismo, entonces es necesario enfrentar esas causas. Si los empleos industriales no regresan, se pueden al menos sustituir con un programa masivo de obra pública que renueve la infraestructura del país, financiado con mayores impuestos a las corporaciones y a los más ricos.

Cuando los blancos con bachillerato puedan acceder a trabajos decentemente remunerados en la construcción o reciban recursos suficientes para iniciar su propia pequeña compañía, seguramente dejarán de lamerse las viejas heridas y de obsesionarse con los que se saltan la fila. Esos programas también beneficiarán a los trabajadores afroamericanos que sufren los efectos del recorte industrial. Al alarmismo de los economistas de derecha, que advierten que los mayores impuestos a las corporaciones reducirán el crecimiento, la respuesta es que la prioridad actual es la redistribución, no el crecimiento. Por años, el crecimiento sostenido ha beneficiado sobre todo a una pequeña élite. Los empleos bien pagados para los trabajadores desplazados y las oportunidades viables para la pequeña empresa estimularán el consumo masivo, lo cual redundará en un desarrollo económico duradero.

En su momento, el desencanto weberiano con el mundo, y su visión de que la ciencia no puede conducir *ni a Dios ni al Arte ni a la Felicidad*, fueron recordatorios oportunos de la naturaleza difícil de la ciencia como vocación. Sin embargo, el conocimiento científico puede tener consecuencias en el

mundo real. Con el conocimiento de su tiempo, Weber buscó confrontar y aliviar las crisis sociales desatadas por el fin de la Primera Guerra Mundial en su propio país. Con el conocimiento que nosotros, como científicos sociales, tenemos sobre las fuentes de la crisis política que enfrentamos ahora, seguramente podremos tratar de seguir su ejemplo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Arrighi, G. (1994). *The long twentieth century: Money, power, and the origin of our time*. New York: Verso.

Block, F. (1990). *Postindustrial possibilities: A critique of economic discoveries*. Berkeley: University of California Press.

Bluestone, L. y Harrison, B. (1982). *The deindustrialization of America*. New York: Wiley.

Case, A. y Deaton, A. (2015). Rising morbidity and mortality in midlife among white non-Hispanic Americans in the 21st century. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 112, 15078-15083.

Feliciano, C. y Rumbaut, R. G. (2020). Coming of age before the great expulsion: The story of the CILS San Diego sample. *Ethnic and Racial Studies*, 43(1), 199-217.

Fernandez-Kelly, P. (1983). *For we are sold, I and my people: Women and industry in Mexico's frontier*. Albany: State University of New York Press.

Fernandez-Kelly, P. (2020). The integration paradox: Coping strategies of immigrant children in Princeton and Trenton. *Ethnic and Racial Studies*, 43(1).

Firebaugh, G. (1999). Empirics of world income inequality. *American Journal of Sociology*, 104, 1597-1630.

Fligstein, N. (2006). States, markets, and economic growth. En V. Nee y R. Swedberg (Eds.), *The economic sociology of capitalism* (pp. 119-433). Princeton: Princeton University Press.

Freeman, R. (2007). *America works: The exceptional U.S. labor market*. New York: Sage.

Galbraith, J. (2002). A perfect crime: Global inequality. *Daedalus*, 131, 11-25.

Gramsci, A. (1971). *Selections from the prison notebooks*. New York: International Publishers.

Griffith, D. (2020). The value of reproduction: Multiple livelihoods, cultural labor, and immigrants in Iowa and North Carolina. *Ethnic and Racial Studies*, 43(1).

Heath, A. y Demireva, N. (2014). Has multiculturalism failed in Britain? *Ethnic and Racial Studies*, 37(1), 161-188.

Hendi, A. S. (2017). Trends in education-specific life expectancy, data quality, and shifting education distributions. *Demography*, 54, 1203-1213.

Hernández-León, R. y Zúñiga, V. (2020). An imperfect realignment: The movement of children of immigrants and their families to the homeland. *Ethnic and Racial Studies*, 43(1).

Hill, R. C. (1988). Global factory and company town: The changing division of labor in the international automobile industry. En J. Henderson y M. Castells (Eds.), *Global restructuring and territorial development* (pp. 18-37). Beverly Hills: Sage.

Ho, J. Y. (2017). The contribution of drug overdose to educational gradients in life expectancy in the United States, 1992-2011. *Demography*, 54(3), 1175-1202.

Hochschild, A. R. (2016). *Strangers in their own land*. New York: The New Press.

Horowitz, J. (2019, 28 de mayo). Election in Europe shows populism ascendant, but so is polarization. *The New York Times*, p. A10.

Kennedy, A. (2019). The politics of skilled immigration: Explaining the ups and downs of the U.S. H-1B program. *International Migration Review*, 53(2), 346-370.

Lacroix, T. y Dumont, A. (2015). Moroccans in France: Their organizations and activities. En A. Portes y P. Fernandez-Kelly (Eds.), *The state and the grassroots: Immigrant transnational organizations in four continents* (pp. 212-235). Oxford: Berghahn Books.

Lee, J. y Zhou, M. (2015). *The Asian American achievement paradox*. New York: Russell Sage Foundation.

Marrow, H. B. (2020). Hope turned sour: Second-generation incorporation and mobility in U.S. new immigrant destinations. *Ethnic and Racial Studies*, 43(1).

Massey, D. S. (2007). *Categorically unequal*. New York: Russell Sage Foundation.

Massey, D. S. (2020). Creating the exclusionist society: From the war on poverty to the war on immigrants. *Ethnic and Racial Studies*, 43(1).

Massey, D. S. y Pren, K. A. (2012). Unintended consequences of U.S. immigration policy: Explaining the post-1965 surge from Latin America. *Population and Development Review*, 38, 1-29.

Merton, R. K. (1936). The unanticipated consequences of purposive social action. *American Sociological Review*, 1, 894-904.

Merton, R. K. (1968). Manifest and latent functions. En *Social theory and social structure* (pp. 73-138). New York: Free Press.

Merton, R. K. y Nisbet, R. (1961). *Contemporary social problems: An introduction to the sociology of deviance*. New York: Harcourt, Brace and World.

Müller, J.-W. (2016). *What is populism?* Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

Nijenhuis, G. y Zoomers, A. (2015). Transnational activities of immigrants in the Netherlands: Do Ghanaian, Moroccan, and Surinamese diasporas enhance development? En A. Portes y P. Fernandez-Kelly (Eds.), *The state and the grassroots: Immigrant transnational organizations in four continents* (pp. 236-265). Oxford: Berghahn Books.

Perreira, K., Potochnick, S. y Breetzke, P. (2020). Integrating Hispanic American youth: Perspectives from white and black Americans. *Ethnic and Racial Studies*, 43(1).

Portes, A. (2010). The concept of social class. En *Economic sociology: A systematic inquiry* (pp. 71-100). Princeton: Princeton University Press.

Portes, A. (2020). Bifurcated immigration and the end of compassion. *Ethnic and Racial Studies*, 43(1).

Portes, A. y Fernandez-Kelly, P. (2008). No margin for error: Educational and occupational achievement among disadvantaged children of immigrants. *Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, 620, 12-36.

Portes, A. y Roberts, B. R. (2005). The free market city: Latin American urbanization in the years of the neoliberal experiment. *Studies in Comparative and International Development*, 40(1), 43-82.

Portes, A. y Rumbaut, R. (2014). *Immigrant America: A portrait*. Berkeley: University of California Press.

Portes, A. y Walton, J. (1981). *Labor, class and the international system*. New York: Academic Press.

Prebisch, R. (1950). *The economic development of Latin America and its principal problems*. New York: United Nations.

Prebisch, R. (1986). Notes on trade from the standpoint of the periphery. *CEPAL Review*, 28, 203-216.

Rosenblum, G. (1973). *Immigrant workers: Their impact on American radicalism*. New York: Basic Books.

Shapira, H. (2013). *Waiting for José: The Minutemen's pursuit of America*. Princeton: Princeton University Press.

Schneider, C. L. (2008). Police power and race riots in Paris. *Politics and Society*, 36, 133-159.

Standing, G. (1989). The British experiment: Structural adjustment or accelerated decline? En A. Portes, M. Castells y L. A. Benton (Eds.), *The informal economy* (pp. 279-297). Baltimore: Johns Hopkins University.

Storper, M. y Scott, A. J. (1989). Work organization and labor markets in an era of flexible production (Working Paper 30). Ginebra: Organización Mundial del Trabajo-Programa Global de Empleo.

Sunkel, O. (2005). The unbearable lightness of neoliberalism. En C. H. Wood y B. R. Roberts (Eds.), *Rethinking development in Latin America* (pp. 55-78). Pennsylvania: Penn State University Press.

Tavernise, S. (2019, 28 de mayo). Where jobs vanished: 'Nobody had our backs'. *The New York Times*, p. 1.

Wallerstein, I. (1974). *The modern world-system: Capitalist agriculture and the origins of the European world-economy in the sixteenth century*. New York: Academic Press.

Weber, M. ([1919] 1979). La ciencia como vocación. En *El político y el científico* (pp. 180-231). Madrid: Alianza Editorial.

Wuthnow, R. (2018). *The left behind: Decline and rage in small-town America*. Princeton: Princeton University Press.



CRÉDITOS DE LOS TEXTOS PUBLICADOS

1. INTRODUCCIÓN. Autoría original de Alejandro Portes para este volumen.
2. LAS CIENCIAS SOCIALES EN CONFLICTO: FORMAS Y FUNCIONES DE LA TRANSGRESIÓN
Traducción del capítulo publicado originalmente en: Portes, A. «Contentious Science: The forms and functions of trespassing», pp. 23-53, en Portes, A. (1996). *By-passing and trespassing: explorations in boundaries and change*, Urban Studies and Planning Programme, University of Maryland.
3. LA «MORADA OCULTA»: LA SOCIOLOGÍA COMO EL ANÁLISIS DE LO INESPERADO
Traducción de la conferencia presidencial para la American Sociological Association. Publicada originalmente en: Portes, A. (2000). «The Hidden Abode: Sociology as Analysis of the Unexpected». *American Sociological Review*, 65(1), 1-18. <https://doi.org/10.1177/000312240006500102>
4. REFLEXIONES SOBRE UN TEMA COMÚN: ESTABLECER EL FENÓMENO, ADUMBRACIÓN Y TIPOS IDEALES
Traducción del capítulo publicado originalmente en: Portes, A. (2010). «Reflections on a common theme: establishing the phenomena, adumbration and ideal types», pp. 32-53, en C. Calhoun (Ed.), *Robert K. Merton: Sociology of Science and sociology as Science*, Columbia University Press.

5. LA MIGRACIÓN INTERNACIONAL: UNA VISIÓN GENERAL DE LAS TEORÍAS CONTEMPORÁNEAS

Traducción del capítulo: «Theoretical Overview» (capítulo 2), pp. 52-82, publicado originalmente en Portes, A. y Rumbaut, M. G. (2024). *Immigrant America: A Portrait (Updated and Expanded)*, Fifth Edition, University of California Press (capítulo no incluido en las ediciones previas traducidas al español).

6. CIEN AÑOS DE WEBER: LA CIENCIA COMO VOCACIÓN Y EL RESURGIMIENTO DEL NACIONAL-POPULISMO

Traducción de la conferencia para la Eastern Sociological Society. Publicada originalmente en: Portes, A. (2020). «A Hundred Years from Weber: Science as Vocation and the Resurgence of National Populism». *Sociological Forum*, 35, 1079-1092. <https://doi.org/10.1111/socf.12638>

Este libro integra y actualiza una serie de ensayos de teoría sociológica del profesor Alejandro Portes. El tema principal es el papel de los conceptos y la teoría para lograr un conocimiento solvente de la sociedad. El libro muestra cómo las herramientas conceptuales de la sociología (categorizaciones conceptuales, tipologías, hipótesis, argumentos causales y teorías de alcance intermedio) son utilizadas para la investigación de fenómenos sociales muy distintos.

Con la ayuda de esquemas y cuadros sinópticos el autor logra hacer accesibles algunas de las cuestiones más complejas de la vida social. El conocimiento producido de esta manera es útil para informar la toma de decisiones en las políticas o la sociedad civil, teniendo en cuenta los efectos que desencadena cualquier intervención social.

Este grupo de ensayos, revisados y organizados de una forma original, ofrecen una oportunidad para observar de cerca cómo un autor con experiencia utiliza de manera fructífera las herramientas del oficio. En conjunto exponen algunos elementos esenciales del canon sociológico contemporáneo. La obra es una referencia útil para estudiantes, profesionales de la sociología y para investigadores de otras disciplinas interesados por las claves conceptuales y teóricas que es necesario tener en cuenta en la producción de conocimiento social.

ISBN 978-84-10064-35-5



9 788410 064355

La colección **Clásicos de las Ciencias Sociales** presenta en español obras de referencia indiscutible publicadas previamente en alguna lengua extranjera. Incluye obras y autores clásicos, tanto modernos como contemporáneos.